

HUGO SANZ

Aidan

CAPRICHOS IRLANDÉS



Aidan
CAPRICHOS IRLANDES

HUGO SANZ

Aidan
CAPRICHIO IRLANDÉS

HUGO SANZ

Primera edición.

Aidan, capricho irlandés

©Hugo Sanz

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Aidan, capricho irlandés

©Hugo Sanz

©septiembre, 2023.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

Prólogo



Unos meses antes...

Miré a Olga y me dije que no podía ser, ¿todo el mismo día? En realidad, me alegraba mucho por mi hija Paula, mi querida Pizpi, como todos la llamábamos, pero ¿justo el día de la muerte de Edu?

Lo que acababa de llegarme al correo en ese momento era la confirmación de que Paula sería aceptada como alumna del *St. James College*, el prestigioso internado irlandés, para el siguiente curso. Una maravillosa noticia que, sin embargo, recibí en el peor de los días.

Edu era mi marido desde los veinticinco, cuando me casé con él. Y allí estaba, velándole, a mis treinta y tres añitos. Olga, que era su excuñada, miraba el ataúd y me miraba a mí, y como no podía ser más desinhibida ni bromista, ni siquiera en semejante ocasión pudo reprimir esa costumbre suya de decir todo lo que le venía en gana.

—Mírale, si es que no te creas, para mí que se levantará en cualquier momento, porque el rictus que tiene es el de siempre. Ay, Edu, mi excuñado “el triste”.

—No digas eso, Olga, no seas mala—le pedí.

—¿Y qué si lo digo? Si el pobre ya no puede escucharme. Qué más quisiera, Sara, pero se ha ido al patio de los callados, aunque él hablador no fue nunca, precisamente.

—Olga, por Dios, que por ahí viene Damián, cállate.

Damián Montenegro era mi suegro y el dueño de una gran inmobiliaria. Ese hombre siempre me miró por encima del hombro, desde el mismo día que me conocí, y por lo que vi en su rostro eso no iba a cambiar, a no ser que fuera para peor.

Mi querida niña, mi Paula, había decidido que deseaba estudiar el siguiente curso en Irlanda unos meses antes, cuanto aún no sabíamos que Edu estaba enfermo. A mí me pareció que era la ocasión ideal para que espabilara, dado que estaba un poco mimada y un poco más todavía enmadrada, por lo que la idea de que viviera en Irlanda

un curso, en el internado, junto con la hija de Olga, su prima Valeria, me pareció magnífica.

—¿Se puede saber qué estáis tramando? —me preguntó ese ogro con su voz atronadora, porque ese no hablaba, ese gritaba directamente.

Mi hija sentía muy poco aprecio por él y en lo tocante a mí... En lo tocante a mí es que no podía verle con ojos que tenía en la cara, al saber de buena tinta que jamás aceptó a Pizpi como a su verdadera nieta. Para él, mi niña fue la oveja negra de la familia al no ser su nieta de sangre, pues Edu no era su padre biológico.

—No tramamos nada—le contestó Olga, que estaba divorciada de Julio, uno de los hermanos mayores de Edu. Y lo hizo con bastante desprecio, porque a ella no la toreaba. Conmigo siempre se atrevió más, aunque yo el vaso ya lo tenía bastante colmado y Damián podía encontrarse con que rebozase en cualquier momento.

—¿Y entonces? ¿Qué hacéis con el móvil en la mano? ¿Acaso estáis subiendo una historia o una mierda de esas que hacéis ahora los jóvenes? Es una falta de respeto intolerable, ¡estamos velando a mi hijo! —me chilló y todos los que estaban en la sala de su gran mansión, donde se empeñó en instalar la capilla ardiente, me miraron.

—¿Ya te has quedado a gusto, Damián? ¿Era dejarme en evidencia lo que pretendías? Pues bravo, porque lo has conseguido—hice como que aplaudía—. Hasta el día de la muerte de tu hijo menor te estás cubriendo de gloria.

Olga me miró y se puso hasta bizca de lo mucho que le gustó la forma en la que le contesté, puesto que ella llevaba toda la vida aconsejándome que me tirase a la yugular de Damián y yo no lo hice por respeto a Edu.

l.

—¿Qué dices, desagradecida? —me preguntó mientras me cogía por el brazo con la clara intención de llevarme fuera de la sala. Bien sabía que todo aquello que pudiera decirle no sería de su gusto y para Damián no había nada más importante que quedar por encima del resto, y más por encima de sus hijos, yernos y nueras.

Ese déspota no sabía lo harta que yo estaba de él ni la mucha quina que aguanté en aquellos años por no importunar a Edu, el hombre con el que me casé y que tan bueno fue conmigo y con la niña. Quizás, en el fondo, desde donde estuviera, me mirara sonriente por atreverme a hacer lo que él nunca fue capaz; desafiar a su padre.

—¿Qué haces? —le pregunté de las peores formas sin dejar que me sacase de la sala.

—Ponerte en tu sitio, desagradecida, muerta de hambre—me dijo mientras tiró de mi teléfono.

A punto estuve de darle con él en la cabeza cuando se lo arrebaté de las manos, pero para entonces ya había visto el mensaje.

—¿Era eso? La niña no se va de aquí. Los Montenegro permaneceremos unidos ante la adversidad—me anunció solemnemente.

—Como si tú me hubieras considerado alguna vez una Montenegro—arremetió Pizpi en ese momento contra él y me quedé pasmada, puesto que, por lo que parecía, mi hija notó las muchas diferencias con sus primos más de lo que yo misma pensaba.

—¿Cómo has dicho, mocosa? —le retó su abuelo a que le contestase.

—Lo que has oído, abuelo—pronunció ella esa última palabra con retintín, porque si Damián fue un buen abuelo para ella, que viniera Dios y lo viese. —. Y sí, a mi madre le han informado que he pasado las pruebas para entrar en el internado en Irlanda y que conste que, si no me voy, será por no dejarla sola a ella en estos momentos tan dolorosos, pero no por lo que me prohíbas tú.

Me sentí la madre más orgullosa del mundo. Pizpi tenía el arrojo que me faltó a mí durante mucho tiempo, pero eso iba a cambiar, por supuesto que iba a cambiar...

—No, hija. Tú asistirás a ese internado en compañía de tu prima Valeria como estaba previsto. Eso te lo prometo yo y lo harás así se caiga el mundo—le anuncié.

—Como si tú me hubieras considerado alguna vez una Montenegro—arremetió Pizpi en ese momento contra él y me quedé pasmada, puesto que, por lo que parecía, mi hija notó las muchas diferencias con sus primos más de lo que yo misma pensaba.

—¿Cómo has dicho, mocosa? —le retó su abuelo a que le contestase.

—Lo que has oído, abuelo—pronunció ella esa última palabra con retintín, porque si Damián fue un buen abuelo para ella, que viniera Dios y lo viese. —. Y sí, a mi madre le han informado que he pasado las pruebas para entrar en el internado en Irlanda y que conste que, si no me voy, será por no dejarla sola a ella en estos momentos tan dolorosos, pero no por lo que me prohíbas tú.

Me sentí la madre más orgullosa del mundo. Pizpi tenía el arrojo que me faltó a mí durante mucho tiempo, pero eso iba a cambiar, por supuesto que iba a cambiar...

—No, hija. Tú asistirás a ese internado en compañía de tu prima Valeria como estaba previsto. Eso te lo prometo yo y lo harás así se caiga el mundo—le anuncié.

Capítulo 1



Habían pasado varios meses desde la muerte de Edu y antes de las Navidades visitaríamos en el internado a las niñas. Me refiero a Olga y a mí.

Ellas ya llevaban cuatro meses de curso y las familias estábamos invitadas a unas jornadas de convivencia antes de darles las vacaciones para pasar las fiestas en familia.

Ambas estábamos deseando ver a nuestras chiquitinas, quienes por primera vez volaron del nido, pero en especial yo, porque aquellos meses de viudedad en solitario se me hicieron cuesta arriba.

Echaba mucho de menos a Edu, “el triste”, como seguía refiriéndose Olga a él, haciendo que yo le diese más de una colleja al respecto. Ella no tenía remedio, era así de guasona, y cierto que mi marido no se caracterizó precisamente por ser el hombre más alegre del mundo, aunque, para mí, sí que fue el más bueno.

Yo no conocí el amor hasta que di con él, puesto que la vida no me lo puso fácil. Provengo de una familia de clase media de Guadalajara de esas que se definen como desestructuradas. Mis padres se separaron cuando yo era una adolescente y cada uno siguió su camino tirándole al otro los trastos a la cabeza. En medio de tanta pelea, a ninguno de los dos le sobró demasiado tiempo para ocuparse de su única hija y, a duras penas, pude terminar el Bachillerato.

A los dieciocho añitos me marché a vivir a Madrid con una mano delante y otra detrás. Mi sueño era el de ser arquitecta y, como buena estudiante siempre fui, conté con una beca en el primer curso que me permitió matricularme, aunque no me sería fácil tirar para adelante sola con tan poca ayuda.

En fin, que, con mi casi nula experiencia de la vida, una noche acabé en una fiesta universitaria en la que estábamos alumnos de distintas carreras y edades, desde los novatos hasta los veteranos, incluidos varios Erasmus de distintos países y otro tipo de estudiantes de intercambio.

En la vida había bebido como lo hice en esa noche en la que, borracha cual piojo, acabé perdiendo mi virginidad en el cuarto de baño de la disco con un tío que me hizo temblar de pies a cabeza y que no había bebido menos que yo. Lo único que podía recordar del padre de mi hija, porque el sujeto en cuestión dio en el blanco de la diana, es

que hablaba en inglés y que contaba con un atractivo que no era de este mundo, aunque ni su cara podía verla a posteriori. Pero el sentido común lo tenía igual que el mío, como un mosquito.

En ese ambiente universitario madrileño, con tantos miles de estudiantes, no volví a verle más y cuando, un mes y medio después, una falta me alertó lo suficiente como para hacerme una prueba de embarazo, Teresa, mi compañera de cuarto me decía que era imposible, que nadie podía tener tan mala suerte.

—Quien dice nadie, dices tú, guapita de cara, ¿qué vas a hacer ahora? —me preguntó con las bolas de los ojos salidas y sin poder dejar de hacer aspavientos con sus manos cuando vimos el positivo.

—Morirme, eso es lo que voy a hacer—le comenté entre sollozos.

—Aquí no se muere nadie, que nosotras no tenemos ni tiempo ni ganas de nada de eso—me decía mientras con el pulgar de sus dedos trataba de secar de mi cara las lágrimas que caían a chorros por mis mejillas.

Sé que muchas personas habrían pensado en abortar porque sería lo más sencillo, pero yo no pude. Mi familia siempre fue un desastre y yo me había propuesto que, si algún día tenía hijos, les demostraría que las cosas se podían hacer mejor.

Lo que me pasaba es que sentía que mis padres me habían fallado a saco y yo no deseaba fallarle a esa vida que comenzaba a crecer en mi vientre. Recuerdo que me lo acaricié y que le prometí que siempre estaría ahí. Y quince años después estaba allí, haciendo las maletas para ir a visitar a Pizpi, absolutamente expectante.

Nadie dijo que fuese fácil, puesto que ni mucho menos lo fue. El primer y alto pago que tuve que hacer fue el de abandonar mis estudios. Con una criatura a la vista no podía permitirme una vida de estudiante.

A los pocos meses de nacer mi hija, y justo cuando pude meterla en una de esas guarderías de la Comunidad de Madrid que supuso una bendición para mí, encontré aquel trabajo que, poco más o menos, consistía en hacer fotocopias y otros múltiples recados para quienes trabajaban en esa inmobiliaria de postín; los Montenegro.

Desde entonces hasta ese momento, mi vida cambió por completo y para bien. Edu no habría sido el alma de la fiesta, como siempre me recordaba Olga, pero sí un hombre que me quiso con toda su alma y al que yo le debía tanto, tanto...

Hacía las maletas y pensaba con total nostalgia en lo mucho que le habría gustado ir a visitar a la niña a Irlanda, puesto que Edu sí que la quiso como a una verdadera hija, ganándose mi cariño y mi respeto de por vida.

Pizpi estaba feliz allí, haciéndose más independiente y viviendo la espectacular experiencia de un curso tan lejos de casa, en lo que supuso para ella un marco incomparable e ideal; Irlanda.

Yo también estaba feliz por haberle podido dar a mi niña una vida muy distinta a la que a mí me tocó vivir.

Olga me envió un mensaje en ese instante porque también estaba atacada de los nervios. A ella le hacía mucha ilusión que hiciéramos ese viaje juntas, puesto que alguna vez hicimos alguno las dos parejas con las niñas, pero jamás nosotras solas.

Ella estaba divorciada de Julio, quien se había liado con Silvia, la última chica que entró a trabajar en la inmobiliaria, con veintipocos y unas curvas de vértigo, si bien a mi exconcuñada y amiga tampoco le faltaban, a pesar de rozar los cuarenta.

,

Olga me envió un mensaje en ese instante porque también estaba atacada de los nervios. A ella le hacía mucha ilusión que hiciéramos ese viaje juntas, puesto que alguna vez hicimos alguno las dos parejas con las niñas, pero jamás nosotras solas.

Ella estaba divorciada de Julio, quien se había liado con Silvia, la última chica que entró a trabajar en la inmobiliaria, con veintipocos y unas curvas de vértigo, si bien a mi exconcuñada y amiga tampoco le faltaban, a pesar de rozar los cuarenta.

Capítulo 2



Ya volábamos en dirección a Irlanda y la sensación era de paz absoluta.

Con Olga siempre tuve un buen rollo sensacional, no como con Damián, mi suegro, quien jamás pudo verme ni en fotografía desde que su hijo Edu se enamoró de mí.

—¿Te has fijado en esa muerta de hambre? —le escuché decirle en su despacho el día que nos pilló mirándonos acaramelados.

Edu no era, ya lo he comentado, un chorro de alegría, pero sí de bondad, y por eso me ganó. Yo le gusté desde la primera vez que coincidimos, mientras hacía fotocopias en el pasillo, y entonces él me sonrió de ese modo tan tímido.

Para una cría vulnerable, con una hija en el mundo y con diecinueve añitos, que te mire así el hijo de tu jefe es toda una aventura. Pero lo más bonito de todo era que para Edu también la representaba, en el sentido de que su timidez y lo muy apocado que era provocaron que no tuviese novia hasta entonces.

El que luego se convertiría en mi marido tenía siete años más que yo, y desde el principio tuvo claro que apostaría por mí. Ese mismo día en el que su padre me ofendió así en el despacho, sacó pecho por mí, y eso no lo podré olvidar nunca.

—No es una muerta de hambre, es una madre soltera y trabajadora que solo quiere sacar adelante a su hija—le respondió.

—¿Y encima tiene una cría? ¡Esto es intolerable! —chilló él—, ¡absolutamente intolerable!

Damián era un mal bicho, me lo demostró desde el primer momento.

—Sí, tiene una cría a la que yo ya conozco y a la que quiero darle mis apellidos, porque me voy a casar con su madre—aprovechó para anunciarle.

Damián acabó esa mañana de pastillita debajo de la lengua, con eso os lo digo todo. Ese tipo casi colapsa y más cuando corroboró que las palabras de su hijo iban más que en serio.

Para mí, que hasta desheredaría al menor de sus vástagos, pero eso habría supuesto para él un escándalo familiar enorme y no se lo podía permitir. Yo entendí, con el tiempo, perfectamente su psique, esa psique perversa y elitista que le llevaría toda la vida a mirarme como si yo fuera un grano que le hubiera salido en su asqueroso trasero de rico engreído.

A Pizpi no la miró mejor. Para él, mi hija no fue más que esa cría que le metimos en su familia con calzador, y a la que jamás miró como a una nieta. Que alguien por cuyas venas no corriera sangre Montenegro llevara ese apellido constituyó para él toda una ofensa, la cual hubo de tragarse, palabra a palabra.

Edu fue un padre maravilloso para nuestra hija, un padre amantísimo al que le hubiera gustado que la familia creciera, aunque pronto comprobamos que yo no me quedaba embarazada y, tras los iniciales análisis, quedó claro que era él quien no tenía la posibilidad de engendrar, algo que era más que previsible, puesto que yo madre ya había sido.

Ese fue un nuevo mazazo para su padre, a quien le gustaba echarme la culpa de absolutamente todo y que por una vez se tuvo que morder la lengua al respecto. Eso sí, a partir de ese momento, me la tuvo más jurada todavía.

Con el tiempo, yo me convertí en la mano derecha de Edu en su trabajo, y de él aprendí todos los secretos de un mundo que se basa, en gran parte, en tener los contactos.

Éramos el equipo perfecto, las cosas como son, porque él tenía esos contactos y yo me encargaba de potenciarlos, dado que mi marido no era el mejor relaciones públicas y a mí tratar con la gente se me daba sensacional.

Pese a todo ello, Damián siempre me consideró una mantenida, aunque yo sabía muy bien cuál era la realidad, puesto que siempre trabajé codo con codo con su hijo. Incluso teníamos la ilusión de, pronto, desvincularnos por completo del negocio de mi suegro y montar nosotros una inmobiliaria más pequeñita y sencilla, no ya con proyectos destinados a grandes inversores y demás, sino algo menos ostentoso.

En memoria de Edu, yo había inaugurado mi propia inmobiliaria al poco de su fallecimiento, y así logré quitarme de encima la pesada losa de mi suegro, dado que su mujer, Rita, no era mala, pero jamás se opuso a los dictados de su marido, al que parecía tenerle miedo.

En fin, que yo fui la primera en sacar los pies del plato, junto con Olga, que también disfrutó más que un cochino en un charco haciéndole un corte de manga a su exsuegro e invirtiendo conmigo en el negocio.

Juntas, nos habíamos convertido en dos empresarias, no de altos vuelos como él, pero sí prósperas y con un futuro prometedor por delante.

La pena por la muerte de Edu tardaría más en llegar a disiparse, pero el mucho orgullo que me supuso darle una patada en su orondo culo a mi suegro me mantenía con vida. Por supuesto, también Paula lo hacía. Pizpi, como todas la llamábamos por “Pizpireta” era mi alegría de vivir... El bonito apodo se lo puso Edu, quien sintió amor a primera vista por mi niña, igual que por su madre.

Olga y yo nos removíamos en las sillas del avión, deseando verlas. También Valeria y Pizpi se apoyaban mutuamente como lo hacíamos su madre y yo, siendo no solo primas, sino las mejores amigas. Unas amigas que, buen seguro, en el internado se estaban metiendo en algún que otro lío, porque ambas eran de armas tomar, y el acomienzo de la adolescencia es para echarle de comer aparte.

›

›

›

La pena por la muerte de Edu tardaría más en llegar a disiparse, pero el mucho orgullo que me supuso darle una patada en su orondo culo a mi suegro me mantenía con vida. Por supuesto, también Paula lo hacía. Pizpi, como todas la llamábamos por “Pizpireta” era mi alegría de vivir... El bonito apodo se lo puso Edu, quien sintió amor a primera vista por mi niña, igual que por su madre.

Olga y yo nos removíamos en las sillas del avión, deseando verlas. También Valeria y Pizpi se apoyaban mutuamente como lo hacíamos su madre y yo, siendo no solo primas, sino las mejores amigas. Unas amigas que, a buen seguro, en el internado se estaban metiendo en algún que otro lío, porque ambas eran de armas tomar, y el comienzo de la adolescencia es para echarle de comer aparte.

Capítulo 3



Irlanda aparecía ante nosotras como lo que era; la Isla Esmeralda, esa isla verde que cuenta la leyenda que está plagada de duendecillos.

Yo la había conocido años atrás, con Edu, y supe que era el lugar ideal para que nuestra niña estudiase en el futuro, al menos un año. La atracción que sentí hacia aquel lugar de cuento fue brutal, como si estuviese conectada con ese lugar de alguna forma.

Encantadora a la par que sobrecogedora, la isla es mucho más que variopintos pubs, hospitalarias gentes y deliciosa comida. Irlanda tiene algo que engancha desde el mismo momento en el que una pone sus pies en ella. Irlanda tiene duende, y nunca mejor dicho.

En el mismo aeropuerto, alquilamos un coche para movernos con toda la tranquilidad por la zona, la cual estábamos deseando inspeccionar, pues esa en concreto no la conocíamos ninguna de las dos.

El internado se encontraba en el Condado de Clare, situado en la costa occidental y con una belleza innata. Naturaleza en estado puro e historia que rezuma por doquier, eso es lo que percibes cuando llegas a la provincia de Munster, en la que está ubicado el condado.

Sus costas son sublimes, pero si hay algo que llama la atención una vez que estás sobre el terreno son esos castillos que, alzándose sobre las colinas, enmarcan un paisaje que puede definirse como mágico.

Y hablando de castillos, uno de ellos era el que servía de morada a nuestras niñas, puesto que el *St. James College* lucía majestuoso, convertido en internado que hacía soñar a todo aquel adolescente que tuviera el privilegio de ser admitido en él.

No era fácil, no bastaba solo con apoquinar una buena cantidad de dinero, sino también de pasar unas pruebas de acceso bastante arduas, si bien tanto Olga como yo contábamos con la suerte de que Pizpi y Valeria eran excelentes estudiantes.

Ya era por la tarde cuando llegamos al hotel en el que nos hospedaríamos durante unos días, antes de volver a

Madrid con las niñas para celebrar las Navidades... Unas Navidades que serían muy distintas al resto, puesto que ni ella ni yo teníamos ya marido, y solo podríamos unir fuerzas para pasarlas las cuatro juntas.

En fin, que estábamos reventadas, porque habíamos dejado lista una gran cantidad de trabajo en la inmobiliaria para poder tomarnos esos días, de manera que nos vendría fenomenal un buen descanso. Y por descanso me refiero a desconexión, puesto que en el ánimo de ninguna de las dos estaba meternos pronto en la cama.

En cuanto nos dieron la habitación con aquellas increíbles vistas al acantilado, entendimos que fue todo un acierto hacer la reserva allí, y entonces hablamos con las crías por teléfono, a las que veríamos a la mañana siguiente.

—Mamá, mamá, ¿ya habéis llegado? —me preguntó Pizpi y enseguida entendí que le pasaba algo, pues estaba como algo más ansiosa de lo normal.

—Sí, cariño, hemos llegado. Ya estamos en el hotel, que por cierto es de locura.

a—De locura es que el Señor Byrne me haya suspendido Literatura, mamá, esa es la locura...

Me quedé perpleja, pues las calificaciones de mi niña jamás bajaron de un nueve en el peor de los casos.

—¿Suspendido? Pero Pizpi, debe haber algún error...

—El error es que él esté aquí dando clase, mamá. Ese hombre me ha cogido manía.

—¿Un profesor te ha cogido manía? Pero eso cómo va a ser, cariño, de veras que debe tener alguna explicación.

—Y la tiene, pero te quedarás patidifusa con ella, mamá. Verás...—balbuceó.

—Cariño, por favor, ¿me quieres decir qué pasa? Me estás poniendo que me subo por las paredes, ¿qué le pasa a ese hombre contigo?

—Pues que dice que he copiado, mamá, yo... Pizpi Montenegro copiando, ¿te lo puedes imaginar?

Normalmente me hacía gracia que ella se refiriera a su persona como Pizpi, pero ese detalle quedó empañado por lo de ese supuesto copieteo que el tío debió sacarse de la manga.

—¿Tú copiar? ¿Qué se ha creído ese tipo? Mañana iré a hablar con él en cuanto ponga un pie en el internado, te lo prometo, mi niña. Esto no va a quedar así, ya te digo yo que no va a quedar así.

—Mamá, es que le caigo como el culo, Valeria te lo puede contar también. La ha tomado conmigo y quiere empañar mi expediente.

—Paños calientes le tendrán que poner a él como le coja yo, porque soy capaz de liarle a darle patadas en el culo...

La loquilla de las dos era Olga, así que flipó al escucharme hablar así. Ella conversaba con Valeria por su móvil, si bien enseguida colgó la llamada para escucharme.

—Eso es, mamá, demuéstrale cómo somos las españolas. Ya sabía yo que tú me creerías...

—¿Y cómo no iba a creerte, hija de mi vida? Ese tipo se va a caer con todo el equipo, seguro que es un viejo amargado y...

—Y que lo digas, mamá, es un viejo y amargado, sí.

—Si es que yo tengo mucho olfato, Pizpi, pero no te preocupes que le pienso cantar las cuarenta. Ese te aprueba o sí.

—¡Esa es mi madre!

Colgué y casi necesito una pastillita debajo de la lengua yo también.

—¿Pues no dice el tío lerdo que mi niña ha copiado? A mí me da, es que me da...

—Manda huevos, y con el pastizal que nos estamos gastando para que estudien en el castillo ese, que viene a ser como el de Harry Potter—rio Olga, quien era de darle menos importancia a las cosas.

—Pues ya verá ese por dónde le meto yo la varita como no deje a mi niña en paz y le ponga un diez, porque no me pienso conformar con menos.

—Eso es, y que pida disculpas en público—añadió ella muerta de la risa.

—Por supuesto que sí, y ya veremos si no le pido su dimisión al director del internado, porque a mi niña no le tosa nadie, ¿quién se habría creído que es el carcamal ese?

,

—Paños calientes le tendrán que poner a él como le coja yo, porque soy capaz de liarme a darle patadas en el culo...

La loquilla de las dos era Olga, así que flipó al escucharme hablar así. Ella conversaba con Valeria por su móvil, si bien enseguida colgó la llamada para escucharme.

—Eso es, mamá, demuéstrole cómo somos las españolas. Ya sabía yo que tú me creerías...

—¿Y cómo no iba a creerte, hija de mi vida? Ese tipo se va a caer con todo el equipo, seguro que es un viejo amargado y...

—Y que lo digas, mamá, es un viejo y amargado, sí.

—Si es que yo tengo mucho olfato, Pizpi, pero no te preocupes que le pienso cantar las cuarenta. Ese te aprueba sí o sí.

—¡Esa es mi madre!

Colgué y casi necesito una pastillita debajo de la lengua yo también.

—¿Pues no dice el tío lerdo que mi niña ha copiado? A mí me da, es que me da...

—Manda huevos, y con el pastizal que nos estamos gastando para que estudien en el castillo ese, que viene a ser como el de Harry Potter—rio Olga, quien era de darle menos importancia a las cosas.

—Pues ya verá ese por dónde le meto yo la varita como no deje a mi niña en paz y le ponga un diez, porque no me pienso conformar con menos.

—Eso es, y que pida disculpas en público—añadió ella muerta de la risa.

—Por supuesto que sí, y ya veremos si no le pido su dimisión al director del internado, porque a mi niña no le tose nadie, ¿quién se habría creído que es el carcamal ese?

Capítulo 4



A rastras me tuvo que sacar Olga de la habitación del hotel, porque lo que me dijo Pizpi me dio la noche hasta el punto de que ya no quería ni salir.

La idea era buscar algún pub donde sonara música tradicional irlandesa de la que poder disfrutar. Si hay algo por lo que se caracterizan las noches irlandesas es por sus pubs musicales, esos que combinan las más pegadizas de la canciones con esas paredes repletas de fotos que te transportan a otros tiempos.

No en vano, los irlandeses son únicos a la hora de entretener y el crepitar del fuego de su chimenea me hizo quedarme absorta en aquel en el que terminamos entrando. Sobre todo, porque yo no podía creerme que el tipo es le hubiese cogido ojeriza a mi niña.

—Te voy a decir una cosa, espabila o te espabilo—me amenazó Olga, a quien también le estaba dando yo la noche e iba a ser que no, que no me lo consentiría.

—Es que no la ha tomado contra Valeria, sino contra Pizpi—le recordé.

—¿Y qué? A nuestras niñas no nos las toca nadie. Yo por Pizpi le saco también los ojos al más pintado, pero te puedo garantizar que esta noche no nos la da nadie.

—Tienes razón, cariño, tienes razón...

Me había pasado tres pueblos porque Olga siempre cuidó de mi hija como si fuera la suya propia, por lo que no tenía derecho a decirle una tontería así. Ese me las pagaría, el tal Señor Byrne se iba a enterar de lo que valía un peine en España, porque yo no me pensaba amilanar.

Olga echaba un vistazo alrededor y ya la veía yo venir.

—Por favor, Olguita, que estás más caliente que el cenicero del demonio desde que te dejó Julio...

—Es que ya sabes que me pienso tirar a todo lo que se menee en esta etapa, y un irlandés tiene que caer. Como

Olga que me llamo que cae...

No había terminado de decirlo cuando se nos acercaron dos yogurines que no debían tener más de veinticinco años cada uno.

—Olga, por Dios, no les des bola—le pedí porque vi cómo los miraba.

—¿Qué estás hablando? Si nos comen ellos con la mirada, ¿es que no tienes ojos en la cara?

Tenía, tenía ojos en la cara. Ellos eran dos monerías con patas, pero unos verdaderos críos, ¿en qué pensaba Olga?

—Yo soy Ryan y mi amigo es Sean—se presentaron, esperando a que hiciéramos lo propio.

Yo negaba con la cabeza y ella, en castellano, comenzó a murmurar...

s—No nos ven como a dos puretas, ¿es que no te das cuenta de que estamos cañón?

Los chicos la escucharon y empezaron a reírse, algo que hizo que sintiera ganas de pegarle, porque Olga no se las pensaba.

e

—Mira qué listos los dos, ¿así que habláis castellano?

—Pasamos un verano en España. Y lo chapurreamos...

Sí, sí que se les daba bien. Como todo se les diera igual, íbamos listas, aquellos tenían pinta de más que espabilados.

—Qué salados, sentaos con nosotras—les hizo ella un gesto para que se sentaran en esos pequeños y mullidos sofás donde estábamos degustando unas pintas.

Yo conocía muy bien a Olga y la muy loquilla de ella debía hacer la “V” de la victoria mentalmente, además de que se empeñó en tomar unas cuantas fotos de los cuatro que enseguida subió a sus redes.

Ella era mucho más de redes que yo. A mí me gustaba mantener un perfil bajo, pero no así a Olga, quien publicaba todo lo divertido que hacíamos, sintiéndose la reina de la fiesta.

Los chicos eran muy educados, a Ryan le dio por ella y a Sean por mí. El chaval tenía una media melenita que era una monada y unos ojos grises que no lo eran menos, todo un monumento.

—Que no, que no, que yo no quiero bailar—le decía cuando se levantó y se empeñó en llevarme hacia la pista.

Olga me miraba entre risas cómplices con Ryan, y se partía al ver la insistencia del chico y las pocas ganas que yo tenía de darlo todo en la pista como estaban haciendo ellos.

—Que no, que no, que yo no quiero bailar—le repetía.

—¿Tímida? —me preguntaba él mientras me dedicaba su preciosa y juvenil sonrisa.

—No, no tímida. Pero vamos a ver, niño, ¿tú no has visto todas las chicas guapas que hay en este pub? Pídele bailar a cualquiera de ellas, que seguro que estará encantada. Yo no quiero, no tengo ganas, ¿tú me entiendes?

?

Él asentía con la cabeza, como que me entendía perfectamente, aunque lo cierto era que parecía importarle un mismísimo rábano, porque no cejaba en su empeño de que bailara con él. Hasta comenzó a hacer muecas con la cara y entonces me ganó, al provocar mi risa.

—Si es que son dos amores—me decía Olga—. Y hablando de amores, ahora vengo.

Ella se llevó a Ryan al baño. Yo no daba crédito, mi amiga (porque llamarla exconcuñada es un poco farragoso) estaba viviendo una segunda juventud, y yo no pude evitar acordarme de que así, en el baño de una fiesta, hice yo a mi hija Pizpi sin que apenas me quedasen más que un par de frases de quien pasó a ser su padre.

Sean me tiró los trastos, pero de mí no consiguió nada. No me faltaba a mí más que liarme con un crío. Además, que yo tenía el recuerdo de Edu bastante fresco y que bastante fue que bailara un buen rato con él mientras los otros dos tenían barra libre en el baño.

Un par de horas después, al marcharnos, quisieron pedirnos los teléfonos y ambas nos hicimos las suecas. Yo porque tenía muy claro que no me iba a liar con un crío y Olga porque también tenía claro que no iba a repetir con nadie, por muy bien servida que hubiera quedado. Ella aspiraba en esos momentos a vivir la vida loca, y a llevarse cuantas más alegrías para el cuerpo, mejor.

Olga me miraba entre risas cómplices con Ryan, y se partía al ver la insistencia del chico y las pocas ganas que yo tenía de darlo todo en la pista como estaban haciendo ellos.

—Que no, que no, que yo no quiero bailar—le repetía.

—¿Tímida? —me preguntaba él mientras me dedicaba su preciosa y juvenil sonrisa.

—No, no tímida. Pero vamos a ver, niño, ¿tú no has visto todas las chicas guapas que hay en este pub? Pídele bailar a cualquiera de ellas, que seguro que estará encantada. Yo no quiero, no tengo ganas, ¿tú me entiendes?

Él asentía con la cabeza, como que me entendía perfectamente, aunque lo cierto era que parecía importarle un mismísimo rábano, porque no cejaba en su empeño de que bailara con él. Hasta comenzó a hacer muecas con la cara y entonces me ganó, al provocar mi risa.

—Si es que son dos amores—me decía Olga—. Y hablando de amores, ahora vengo.

Ella se llevó a Ryan al baño. Yo no daba crédito, mi amiga (porque llamarla exconcuñada es un poco farragoso) estaba viviendo una segunda juventud, y yo no pude evitar acordarme de que así, en el baño de una fiesta, hice yo a mi hija Pizpi sin que apenas me quedasen más que un par de frases de quien pasó a ser su padre.

Sean me tiró los trastos, pero de mí no consiguió nada. No me faltaba a mí más que liarme con un crío. Además, que yo tenía el recuerdo de Edu bastante fresco y que bastante fue que bailara un buen rato con él mientras los otros dos tenían barra libre en el baño.

Un par de horas después, al marcharnos, quisieron pedirnos los teléfonos y ambas nos hicimos las suecas. Yo porque tenía muy claro que no me iba a liar con un crío y Olga porque también tenía claro que no iba a repetir con nadie, por muy bien servida que hubiera quedado. Ella aspiraba en esos momentos a vivir la vida loca, y a llevarse cuantas más alegrías para el cuerpo, mejor.

Capítulo 5



El despertador me sorprendió despierta a la mañana siguiente.

—Ni un ojo has pegado, si lo sabré yo, ¿todavía estás rumiando lo del viejo profesor ese amargado? No te compliques tanto la existencia, cariño, que a ese le ponemos las pilas en un momentito—me aseguró Olga.

Lo de “viejo” sonaba un poco peyorativo, pero se suponía que era uno de esos tipos a los que la vejez le alcanzó con toda la amargura que siente quien no ha vivido una vida plena.

—Sí, pensando en ese viejo mal follado estoy—le contesté porque así me salió. Le iba a dar una explicación un poco más fina y luego resultó que no, que se lo dije tal y como me salió del alma.

—Pues ya te puedes poner un poco de antiojeras, que pareces un mapache y le vas a dar una satisfacción tremenda a ese tío, además ¡que hoy vemos a las niñas!

—Y hablando de niñas, espero que no hayas hecho tú un hermanito para Valeria en el baño, porque los baños tienen mucho peligro, que me lo digan a mí.

—Mira que eres bobita, pues claro que no. Menudo condón que sacó de su cartera Ryan, acorde al tamaño de su pollón. Oye, me ha salido una rima muy chula, ¿no? —rio.

—Sí, sí, muy chula a la par que elegante. Hay que joderse...

—Y tanto que hay que joderse, pero tú te las pierdes todas, tontuna, ¿cuándo vas a comenzar a pasar página? Edu sería un triste, pero no le gustaría verte triste a ti.

—Y dale con lo de triste, que no era triste, mujer, era...

—Era apagado, como gris ceniza. No me vayas a decir que no porque todo lo que tenía de bueno lo tenía de poca sangre. Ay, madre mía, el pobrecillo...

Yo no podía verlo así. Ciertamente era un hombre sin chispa, pero también que le echó todo el arrojo del mundo a la hora de enfrentarse a su padre, algo que no hicieron nunca sus hermanos, por mucho que parecieran más echados para delante que él.

Edu era un hombre de los pies a la cabeza, solo que tampoco podía negarse que el día que repartieron la gracia él no estaba en la fila. Con todo y con eso, yo no podía olvidarme de gestos como el del día en el que le dijo a su padre que nos casábamos y que, además, le daría su apellido a mi niña.

—No tendrás valor—le contestó Damián tan enfurecido que su abrecartas voló por su despacho y fue a clavarse en la puerta.

Edu no se dio ni por enterado, saliendo con tranquilidad de su despacho.

—No hagas que elija entre mi familia y ellas, porque lo tengo muy claro, papá, te lo garantizo.

Ese día en el que ni se inmutó ante su violento gesto, comenzó a ganarse su respeto. A partir de entonces, Damián se lo pensaba dos veces antes de increpar a su hijo menor, quien se encargó de demostrarle que no hacía falta poseer un carácter arrollador para defender aquello que se quiere.

El marido de Olga, Julio, era todo lo contrario que Edu. Julio brillaba con luz propia y tenía alma de líder, siempre presumiendo de ser la mano derecha de su padre.

Yo nunca confié en él, y supongo que Olga, en el fondo, tampoco. El problema fue que ella estuvo enamorada hasta los huesos de su marido y se dedicó a hacer la vista gorda hasta que Julio anunció que se iba con otra. Entonces no tuvo más remedio que despertar de golpe a la vida, y lo hizo con un ímpetu que a mí me dejaba con la boca abierta.

Olga ya había ligado la noche anterior, y mucho me extrañaría que esa fuese la única vez que lo hiciese durante nuestra estancia en Irlanda. Ella estaba tan abierta a la vida como yo cerrada.

Me estaba costando superar mi viudedad, más que nada porque Edu fue el único hombre de mi vida, y el que apostó por la niña y por mí sin reservas, dándonoslo todo. El día que nos dijeron, tras aquella repentina y llamativa pérdida de peso, que estaba enfermo, el alma se me cayó a los pies. Es muy injusto que siempre salgan danzando primero los buenos, esos que merecerían tener las más largas de las vidas.

Pizpi también lo pasó fatal, por ella y por mí, y por esa razón trató de quedarse en Madrid y no aprovechar la oportunidad del curso en Irlanda. Yo quise que volara libre, no retenerla a mi lado. Además, que también he de reconocer que, al quedarme sola, pude llorar la muerte de Edu cuanto necesité, sin tener que reprimirme, y eso me hacía estar más fuerte en aquellos momentos.

Ya teníamos el internado delante y, ¡cielos! Era todavía más bonito de lo que nos imaginamos por las fotos. De

averas que se trataba de un lugar mágico, de un lugar que yo estaba deseando visitar, aunque parte de la magia me la jodió el hecho de tener esa conversación pendiente con el puñetero Señor Byrne, ese que podía darse por jodido en cuanto yo apareciese. Si ya debía tener edad de jubilarse, más ganas le entrarían.

—¡Joder! Vaya sitio, ¡cómo se lo han montado nuestras niñas! Casi igual que nosotras cuando teníamos su edad— me comentó Olga porque ella también procedía de una familia humilde, con la diferencia de que a sus padres les tocó un pico en la lotería años después y se metieron en negocios, conociendo a Damián, y ella a Julio.

—Pues sí, casi igual... Yo iba a un colegio de barrio que estaba medio apuntalado, pero bueno chica, que tampoco tengo un trauma ni por eso ni por nada. El trauma le va a quedar al jodido profesor ese porque estoy dispuesta a decirle las verdades del barquero hasta delante del director, si es necesario.

Yo por mi Pizpi mataba al más puro estilo Belén Esteban, así que no me fuera a joder aquel tío. Bastante jodida estaba ya por no haber podido dormir.

¿

a

a

;

veras que se trataba de un lugar mágico, de un lugar que yo estaba deseando visitar, aunque parte de la magia me la jodió el hecho de tener esa conversación pendiente con el puñetero Señor Byrne, ese que podía darse por jodido en cuanto yo apareciese. Si ya debía tener edad de jubilarse, más ganas le entrarían.

—¡Joder! Vaya sitio, ¡cómo se lo han montado nuestras niñas! Casi igual que nosotras cuando teníamos su edad— me comentó Olga porque ella también procedía de una familia humilde, con la diferencia de que a sus padres les tocó un pico en la lotería años después y se metieron en negocios, conociendo a Damián, y ella a Julio.

—Pues sí, casi igual... Yo iba a un colegio de barrio que estaba medio apuntalado, pero bueno chica, que tampoco tengo un trauma ni por eso ni por nada. El trauma le va a quedar al jodido profesor ese porque estoy dispuesta a decirle las verdades del barquero hasta delante del director, si es necesario.

Yo por mi Pizpi mataba al más puro estilo Belén Esteban, así que no me fuera a joder aquel tío. Bastante jodida estaba ya por no haber podido dormir.

Capítulo 6



Los alumnos se congregaban en el precioso jardín de aquel increíble castillo.

El día quiso darnos la bienvenida con un inusual cielo azul para la época del año en la que estábamos. Las niñas salieron del interior perfectamente uniformadas y con la más amplia de las sonrisas en sus rostros.

—¡Mamá! ¡Mamá! —Pizpi corrió hacia mí como una gacela, lo mismo que Valeria hacia Olga.

—Pizpi, mi niña, ¡has crecido! —exclamé mientras le daba un beso tras otro, sin poder parar, de lo muy contenta que estaba por verla.

—Es que nos dan de comer sensacional aquí, me gusta todo lo que nos ponen—añadió y yo contenta, porque ella había sido algo más delicadilla para la comida y parecían haberle quitado todas las tonterías de golpe.

Valeria también estaba guapísima, y secundaba las palabras de su prima.

—Sí, todo es genial en este sitio, todo salvo el Señor Byrne, que la ha tomado con la pobre Pizpi.

A mí la sangre se me haría agua mientras no diera con ese tipo y lo vistiera de limpio. Iba a flipar, se le quitarían las ganas de volver a meterse con una alumna española.

—Ni lo menciones, qué ascazo—hizo Pizpi como si fuera a vomitar.

—Tranquila, cariño, que de ese me encargo yo—le recordé.

—Vale, pero ahora os vamos a enseñar las habitaciones y demás. Tenemos un programa muy apretado y dentro de una hora se celebrará el acto de bienvenida para los padres—me dio un codazo mi niña—, ¿me has oído, mamá?

—Hija, sorda no estoy todavía, pero el brazo me lo tendrán que escayolar si me das otro codazo así, qué barbaridad—le dije mientras me lo acariciaba.

—Mamá, que vendrán padres solos, igual que vosotras habéis venido solas—recalcó.

—¿Y a mí qué, hija? —le interrogué con el rostro.

—Pues que ya es hora de que te relaciones, mamá. Sé que has estado muy triste tras la muerte de papi (para ella Edu fue su padre, con todas las de la ley), y ya es hora de que te animes—me guiñó el ojo.

De Pizpi podría decir muchas cosas. Y todas ellas buenas. Claro que soy su madre y que eso ayuda, pero también lo hace el hecho de que fuera humilde, comprensiva y generosa, queriendo siempre lo mejor para mí. Mi hija no deseaba verme sola, más que nada porque sabía que yo disfrutaba mucho con la compañía de una pareja.

—Cariño, todavía es muy pronto. Yo no puedo pensar aún en esas cosas—le comenté.

—Pero a papá le gustaría que estuvieses bien y acompañada, ya lo sabes. Él mismo te lo dijo, que no entraras en bucle cuando no estuviera, que te abrieras al mundo.

—Niña, por Dios, cállate, que se me está metiendo no sé qué en un ojo—le decía Olga, quien mucho llamar a Edu “el triste”, pero le tenía en gran estima.

—Tú tienes que encargarte de que salga con chicos, tía Olga, que a ti se te da de miedo—le pidió Pizpi mientras chocaba los cinco con ella.

—Y estoy en ello, estoy en ello.

El personal del internado era realmente amable y el ambiente allí de lo más bonito. Las niñas nos llevaron a su habitación, esa que compartían, y comprendimos que el dinero que ambas destinamos a matricularlas allí fue el mejor empleado del mundo.

—Madre mía, qué vista—silbó Olga mientras yo también la percibía.

—Y que lo digas, es realmente espectacular, parece que tenemos toda Irlanda a nuestros pies—intervine.

—Yo más bien lo decía por el trasero de cierto irlandés que debe ser profesor. Mira, es ese—me indicó mientras las niñas hablaban con una compañera que vino a preguntarles algo a la puerta.

—Olga, por lo que más quieras. Aquí no vayas a ponerte a ligar, sería lo que nos faltase—le rogué.

—Bueno, eso ya lo veremos. Si el tío se me pone a tiro, ¿quién se va a enterar? Si yo soy la mar de discreta...

—Sí, tú tienes una discreción que te la ha dado Dios. Me haces el favor y te me sacas esa idea de la mente, ¿o es que no piensas dejar títere con cabeza?

—Mira que eres sosa, yo solo me estoy alegrando un poco la vista. Y si, de paso, me puedo llevar algo para este cuerpo serrano, mejor que mejor, que estoy en sequía.

—¿En sequía vas a decir con lo bien que debieron regarte anoche?

—Uf, ya se me había olvidado, qué buen revolcón, ya va tocando otro.

Yo alucinaba con ella porque Olga vivía al día y, cuanto más jodida estuviera con algo, más se lo echaba a la espalda y se lo pasaba de puta madre.

Las niñas entraron y yo le hice una señal para que se callase, algo que acató ante mi amenaza de sacudirle un sopapo si seguía en sus trece de hablar.

—¿Os ha gustado lo que habéis visto? —nos preguntaron.

—Mucho, para mí que este lugar va a superar todas nuestras expectativas, qué de belleza hay en Irlanda—les vaciló ella, a quien le gustaba más una broma que a un tonto un lapicero.

Seguimos con el recorrido por el castillo y a mí se me cayó la baba. Ciertamente existen sitios que es necesario visitar para apreciar su belleza en todo su esplendor, y ese era uno de ellos.

De vuelta a los jardines nos tomamos un montón de fotos con las niñas, las cuales tampoco dudó ella en subir a la redes.

—¡Toma ya! Que las nuestras no tienen nada que envidiarle a Leonor y Sofía, también están estudiando en un castillo—reía ella mientras ponía caritas y parecía feliz cual perdiz camino de ese escenario en el que estaban a punto de darnos la bienvenida, delante del cual instalaron cantidad de sillas en las cuales nos ofrecieron una bebida calentita.

—Mira que eres sosa, yo solo me estoy alegrando un poco la vista. Y si, de paso, me puedo llevar algo para este cuerpo serrano, mejor que mejor, que estoy en sequía.

—¿En sequía vas a decir con lo bien que debieron regarte anoche?

—Uf, ya se me había olvidado, qué buen revolcón, ya va tocando otro.

Yo alucinaba con ella porque Olga vivía al día y, cuanto más jodida estuviera con algo, más se lo echaba a la espalda y se lo pasaba de puta madre.

Las niñas entraron y yo le hice una señal para que se callase, algo que acató ante mi amenaza de sacudirle un sopapo si seguía en sus trece de hablar.

—¿Os ha gustado lo que habéis visto? —nos preguntaron.

—Mucho, para mí que este lugar va a superar todas nuestras expectativas, qué de belleza hay en Irlanda—les vaciló ella, a quien le gustaba más una broma que a un tonto un lapicero.

Seguimos con el recorrido por el castillo y a mí se me cayó la baba. Cierto que existen sitios que es necesario visitar para apreciar su belleza en todo su esplendor, y ese era uno de ellos.

De vuelta a los jardines nos tomamos un montón de fotos con las niñas, las cuales tampoco dudó ella en subir a las redes.

—¡Toma ya! Que las nuestras no tienen nada que envidiarle a Leonor y Sofia, también están estudiando en un castillo—reía ella mientras ponía caritas y parecía feliz cual perdiz camino de ese escenario en el que estaban a punto de darnos la bienvenida, delante del cual instalaron cantidad de sillas en las cuales nos ofrecieron una bebida calentita.

Capítulo 7



El acto comenzó y un profesor salió a darnos la bienvenida.

—Buenos días, es para mí un placer daros la bienvenida al *St. James College* a todos los familiares de alumnos que nos honráis hoy con vuestra presencia—comenzó diciendo el que parecía tener una labia impresionante.

—¡Me muero! ¡Es el del trasero espectacular! —me soltó Olga haciendo tales aspavientos que morí de la vergüenza, puesto que corríamos el riesgo de que la viese en ese plan.

—¡Cállate, loca!

—Si es que me ha disparatado por completo, ¿tú le has visto el trasero? —me preguntó encandilada.

—¿Y cómo quieres que se lo vea si está de frente? ¿Es que acaso tú tienes un dispositivo especial en la vista? Joder, a unos los operan de cataratas y a otros...

—Que no, zopenca, que el trasero se lo vi antes, cuando pasó por debajo de la ventana. Madre mía, que el tío está para ponerle su nombre a una calle.

—Cállate, Olga, que nos está mirando—le pedí totalmente apurada porque así era.

—Pues eso, que se quede con nuestra cara. Yo no soy una “san para mí”, nos lo podemos montar las dos con él si tú quieres...

—Claro que sí, y otra cosa más que contar el día de mañana a nuestros nietos, ¿tú qué tienes en esa cabeza?

—Yo un montón de ideas, pero, si las suelto ahora, te escandalizarás—me dijo mientras hacía una mueca burlona que sacó mi risa.

El tipo en cuestión se calló durante unos segundos, en los que carraspeó, como llamándonos la atención. Al percatarme, mis mejillas ardieron, qué vergüenza. Sin poder evitarlo, miré al suelo, y entonces prosiguió.

—En fin, quería presentarme. Me llamo Aidan Byrne y soy el profesor de Literatura de...

Miré a Olga, quien rompió a reír, y abrí tanto los ojos que creí que se me saldrían de la cara.

—¿El Señor Byrne? ¿Este es el Señor Byrne? Pero si las niñas dijeron que era...

—Viejo, dijeron que era viejo—pataleaba Olga de la risa, menuda era ella—. Y mira, le hincaba yo el diente y no iba a chillar ese nada...

Con la mirada busqué a Pizpi, que estaba sentada en la parte de los alumnos, y se encogió de hombros como diciéndome que qué me pasaba. La madre que la parió.

—A tu niña es que no le gustan mayores, de esos que llaman señores—añadió Olga, aludiendo a la famosa canción.

—Cállate, por Dios, que nos está mirando otra vez—le pedí porque el tipo estaba a punto de reprendernos en público, y hasta entonces no me caería yo muerta.

—Pues espera, porque yo soy capaz de decirle eso de que *“A mí me gustan más grandes, que no me quepa en la boca”*—se puso a canturrear la misma cancioncita y yo exploté de la risa.

Definitivamente, el tipo se cabreó.

—Yo pediría un poquito de silencio y respeto, si es que puede ser... Más que nada porque somos los mayores quienes debemos dar ejemplo a los jóvenes—añadió.

—Mira quién fue a hablar de dar ejemplo—le soltó Olga y él tipo no debió entender nada.

Yo me moría, me moría del calor que me estaba subiendo por las mejillas y que amenazaba con hacerlas explotar, aunque quienes terminaron por explotar también de risa fueron nuestras niñas, a las cuales no había manera de callar viendo el plan.

Yo no sabía a quién reñir más y, finalmente, fueron más personas de las allí presentes las que, sin saber por dónde iban los tiros, terminaron desternilladas, uniéndose hasta el tal Señor Byrne, probablemente por lo surrealista de la situación.

Una vez que el acto terminó, fueron muchos los padres que se le acercaron.

—Es una eminencia en Literatura, tiene varios galardones. Y encima está que cruje—le decía una madre a otra con ganas de catar a aquel irlandés que a mí me sacaba de quicio incluso ya antes de conocerle.

Para más inri, era el jefe de estudios, y eso me jodía más el plan de dar la voz de alarma sobre la dudosa veracidad de sus métodos, esos que no podía poner más en duda.

Esperé mi turno, pues varias madres se le abalanzaron como si se lo fuesen a comer allí mismo, aunque en realidad la más peligrosa de todas era Olga.

—Al enemigo ni agua, ¿eh? ¿O tengo que recordarte que este es quien está tratando de jorobar a tu sobrina?

—El jodido, no puede estar más bueno.

Menos mal que les parecía viejo a las crías. El tipo debía andar por los treinta y siete, año arriba o año abajo, y realmente era un monumento digno de ser expuesto allí en medio del jardín. No obstante, por lo que le hizo a mi niña, yo habría estado más que dispuesta a fundirlo como las campanas antes de exponerlo.

Cuando el resto se fue y nos quedamos a solas, me miró “regumal”, porque decir regular habría sido edulcorarlo demasiado, tras lo cual frunció el ceño.

—Así que usted es la de la risita—inició la conversación.

—En realidad, la de la risita es ella—señalé a Olga—. A mí es que usted gracia no me hace ninguna. O mejor te tutearé porque no me mereces el menor de los respetos—le espeté.

—Vaya, me encanta hacer nuevos amigos, ¿te debo algo y no tengo ni idea? —me tuteó igualmente.

—Por supuesto que sí. Me debes una disculpa—le aclaré.

—¿Una disculpa? ¿Casi no puedo dar mi discurso de bienvenida y soy yo quien debe disculparse? —me soltó con tono rudo.

—Pues claro que sí, porque soy la madre de Pizpi Montenegro—le espeté.

—Cariño, tu niña en realidad se llama Paula, aunque sueles olvidarlo—apostilló Olga.

—Eso, de Paula Montenegro...

—Ah, vale, entonces ahora ya me lo explico todo—añadió en tono jocoso.

—¿Perdona? ¿Se puede saber qué has querido decir con eso?

—Que es evidente que en alguna parte debió aprender esa cría a actuar así.

l —Olga, aguántalo, que le arreo—le pedí.

A Olga lo que le dio fue la risa, porque el tipo había soltado una payasada, aunque a mí gracia no me hizo ni una pizca. Por mí le habría arreado sin contemplaciones.

—¿Cómo has dicho? Si eres capaz, repítelo porque te adelanto que no tendrás valor.

—Digo que, a veces, solo hay que ver a los padres para entender por qué los hijos se comportan como lo hacen...

—Olga, me da, dile tú a este imbécil el tipo de niñas que son las nuestras. Dile que Pizpi tiene un expediente más limpio que el culito de un bebé y que se la hubieran rifado en cualquier internado.

—¿Y para qué quieres que se lo diga yo, si él ya te está escuchando? —se rio ella que, aunque indignada también, se lo estaba pasando bomba con la trifulca entre el buenorro y yo.

El tío tenía más cara que espalda y el caso es que vaya cara... Con una barba de un par de días cobriza e inmensos ojos verdes color esmeralda como el sobrenombre que recibe la isla, era una especie de muñeco andante, pero con mala leche y con la asombrosa capacidad de sacarme de quicio antes siquiera de decir ni mu, cuanto y más cuando ya lo decía...

—Porque yo no quiero ni dirigirme a él, por eso.

—Tarde—resopló ella.

—Perdonad, ¡estoy aquí! —levantó él su brazo.

l —Por desgracia, estás aquí por desgracia, aunque si yo puedo ayudar en algo a que te echen, ya puedes darte por jodido...

—¿Y se puede saber por qué me tienes tanta inquina? Podría haber propuesto a tu hija para la expulsión del centro y no lo he hecho, simplemente la he suspendido y ya—me aclaró.

Me daba, a mí me daba con ese tipo prepotente que estaba permitiéndose el lujo de acusar a mi niña a saco y sin ningún tipo de motivo.

—¿Echar a mi niña? Entonces te tienen que echar a ti unos cuantos puntos de sutura, ¿me estás comprendiendo?

El tipo negó con la cabeza como si yo estuviese flipada, y claro que me estaba entendiendo, porque yo una carrera no pude estudiar en mi juventud, pero después me formé todo lo que pude, junto a Edu, y aprendí inglés que era un primor.

—¿Estás loca? Yo no entiendo nada, es que no lo entiendo.

—Yo sí que no lo entiendo, ¿cómo puedes tener la cara de haberte inventado algo así? Porque hay que tener morro, un morro que te lo pisas...

—¿Morro yo? Morro tu niña al haber hecho esa chuleta, ella sí que le ha echado morro.

—¿Una chuleta mi niña? Eso habrá sido en tus sueños, porque mi Pizpi, que así la llamamos por lo pizpireta que es, saca sobresalientes como catedrales y no ha copiado en su puñetera vida, ¿me estás escuchando?

—Te estoy escuchando yo y también el colegio al completo, ¿quieres dejar de dar voces?

—Si doy voces es por tu culpa, pero esto no se va a quedar así. Yo no sé qué mosca te habrá picado para tomarle esa manía a una cría...

—Que está casado y no folla, ya te lo digo yo. Lleva anillo y cara de avinagrado, no hay que buscar un detective. Yo también he estado así, chaval, y te digo que de todo se sale—añadió Olga.

—Yo no doy crédito, ¿se trata de una broma? ¿Alguien os ha enviado para que me la gastéis? —nos preguntó él.

—Sí, tú solo tienes que mirar las ganas de bromita en mi cara, ¿no las ves? Porque se ven a las claras, pero que a las claritas...

—Lo siento mucho, pero estás chiflada. En realidad, lo estáis las dos, pero bueno... En fin, haré como que este incidente no ha sucedido y trataré de olvidarme de él—giró sobre sus talones.

—No te lo has creído ni tú, chaval, no te lo has creído ni tú—le di un toquecito en el hombro mientras se giraba.

—Y ahora, ¿qué demonios pasa?

—Menos demonios, menos demonios... Ahora lo que pasa es que tú no te vas a ir sin prometerme que darás marcha atrás con las calificaciones de la niña.

Olga me miró con la libido por lo alto de su cabecita, que no paraba.

—Lo de nombrar a este hombre y la marcha atrás en una misma frase es una maldad, ¿no? Porque una tiene sus necesidades y...

—¡Ya está bien! Yo no doy marcha atrás ni para coger impulso, lo siento mucho—prosiguió el tal Aidan, que no podía tener más maldad.

—Pues la vas a dar, la vas a dar... La vas a dar si no quieres que te monte una huelga en la puerta del castillo. Internacional va a ser...

—No lo estarás diciendo en serio—negó con la cabeza.

—Mira que los españoles somos muy nuestros, la madre de Rubiales se montó su propia huelga de hambre encerrada en una iglesia, pero esta de hambre no ha dicho nada, que ella tiene muy buen comer. Y yo también—le sonrió con segundas Olga.

—Lo siento mucho, pero no os pienso aguantar ni una tontería más a ninguna de las dos, ¿cómo te llamas? —me preguntó.

—Sara, Sara González me llamo.

—Pues mira, Sara, lo único que puedo decirte es que pillé a tu hija copiando y que, por lo demás, yo no tengo absolutamente nada en su contra, ¿estamos?

—Pues no estamos porque has tenido que equivocarte. Tú ya vienes entrando en esa edad en la que la presbicia asesta una puñalada mortal y la vista baja, baja y punto... Creerías ver algo y te pareció que mi Pizpi copiaba, pero eso es del todo imposible.

—Preguntadle a Valeria, ella estaba al lado y también lo vio. Si sois tan listas, sabréis ver si vuestras hijas os mienten u os dicen la verdad.

—Pues claro que lo sabemos, aparte de que ellas no nos han mentido en la vida y no comenzarán a hacerlo ahora. Quien miente como un bellaco eres tú y te va a caer todo en lo alto, ya lo verás.

—Pues la vas a dar, la vas a dar... La vas a dar si no quieres que te monte una huelga en la puerta del castillo. Internacional va a ser...

—No lo estarás diciendo en serio—negó con la cabeza.

—Mira que los españoles somos muy nuestros, la madre de Rubiales se montó su propia huelga de hambre encerrada en una iglesia, pero esta de hambre no ha dicho nada, que ella tiene muy buen comer. Y yo también—le sonrió con segundas Olga.

—Lo siento mucho, pero no os pienso aguantar ni una tontería más a ninguna de las dos, ¿cómo te llamas? —me preguntó.

—Sara, Sara González me llamo.

—Pues mira, Sara, lo único que puedo decirte es que pillé a tu hija copiando y que, por lo demás, yo no tengo absolutamente nada en su contra, ¿estamos?

—Pues no estamos porque has tenido que equivocarte. Tú ya vienes entrando en esa edad en la que la presbicia asesta una puñalada mortal y la vista baja, baja y punto... Creerías ver algo y te pareció que mi Pizpi copiaba, pero eso es del todo imposible.

—Preguntadle a Valeria, ella estaba al lado y también lo vio. Si sois tan listas, sabréis ver si vuestras hijas os mienten u os dicen la verdad.

—Pues claro que lo sabemos, aparte de que ellas no nos han mentido en la vida y no comenzarán a hacerlo ahora. Quien miente como un bellaco eres tú y te va a caer todo en lo alto, ya lo verás.

Capítulo 8



Por la noche nos íbamos de cena a uno de los edificios aledaños al castillo, uno destinado a celebraciones para familiares de alumnos que estaba maravillosamente engalanado para la ocasión.

Esa tarde, antes de ir a arreglarnos, hablamos con las niñas.

—Uy lo que le ha dicho a tu madre, Pizpi. Yo de ti no se lo perdonaría a ese tipo en la vida—le decía Valeria incluso tapándose la mano con la boca, completamente sorprendida debido a la blasfemia que ese hombre había soltado por su boca.

—Si es que te lo dije, ¿me odia o no me odia desde que llegamos aquí? Porque además es que no ha parado, no ha parado desde el principio.

—Ya, hija de mi vida, hasta que te ha buscado una medio ruina, académicamente hablando. Ese se va a enterar, se va a enterar—le aseguré.

Ya las habíamos sometido a un tercer grado y bien que me arrepentía, porque ambas llevaban la palabra “inocente” escrita en la frente y no era justo que aquellas dos criaturas fueran el blanco de la ira de un profesor que estaba claro que mayor no era, pero mal follado, tela...

Un rato después... ¡bingo! Me explico, los alumnos tenían sus propias mesas para cenar, separados de los padres, los cuales las compartíamos con los profesores y el personal del centro. Se trataba de mesas amplias, redondas, para diez comensales y la nuestra, ¿por quién diríais que estaba presidida? Pues sí, por el mismísimo y puñetero Aidan, porque ese de señor tenía bien poco para mí.

No voy a decir que solo nos tocara las narices a nosotras la coincidencia, porque a él también se le quedó la cara color blanco nuclear cuando nos vio. Y encima, para más inri, al ladito de él. Un poco más y nos sientan encima. Asco de coincidencia.

Pues nada, que yo obvié por completo mirarle a la cara, aunque darle a la lengua sí que le di. Más que nada, cuando ya me tomé un par de copitas durante la cena. No estoy acostumbrada a beber y a mí el alcohol me cae

como un tiro. Soy de esas personas que tienen muy poca tolerancia a esa sustancia, de ahí que en su día hiciera a mi hija en tan lamentables condiciones.

—Pues yo solo digo que este internado está de fábula, para rodar en él una película, pero voy a proponer a la dirección que echen a algún profesor—le miré de soslayo— porque no hay derecho a estar pagando un pastizal como el que pagamos aquí y que haya profesores que se nos suban a la chepa, calumniando a nuestros hijos. Eso es lo que voy a hacer...

Olga, me miraba y hacía como una especie de redoble de tambores, feliz por verme tan decidida a hacer justicia sobre aquel hecho. Mandaba narices, tan contentas como estábamos por pasar allí esos días, y tan monas que nos habíamos puesto con nuestros vestidos de gala— que aquello parecía la preboda de Tamara Falcó— y resultaba que el tío aquel nos lo estaba fastidiando todo.

La gente, todo hay que decirlo, comenzó a murmurar en la mesa, y una madre que también acudió sola y que me llamaba Marge, aunque por suerte no tenía un moño como la de Los Simpson que nos tapara la visión del salón, no pudo evitar intervenir en la conversación.

—¿Y no será cosa tuya? Yo, un hecho así de grave, de ser verdad, lo hubiera puesto de inmediato en conocimiento de la dirección, y no lo estaría aireando aquí, entre copas.

—Igual es que sabe que ese profesor tiene más razón que un santo y por ese motivo prefiere hacerlo así—intervino Aidan, que manco no era, pero mudo lo era todavía mucho menos, qué duda cabía de eso.

—¿Más razón que un santo? Ese tipo no tiene principios, eso es lo que pasa. Probablemente no le dan la suficiente candela en su casa y viene aquí corneando, ya me entendéis—me dirigí al resto de los padres.

No, no parecía que me entendiesen, para regocijo de Aidan, a quien yo no culpé expresamente, pero que se destapó él solito enseguida.

—Igual es más bien que ese profesor no esté dispuesto a que dos chicas malcriadas le den coba, igual solo es eso...

—Uy, lo que nos ha dicho, porque ahora ha sido a las dos—prosiguió Olga, ya que acababa de arremeter contra Pizpi y también contra Valeria.

—Tú no acabas el curso en el castillo este. Vas a tener que coger tu varita e irte con la música a otra parte, porque igual te has pensado que por estar aquí es que puedes hacer magia, pero te vas a ver haciendo trucos en la calle... Esto no es Harry Potter ni a ti te va a librar ni la Caridad de la expulsión—le prometí furiosa.

La parte de “La Caridad” no creo que la entendiese demasiado bien ninguno de ellos, pues no debían estar al tanto de las vírgenes católicas a las que tanto aludimos aquí en España, pero el resto lo captaron divinamente.

La cena estuvo calentita y no solo por los platos. Y todavía nos quedaba el baile, en el que ya haría yo por no coincidir con ese tipejo porque su sola presencia me ponía enferma.

o

;

,

La cena estuvo calentita y no solo por los platos. Y todavía nos quedaba el baile, en el que ya haría yo por no coincidir con ese tipejo porque su sola presencia me ponía enferma.

Capítulo 9



Y sí, como todo llega, había llegado la hora del bailecito, y yo me puse en el otro lado del salón con mi querida Olga...

No todas le huíamos a Aidan, no. Varias madres de las que no iban acompañadas le habían echado el ojo y cuchicheaban sobre sus evidentes encantos físicos, aunque no me dieran a mí más castigo que tener que fijarme en él. De entre todas ellas, Marge no parecía convencida de dejarle escapar. Menos mal que el tío llevaba alianza porque, si no, hacen un sorteo allí mismo.

A mí me parecían patéticas, babeando por un sujeto que podría estar más bueno que el pan, sí, pero que había demostrado ser un liante de categoría. La amargura es que se le veía en los ojos, y mi pobre Pizpi le estaba sirviendo para echarla hacia fuera.

Ni que decir tiene que yo lo detestaba y que me habría gustado poder explicarle que en casa estábamos pasando por uno de los momentos más delicados de nuestra vida, añadiendo que a mi hija la dejara en paz, pero ni Pizpi ni yo habíamos nacido para víctimas y no le daría el gustazo de que encima se regodeara en nuestra desgracia. No se lo había creído ni él.

En fin, que yo procuraba no mirarle porque la sangre se me aceleraba en las venas de la mala leche que sentía, pero luego como que también había una extraña fuerza que me llevaba a no poder quitarle la vista de encima. Igual era instinto de supervivencia, por si venía a clavarme un cuchillo, aunque, en honor a la verdad, de haber querido clavar algo, ese se podría haber puesto allí las botas con más de una y con más de dos. Ganitas tenían algunas de mezclarse con tíos chungos, ¿cómo era posible?

Los chicos bailaban en otra sala. Y entonces desde la dirección se propuso a los padres un juego consistente en montar una especie de coreografía de época, de esas en las que todos bailan con todos, poniéndose enfrente, cogiéndose de los bracitos y después ocupando la siguiente posición.

—Ni en broma, Olga—le dije mientras tomaba otra copita y ella me miraba con una de sus cejas elevadas, sabiendo que el alcohol podía sentarme como un tiro.

—Venga, venga, deja esa copa y a mover las caderas, que nos divertiremos.

—Que no, que me terminará tocando bailar también con ese tipo y que no me da la gana. Ni borracha lo haré...

—Pues estás ahí, ahí—hizo el gesto con la mano—. Un poquito más y lo consigues...

—No, que yo controlo.

—Pues si controlas, ¡a bailar! ¡Que buena falta te hace! —exclamó cogiéndome por el brazo y llevándome hasta la pista de baile.

Adrede me situé justo en el punto contrario de Aidan, quien también me miraba extrañamente, quizás por la posibilidad de que me tirase a su yugular cuando llegase el momento. No, podía estar bien tranquilo, porque yo a ese no le hubiera mordido ni por todo el oro del mundo, ya que correría el mismo riesgo que si muerdo a una serpiente venenosa.

1

Me reía con ese pensamiento, me reía con él mientras Olga también lo hacía, sin saber siquiera la razón.

—Estoy pensando en que tiene una lengua viperina, niña.

—Pues otras aquí están pensando en que tiene una lengua digna de probar. La lástima es que el muy carajote nos ha declarado la guerra, con lo bonito que habría sido hacer el amor con él.

—¿El amor? No me jodas, Olguita, que ese tú no lo haces con ninguno, cuanto y más con este.

—¿En qué quedamos? Cuando hablo de follar a muerte me dices que soy peor que una ninfómana, pero sí me expreso con más finura también me cae la del pulpo.

—¿Follar con ese? No me digas que te parece follable porque no lo es.

—¿Perdona? Tú querrás decir que es un capullo de esos con balcones a la calle y con geranios en los balcones y todo, no te digo que no. Pero follable es muy follable, a ver si la presbicia no solo le ataca a él, que tú eres muy jovencita para eso, guapa.

—Habla con mi mano—le ofrecí enseñándole la palma y con un escalofrío recorriendo mi sediento cuerpo, porque hasta calor me estaba entrando de pensar que ambos íbamos avanzando posiciones y que no tardaríamos en tener que bailar juntos.

Miré mis pies y miré los de Olga. Podíamos competir entre ambas, ya que éramos las reinas del tacón, pero en concreto el mío era más alto y estiloso que el del tarro del perfume de Carolina Herrera, de manera que lo tuve preparado.

Llegó el momento y Aidan soltó el aire a la hora de rodear mis hombros para bailar, con la cara tan torcida que parecía el principio de algo malo, un poco más y llamo a urgencias.

—A mí no me mires así, porque yo también estoy asqueada—le dije al mismo tiempo que apuntaba a sus elegantes zapatos y, con ambos tacones, a punto estuve de agujereárselos por la parte de los dedos, por donde más duele.

a Me marqué un bailecito encima de ellos, no voy a ser hipócrita y negarlo. Y lo hice con todo el gusto del mundo porque lo estaba deseando. A él le entraron sudores fríos y no sé cómo pudo reprimir un grito. Gustarle no parecía tampoco, la verdad es que no tenía pinta de masoca, pero aguantó estoicamente, con los ojos salidos de las órbitas

—Por favor, ¿es que esto no se va a acabar nunca? —me preguntó carraspeando, porque ni la voz le salía de la garganta.

—Sí, sí, no te preocupes, en nada hay cambio de parejas—le sonreí dejando a Angelina Jolie en la peli de Maléfica en bragas. Bueno, qué más hubiera querido aquel tío, que hasta un salido debía ser.

Olga se moría de la risa y algo le murmuró cuando le llegó su turno, aunque disimuladamente terminó también dándole un par de buenos pisotones, asegurándose de que los pies (entre los suyos y los míos) le quedaran del grosor de una loncha de queso de sándwich.

Fue lo más cerca que estuvimos en una noche que podría haber sido ideal de no ser por su tóxica presencia. Y todavía quedaban más actos, estaba apañada.

Llegó el momento y Aidan soltó el aire a la hora de rodear mis hombros para bailar, con la cara tan torcida que parecía el principio de algo malo, un poco más y llamo a urgencias.

—A mí no me mires así, porque yo también estoy asqueada—le dije al mismo tiempo que apuntaba a sus elegantes zapatos y, con ambos tacones, a punto estuve de agujereárselos por la parte de los dedos, por donde más duele.

Me marqué un bailecito encima de ellos, no voy a ser hipócrita y negarlo. Y lo hice con todo el gusto del mundo porque lo estaba deseando. A él le entraron sudores fríos y no sé cómo pudo reprimir un grito. Gustarle no parecía tampoco, la verdad es que no tenía pinta de masoca, pero aguantó estoicamente, con los ojos salidos de las órbitas.

—Por favor, ¿es que esto no se va a acabar nunca? —me preguntó carraspeando, porque ni la voz le salía de la garganta.

—Sí, sí, no te preocupes, en nada hay cambio de parejas—le sonreí dejando a Angelina Jolie en la peli de Maléfica en bragas. Bueno, qué más hubiera querido aquel tío, que hasta un salido debía ser.

Olga se moría de la risa y algo le murmuró cuando le llegó su turno, aunque disimuladamente terminó también dándole un par de buenos pisotones, asegurándose de que los pies (entre los suyos y los míos) le quedaran del grosor de una loncha de queso de sándwich.

Fue lo más cerca que estuvimos en una noche que podría haber sido ideal de no ser por su tóxica presencia. Y todavía quedaban más actos, estaba apañada.

Capítulo 10



Por la mañana volvimos al internado. Se servía un desayuno en el comedor, uno de lo más entrañable porque nos lo habían preparado nuestros hijos.

No hace falta decir que el programa escolar de ese tipo de centros es sumamente diverso y en el caso del *St. Jame College* incluía unas clases de cocina básica muy prácticas, porque eso de que los chicos lleguen a la edad adulta sin saber freír ni un huevo como que no es plan.

Aidan nos miró de lejos y lo único que le faltó fue colocarse una ristra de ajos en el cuello para que no llegásemos hasta él. Ya había recibido lo suyo el día anterior y sabía que era candidato para recibir más, qué duda cabía.

Olga iba un tanto incómoda esa mañana, y no ya por su presencia, que ella se mostraba algo más tolerante con él que yo, sino porque se había levantado estreñida.

—Es que me pasa siempre que salgo de viaje y qué agobio—me decía mientras se servía un cafecito.

—Pues casi igual que yo entonces, que hasta diarrea terminaré por tener con solo verle la cara al tipo este, es que no lo aguanto, no lo aguanto.

Aidan departía animadamente con todo el que se le acercaba. Parecía tener buena relación con sus compañeros, y también con el director, Edward, que siempre estaba acompañado de su esposa Susan, quien se mostraba muy agradable y quien también formaba parte del profesorado.

Lo cierto era que el ambiente del internado nos estaba resultando muy familiar, como si tuvieran enormes ganas de que todos formáramos una piña. Pero claro, cuando un piñón podrido se acerca al resto, se corre el riesgo de que todos acaben igual, y eso era algo que yo temía.

Nos sentamos a desayunar y entonces Olga sacó un frasquito que me encendió la bombilla esa que todos tenemos en la cabecita, y que a veces nos ayuda a desarrollar unos planes poco menos que fascinantes.

—Dame ese frasquito—le dije en relación con el laxante que estaba administrando con cuentagotas en su vaso de

agua.

—Espera, espera, no si antes no me cuentas lo que quieres hacer con él, tunanta, que eres una tunanta.

—Lo sabes muy bien, aquí hay uno que se va a ir por la patilla. Este se acuerda del genio de las españolas para los restos, te lo prometo.

—Que me lo vas a gastar, mujer, y que no he traído más...

—Cero excusas baratas, ¿vale? Tú lo que estás temiendo es que se líe demasiado gorda y que a las niñas nos las pongan de patitas en la calle, pero eso no va a ocurrir. No tendrán manera de demostrarlo.

—Me estás dando miedo, te prometo que me estás dando miedo, Sarita.

s —Ni que fuera una psicópata, guapa. Venga, dame el tarro ya...

—Una psicópata no sé, pero estás desconocida. Hasta ahora, quien tenía fama de cabra loca en la familia era yo, pero tú me has arrebatado el título y lo has llevado a enmarcar con tu foto, qué tía—se rindió a la evidencia de que le quité el dichoso tarrito de las manos. Eso sí, a punto estuvo de salir volando a consecuencia del forcejeo, y el asunto fue que varias personas me miraron. Yo puse dientes, a lo Pantoja, y me quedé tan pancha.

A continuación, me dirigí al grupo donde estaban ellos y saludé a Susan y a Edward, su marido. No así a Aidan, a quien le hubiese hecho una peineta que a tiempo contuve. Nada más saludarlos, hice como que me serviría también un café y entonces tuve a tiro el de Aidan, que lo había dejado en la mesita delante de la cual charlaban. Lo hice con una rapidez digna de ser elogiada, claro que tampoco me compliqué mucho, puesto que retiré el gotero y volqué el contenido al completo.

Después, volví hasta mi mesa con Olga, con la sonrisa cruzando toda mi cara, y me senté.

—Miedito me estás dando. Si te viera Damián, fliparía... Toda la vida aguantándole y ahora estás desatada. Si esto te llega a pasar años atrás, dejas a nuestro suegro seco como la mojama.

—Y que lo digas. A mí no me toma el pelo nadie más. Ya estoy harta, este se va a enterar...

—No, más bien se va a vaciar por dentro porque no se puede ser más animal de bellota ¿no has visto que has echado todo el tarro?

—¿No dices tú que igual estoy ya aquejada de presbicia? Pues no he visto nada, chica.

—Estás hecha un mal bicho, Sara, no te conozco—reía.

—Pues mejor, porque bicho malo nunca muere, ¿no es eso lo que dicen?

—Morir no sé si morirá, pero matar... Ay, Dios mío, que como te lo cargues harán con vosotros una serie de Netflix.

,

Me partía con ella, todo lo que decía era igual. Pero más me partía con la forma en la que Aidan parecía saborear su taza de café, esa que tenía en la mano y de la que daba pequeños sorbos.

Para mí que desde la mesa escucharíamos el correr de sus tripas cuando aquello comenzara a hacer efecto. No en vano, en ese mismo comedor daría el director una charla un rato después, y ese para mí que no llegaba a ella.

No me equivoqué ni un poquito porque resultó que al poco de estar sentado para escucharla, a Aidan la cara se le empezó a poner de diversos tonos, todos ellos relacionados con el verde, y terminó por salir a escape hacia el cuarto de baño. Todos quedaron atónitos ante sus formas tan extrañas y el cuchicheo entre la gente no se hizo esperar.

Susan me miró en ese instante, que la chica era muy simpática, y yo le devolví un saludito con la mano, como diciéndole que me caía sensacional. Lo que no sabía en ese momento es que se trataba de una chivata.

—Pues mejor, porque bicho malo nunca muere, ¿no es eso lo que dicen?

—Morir no sé si morirá, pero matar... Ay, Dios mío, que como te lo cargues harán con vosotros una serie de Netflix.

Me partía con ella, todo lo que decía era igual. Pero más me partía con la forma en la que Aidan parecía saborear su taza de café, esa que tenía en la mano y de la que daba pequeños sorbos.

Para mí que desde la mesa escucharíamos el correr de sus tripas cuando aquello comenzara a hacer efecto. No en vano, en ese mismo comedor daría el director una charla un rato después, y ese para mí que no llegaba a ella.

No me equivoqué ni un poquito porque resultó que al poco de estar sentado para escucharla, a Aidan la cara se le empezó a poner de diversos tonos, todos ellos relacionados con el verde, y terminó por salir a escape hacia el cuarto de baño. Todos quedaron atónitos ante sus formas tan extrañas y el cuchicheo entre la gente no se hizo esperar.

Susan me miró en ese instante, que la chica era muy simpática, y yo le devolví un saludito con la mano, como diciéndole que me caía sensacional. Lo que no sabía en ese momento es que se trataba de una chivata.

Capítulo 11



Un rato después estábamos en el despacho del director. Olga negaba con la cabeza.

—Te digo yo que sí que nos las ponen de patitas en la calle—murmuraba por lo bajini.

—No seas pájaro de mal agüero y déjame hablar, que yo lo soluciono.

—Eso es lo malo, que abras el pico, Sara.

Aidan me observaba con la cara de dos metros mientras que Susan hablaba con Edward y el hombre se mostraba desconcertado, como si no pudiese creer lo que su esposa le estuviese contando.

—Y bien, parece ser que ha sucedido un altercado esta mañana en el comedor, ¿me lo podrías explicar, Sara? —me pidió.

—Claro que sí, a mí la tostada me la han servido un poco quemada. No he querido decir nada porque los chavales todavía no saben ni dónde están de pie, pero que no he comido nada de nada. Esto me lo tendríais que descontar del precio de la mensualidad, que es una pasada. Mucho castillo y mucho cuento, pero me tenéis muerta de hambre—disimulé.

En lo tocante a hacerme la tonta yo había cursado un máster. Todos me miraron impresionados por el morro que le eché, incluida mi querida Olguita.

—Edward yo lo vi todo. De momento pensé que era su café, pero cuando luego Aidan me comentó que parecía que le habían envenado, me cuadró. Y veneno no, pero le ha echado algo en el café que le ha hecho vaciarse, al pobre.

—¿Yo? Otra con la mala lengua. Aquí os la tendrán que lavar a todos con lejía al final. Voy a ir encargando unas cuantas garrafas, ¿tendría yo algún motivo para hacer una cosa tan fea? —me encogí de hombros—. No entiendo nada—suspiré mientras que Olga me dio un codazo que casi me pone el brazo al revés.

—Ha sido porque suspendí a su hija a raíz de que copiara. Desde ayer, esta mujer me está acosando—me acusó Aidan.

—¿Acosándote yo? Qué más quisieras, ni en tus mejores sueños...

—No hablo de acoso sexual, por supuesto.

—Por supuesto que no. Antes de el Satisfyer que no valga ni para hacer puñetas que tocarte a ti, te lo garantizo.

El director no podía creerse lo que veía, al igual que su mujer. Ellos, que parecían de la mismísima realeza, eran elegancia pura... Y yo que activé el modo princesa del pueblo porque a mi Pizpi no me la tocaba nadie, mordía y más que un pitbull si alguien lo intentaba.

—Está bien, está bien, ¿qué es eso de que suspendiste a su hija? —le preguntó él, que no estaba al tanto de las calificaciones de cada alumno, como era obvio.

—La pillé copiando, Edward. No quise proponerla para expulsión porque me dio pena, dado que lo consideré una chiquillada. Pero como tú comprenderás tampoco puedo hacerle una fiesta al respecto, no le he encargado una medallita ni nada parecido.

—Entre otras cosas porque mi hija solo copió en tu imaginación, ingrato, que eres un ingrato—le solté.

—Sara, yo puedo confirmar las palabras de Aidan—me señaló en ese momento Susan y sentí un vapor interno recorriendo mi cuerpo que vaya, ni una cafetera...

—No, no, eso lo estás diciendo por el corporativismo, que estará muy bonito que os queráis tapar los unos a los otros, pero tú no viste nada. Solo lo sabes por su sucia y vilipendiadora lengua—le señalé.

—Aidan me llamó en ese momento, en el mismo en el que Valeria igualmente lo vio, al estar sentada junto a ella. También otros compañeros de ambas fueron testigos, incluso puedo enseñarte la chuleta que hizo. La tengo en mi despacho, ahora vengo.

—No, no vayas a ninguna parte porque me estoy dando cuenta de que sois muy liantes y de que me estáis tendiendo una trampa entre todos, de eso me estoy dando cuenta—insistí.

—No es necesario, pero tráela, por favor—le pidió su marido en calidad de director.

Me volví para Olga, que pareció enmudecer de repente.

—¿Y tú no dices nada? Porque esto se va a convertir en un conflicto internacional y no puedes permanecer

neutral, no te creas que tú eres Suiza ni nada parecido.

Me estaba atormentando, me estaba atormentando la idea de que todos estuvieran conspirando contra nosotras y a mi niña le quedase una mancha en el expediente más negra que el petróleo.

Por mí habría pataleado, aunque realmente lo hice de un modo verbal cuando apareció Susan con la dichosa chuleta.

—A ver—le dije—, y entonces me quedé muerta en la piedra, aunque me dediqué a negar la mayor. A mi niña ya la pondría yo de vuelta y media, pero a ese no le exculparía porque no me daba la gana, menuda inquina le cogí.

—No niegues que es la letra de Paula, porque lo es. Ella mismo lo reconoció.

—¿Mi Paula? Pero eso fue, fijo, bajo presión y tortura. Al Tribunal de La Haya vais a ir del tirón, se os caerá el pelo.

—¡¡Ya está bien!! —exclamó Edward—. Me vais a perdonar, pero creo que lo que está ocurriendo es totalmente intolerable. De seguir así, lo mejor será que procedamos a la expulsión de Paula Montenegro.

—¿Expulsar a mi niña? No sabéis lo que estáis diciendo, se os está yendo la cabeza—acerté a decir.

—¿A nosotros, Sara? ¿De verdad que la cabeza se nos ha ido a nosotras?

Un rato después estábamos en la calle con las maletas de las niñas. Olga decidió que también se llevaba a Valeria, aunque contenta la tenía. En cuanto a aquel par de mocosas mentirosas tenían mucho que explicar, pero eso sería cuando llegásemos al hotel.

Condujo Olga porque yo no estaba borracha, pero lo habría hecho peor que de haberlo estado, dado el pedazo de disgusto que sentía, ¿cómo era posible que las cosas se hubieran enredado tanto? Si yo siempre tuve la cabeza en mi sitio, ¿qué pasó? Estrés postraumático lo llamaban. Por lo visto, según me comentó ella, yo no había echado fuera lo que sentí tras la muerte de Edu, y entonces, ¿qué pasaba con lo mucho que lloré?

neutral, no te creas que tú eres Suiza ni nada parecido.

Me estaba atormentando, me estaba atormentando la idea de que todos estuvieran conspirando contra nosotras y a mi niña le quedase una mancha en el expediente más negra que el petróleo.

Por mí habría pataleado, aunque realmente lo hice de un modo verbal cuando apareció Susan con la dichosa chuleta.

—A ver—le dije—, y entonces me quedé muerta en la piedra, aunque me dediqué a negar la mayor. A mi niña ya la pondría yo de vuelta y media, pero a ese no le exculparía porque no me daba la gana, menuda inquina le cogí.

—No niegues que es la letra de Paula, porque lo es. Ella mismo lo reconoció.

—¿Mi Paula? Pero eso fue, fijo, bajo presión y tortura. Al Tribunal de La Haya vais a ir del tirón, se os caerá el pelo.

—¡¡Ya está bien!! —exclamó Edward—. Me vais a perdonar, pero creo que lo que está ocurriendo es totalmente intolerable. De seguir así, lo mejor será que procedamos a la expulsión de Paula Montenegro.

—¿Expulsar a mi niña? No sabéis lo que estáis diciendo, se os está yendo la cabeza—acerté a decir.

—¿A nosotros, Sara? ¿De verdad que la cabeza se nos ha ido a nosotras?

Un rato después estábamos en la calle con las maletas de las niñas. Olga decidió que también se llevaba a Valeria, aunque contenta la tenía. En cuanto a aquel par de mocosas mentirosas tenían mucho que explicar, pero eso sería cuando llegásemos al hotel.

Condujo Olga porque yo no estaba borracha, pero lo habría hecho peor que de haberlo estado, dado el pedazo de disgusto que sentía, ¿cómo era posible que las cosas se hubieran enredado tanto? Si yo siempre tuve la cabeza en mi sitio, ¿qué pasó? Estrés postraumático lo llamaban. Por lo visto, según me comentó ella, yo no había echado fuera lo que sentí tras la muerte de Edu, y entonces, ¿qué pasaba con lo mucho que lloré?

Capítulo 12



Cogimos otra habitación para compartirla con las niñas. Por suerte la había y, una vez arriba, por mí las hubiera maniatado hasta que confesaran.

—Por poco lo mato, por poco lo mato a base de irse por la patilla. Y lo que más me jode es que era verdad, qué ridículo, ¿en qué estabas pensando, Pizpi? —le preguntaba yo mientras mi niña miraba el suelo.

—¿Y tú, Valeria? ¿En qué pensabas tú? Porque le has cubierto la espalda a tu prima en un tema de lo más turbio.

—Mamá, que no es un drama de esos de suspense... Turbio, dice—negó Valeria con la cabeza.

—Hija, a mí no me vengas con ese tipo de gestitos que me pongo fatal, ¿me oyes?

—Y tú a mí tampoco, Pizpi, porque todavía pierdo los nervios...

—¿Más, mamá? Reconoce que has actuado como una loca...

—¿Como una loca? ¿Tú quieres que me vuelva loca de verdad y me líe a tortas? Porque de eso me están dando ganas, ¿qué planeabais? No lo entiendo...

Pizpi guardó silencio viendo que yo no iba en plan de broma precisamente, y entonces Valeria cantó.

—Yo no dije nada porque también pensaba copiarme con la misma chuleta. La culpa no es solo de Pizpi, es de ambas. Quise decírselo al Señor Byrne, pero Pizpi no quería, decía que era suficiente con que cayera una. Y no es justo, las dos la hemos cagado.

Olga la miró con cierto orgullo, aunque Pizpi quiso hacerla callar. En vano, porque su prima está entonando el himno de la culpabilidad. Eran muy buenas la una con la otra, no podían cuidarse más.

—Así que ya sabemos lo que pasó—me miró con cierto alivio—. Ahora solo falta saber por qué...

—Porque yo le di la brasa a mi prima para que fuéramos a una fiesta pijama que había en la habitación de al lado. Me apetecía mucho y nos habían insistido. Nadie lo sabía, era secreto y yo quería ir, así que convencí a Valeria.

—Calla, tú no me obligaste a ir...

—Sí que te di la brasa, no te echas la culpa.

Daba gusto, al menos eso sí, ver que no peleaban por demostrar la culpabilidad de la otra y salvar su propio culo, sino por todo lo contrario. Aun así, y pese a todo, yo estaba más negra que la cicatriz de un grillo porque no había derecho a lo que nos habían hecho.

—Pizpi, hija, ¿copiar por ir a una fiesta?

—Mamá, es que yo no quería disgustarte. Todas mis notas son perfectas y si iba, sacaría una mucho más baja. Por eso pensé en copiar y se lo propuse a Valeria. El Señor Byrne no tenía por qué enterarse de nada, pero el tío parece un sabueso.

—Ya, el viejo según vosotras—asintió Olga.

—Todos los que tienen más de veinte lo son—rieron sincronizadas.

La cosa no era como para reírse, aunque quise indagar un poco más antes de dictar sentencia.

—Olga, ¿me puedes dejar a solas con Pizpi, por favor? —le pedí.

—Claro, estaremos tomando algo abajo. Ahora nos vemos en un rato.

Me quedé con mi hija y la abracé. Aunque estaba enfadada con su proceder, tenía que reconocer que yo no actué mejor, y eso que era la adulta de las dos.

—Cariño, ¿por qué tenías que ir a esa fiesta? ¿De verdad era una necesidad imperiosa para ti? Ahora sí que la has liado, como el pollito.

—Mamá, yo también he estado triste, ¿qué crees? —me preguntó con lágrimas en los ojos—. He tratado de que no se me notara, pero también lo echo de menos. Y luego estoy aquí, que es donde quiero estar, pero a mucha distancia de ti y a veces me siento genial, pero otras no. Tengo quince años y, por tanto, un pavo muy grande volando encima de mi cabeza, ¿no?

—¡¡Espera que te lo quito!! —le dije mientras me abalanzaba sobre ella y la hacía reír.

Era normal, en el fondo era normal que Pizpi, que sí tenía carácter igual que Valeria, alguna vez sacase los pies

del plato. Yo me las imaginaba haciendo alguna gamberrada, liándola parda, pero no metiéndose en ese marrón.

En definitiva, que a las niñas nos las dejaron sin escolarizar y que era hora de tomar decisiones.

—Hija, ¿tú es que quieres volver a Madrid conmigo? Porque lo puedo entender, no diré nada en contra de eso.

—No, mami, en realidad a mí me gustaría quedarme el curso aquí en Irlanda, pero no sé cómo podría hacerlo. No viene bien estar separadas, te echo de menos, pero también me estoy haciendo más fuerte. Y sabes que eso lo necesitaba.

Con esas palabras me dio una pista de su madurez. A Pizpi, como a cualquier adolescente, se le podía ir la pinza, pero ella tenía los pies en la tierra. Quien la terminó de liar a lo grande fui yo, que entré en el internado como elefante por cacharrería y que menos mal que no era un castillo de los antiguos, porque si no, me echan de allí con una catapulta. Cositas que pasan.

Esa noche hablé con Olga y tomamos una determinación. No era plan de que las niñas tuvieran que renunciar al hecho de pasar un año en Irlanda porque yo me pusiese como gato panza arriba con aquel tipo y lograra que las expulsaran del internado.

Ella estuvo totalmente de acuerdo y, por delante, teníamos la ardua tarea de encontrar otro centro en el que nos las admitieran a esas alturas de curso, ya después de las Navidades.

Por Dios que la cosa no pintaba bien, pero con dinero todo se consigue, así que habría que intentarlo. Verlas a ellas felices bien merecía la pena y, ya de paso, yo aprendería la lección de que todas las cosas no son lo que parecen.

del plato. Yo me las imaginaba haciendo alguna gamberrada, liándola parda, pero no metiéndose en ese marrón.

En definitiva, que a las niñas nos las dejaron sin escolarizar y que era hora de tomar decisiones.

—Hija, ¿tú es que quieres volver a Madrid conmigo? Porque lo puedo entender, no diré nada en contra de eso.

—No, mami, en realidad a mí me gustaría quedarme el curso aquí en Irlanda, pero no sé cómo podría hacerlo. Nos viene bien estar separadas, te echo de menos, pero también me estoy haciendo más fuerte. Y sabes que eso lo necesitaba.

Con esas palabras me dio una pista de su madurez. A Pizpi, como a cualquier adolescente, se le podía ir la pinza, pero ella tenía los pies en la tierra. Quien la terminó de liar a lo grande fui yo, que entré en el internado como elefante por cacharrería y que menos mal que no era un castillo de los antiguos, porque si no, me echan de allí con una catapulta. Cositas que pasan.

Esa noche hablé con Olga y tomamos una determinación. No era plan de que las niñas tuvieran que renunciar al hecho de pasar un año en Irlanda porque yo me pusiese como gato panza arriba con aquel tipo y lograra que las expulsaran del internado.

Ella estuvo totalmente de acuerdo y, por delante, teníamos la ardua tarea de encontrar otro centro en el que nos las admitieran a esas alturas de curso, ya después de las Navidades.

Por Dios que la cosa no pintaba bien, pero con dinero todo se consigue, así que habría que intentarlo. Verlas a ellas felices bien merecía la pena y, ya de paso, yo aprendería la lección de que todas las cosas no son lo que parecen.

Capítulo 13



Al día siguiente hablamos con ellas. Decidimos salir a desayunar por la zona, porque la mañana amaneció nublada, pero nada fría, y nos apetecía salir a tomar un poco el fresco.

Optamos por una cafetería que había cerca, a pie de carretera, con un formidable mirador desde el que contemplar esa maravilla natural que son los verdes paisajes irlandeses. Una vez allí, comenzó a chispear, por lo que el ambiente invitaba a quedarse un ratito más, contemplando las gotas de lluvia contra el cristal.

—Chicas, tenemos por delante faena, hay que buscaros nuevo internado y hemos pensado en la posibilidad de quedarnos aquí a pasar las Navidades mientras lo hacemos, ¿qué os parece?

—¿Pasar las Navidades en Irlanda? Pues no parece tan mala idea—le dijo Valeria a Pizpi mientras a mi niña le brillaban los ojos.

—¿En serio? Por mí genial, pero ¿tú no quieres visitar a tu padre en Madrid? Si yo tuviera al mío querría—le indicó.

—Mi padre ya se ha encargado de decirme que se va con Silvia a Nueva York. Eso sí, que me traerá un regalo.

Por la cara que me puso Olga sé que estaba pensando que su ex se podría meter el regalo por donde le cupiese, que era la realidad. A la niña la estaba dejando tirada, así que su situación se asemejaba a la de Pizpi, que no tenía ya padre. Y no lo digo porque Julio se fuera a Nueva York, sino porque no se encargaba de ella más que en el aspecto económico, y por cumplir.

—Ya le vale a tu padre—resopló.

—Pues sí...

—Ok, ok, pues entonces tendremos que pensar dónde pasar exactamente las Navidades, porque en el hotel no será—les propuse.

—Yo estoy de acuerdo, por muy bonito que sea, no deja de ser un hotel. Y una cosa es que no pasemos las Navidades en casa y otra que...

—Y otra que no podamos alquilar nuestra preciosa casa aquí para unos días, exacto—pensé en alto y se lo comuniqué.

Nos pusimos a ello enseguida. Todavía quedaban unos días para Navidad y había tiempo. Obvio que volveríamos mucho más tarde a Madrid, pero lo pudimos arreglar todo en la distancia con nuestros trabajadores. Contábamos con un buen equipo y esas cosas se notan a la hora de afrontar un imprevisto.

Por lo demás, a mí me parecía una idea sensacional porque no me apetecía pasar mis primeras Navidades en casa sin Edu, así que todo arreglado.

Nada más contactar con la amable dueña de aquellas casitas de madera, tan idílicas como parecían por fotografía, supimos que allí estaríamos bien.

Se trataba de un complejo de casitas dedicadas al alojamiento turístico, confortables y espaciosas. Nos desplazamos para verlas esa misma mañana y nos decantamos por una de ellas.

Las casas iban parejas, divididas de dos en dos por pequeñas cercas. En la de al lado, de momento no había nadie, por lo que más tranquilas estaríamos. El paisaje era verde y todo lo que se divisaba a nuestro alrededor resultaba verdaderamente bucólico.

Tranquilo y rodeado de bosques plagados de árboles y de acantilados no se me ocurría un lugar mejor para poder celebrar las Navidades. Además, el lugar estaba provisto de todo lo necesario para que nuestra estancia allí resultase acogedora, a excepción de la decoración navideña, que de esa no había ni rastro.

—Hay un tipo cerca que vende árboles de Navidad, os puedo dar su teléfono. Y luego, cerca, tenéis un mercadillo donde, además de poder comprar adornos y figuritas, podréis tomar también el mejor chocolate caliente—nos indicó la buena señora.

A esas alturas del año, las casas irlandesas ya están perfectamente preparadas para recibir a la Navidad, si bien nosotras estábamos todavía perfectamente a tiempo de lograr la ansiada decoración para que las niñas se sintieran como en su propio hogar. Las niñas que ya no eran tales niñas, sino que estaban por demostrarnos que se habían convertido en unas preciosas mujercitas con voz y voto, puesto que ellas mismas eligieron todo lo relativo a la decoración para tan entrañables fiestas.

—Yo flipo con lo que les gusta a los irlandeses el brilli, brilli—le decía Pizpi a Valeria en relación con esos adornos tan brillantes y vistosos que les entraron por el ojo para terminar en sus bolsas.

—Y yo también, y yo también—le contestaba la otra mientras elegía sin parar. No hay mejor manera de pasar el

rato que en uno de esos mercadillos navideños.

Una vez elegidos todos los adornos, nos sentamos a degustar ese chocolate calentito del que nos habían hablado y comprendimos que era una delicia digna de ser probada, por lo que lo paladeamos a placer.

Antes de volver a casa, almorzamos y después nos pasamos por donde aquel hombre vendía los pocos árboles que le quedaban, encargándole uno, por lo que nos siguió con su camioneta.

Una vez en la casa, nos pasamos toda la tarde decorando. Yo de siempre tuve la tradición de grabar a mi hija mientras poníamos el árbol y ese año lo haría en compañía de Valeria, por lo que no solté la cámara mientras nos lo pasábamos pipa subidas en la pequeña escalera, degustando a la par unas deliciosas galletitas que compramos en una tiendecita del pueblo de la que también nos llevamos gran cantidad de comida que guardar en el frigo.

Esa noche caeríamos tiesas como ajos en la cama porque nos dimos la gran paliza, así que nos echamos a dormir pronto con el brillo de las luces de Navidad penetrando por la puerta de nuestro dormitorio.

A la mañana siguiente nos levantaríamos para ir a visitar algún que otro internado que había en la zona. Esperábamos tener suerte, pero no podíamos prometérmolas demasiado felices por lo avanzado del curso. El expediente de las chicas, en teoría, debía ayudar, si no fuera porque el de Pizpi estaba manchado. Yo prefería no pensarlo porque un error de juventud así les podía costar caro.

rato que en uno de esos mercadillos navideños.

Una vez elegidos todos los adornos, nos sentamos a degustar ese chocolate calentito del que nos habían hablado y comprendimos que era una delicia digna de ser probada, por lo que lo paladeamos a placer.

Antes de volver a casa, almorzamos y después nos pasamos por donde aquel hombre vendía los pocos árboles que le quedaban, encargándole uno, por lo que nos siguió con su camioneta.

Una vez en la casa, nos pasamos toda la tarde decorando. Yo de siempre tuve la tradición de grabar a mi hija mientras poníamos el árbol y ese año lo haría en compañía de Valeria, por lo que no solté la cámara mientras nos lo pasábamos pipa subidas en la pequeña escalera, degustando a la par unas deliciosas galletitas que compramos en una tiendecita del pueblo de la que también nos llevamos gran cantidad de comida que guardar en el frigo.

Esa noche caeríamos tiesas como ajos en la cama porque nos dimos la gran paliza, así que nos echamos a dormir pronto con el brillo de las luces de Navidad penetrando por la puerta de nuestro dormitorio.

A la mañana siguiente nos levantaríamos para ir a visitar algún que otro internado que había en la zona. Esperábamos tener suerte, pero no podíamos prometérnoslas demasiado felices por lo avanzado del curso. El expediente de las chicas, en teoría, debía ayudar, si no fuera porque el de Pizpi estaba manchado. Yo prefería no pensarlo porque un error de juventud así les podía costar caro.

Capítulo 14



Llamé personalmente a Edward a primera hora de la mañana.

—Buenos días, Edward, quería pedirte un favor. Sé que igual piensas que soy una loca y no lo soy tanto. Lo mismo es que me pillaste en unos días en los que estaba un poco... A ver, que no es que tuviese la regla, entiéndeme, sino que contaba con una enajenación mental transitoria por culpa de lo mal que se explicó Aidan, aunque eso ya es agua pasada. Mira, lo que te quería pedir es que si podías borrar la mancha esa en el expediente de mi niña, porque si no mal vamos. Pizpi quiere seguir estudiando en Irlanda y no la cogerán en ningún sitito. Le habéis dado peor fama que a la niña del exorcista—me quejé.

Yo me enrollaba como las persianas porque me daba muchísimo coraje de lo sucedido.

—Sara, tu hija no tiene ya el expediente manchado—me indicó.

—¿Que no? Pues será porque tú le hayas pasado una bayeta, porque el profesor ese se lo dejó de pena. Sin escucharla y sin nada, que igual podía haber tenido un poco en cuenta que se acababa de quedar sin padre recientemente y tal...

Yo sabía que la culpa era de Pizpi, pero me sentía incapaz de reconocerlo sin más. No lo podía soportar.

—Y la escuchó, y la escuchó. Pero antes de que os fuerais, cuando ella quiso hablar con él.

—¿Pizpi habló con él? Pues no me ha comentado nada, se le habrá olvidado.

—O no habrá querido echar más leña al fuego, dadas las circunstancias.

—Pues mejor no conjeturemos, que os gusta mucho conjeturar a los irlandeses, ¿y entonces dices que el expediente está limpio?

—Sí, y no solo eso, sino que Aidan nos ha pedido por favor que readmitamos a ambas niñas. Estaba por llamarte justo ahora...

—¡Toma ya! —exclamé.

—¿Cómo? —me preguntó un tanto confuso al otro lado del teléfono.

—Que está bien, que acepto sus disculpas. El tío se ha dado cuenta de que metió la pata hasta el cuadril y ha hecho por sacarla. Pues vale, le demostraré que no soy rencorosa.

Debió hacerse cruces, aunque no dijo nada. Quedamos en que las niñas estarían de vuelta tras las Navidades, cosa que les comuniqué a ambas en presencia de Olga.

—Mucho cuidadito, ¿eh? La suerte ha querido que tengáis una segunda oportunidad, aunque igual no os la merecéis. El comportamiento impecable de nosotras—señalé a Olga y luego a mí— también ha influido, no creáis que el mérito es solo vuestro—proseguí.

Las dos se echaron a reír sin poder evitarlo. La madre que las trajo al mundo, anda que no tenían guasa ni nada.

—Sí, sí, mamá. Sobre todo, ha sido por tu proceder—añadió mi niña.

—Pues sí, hija. Menuda es tu madre cuando tiene que defender algo, pero siempre desde la tranquilidad y la razón ¿eh? Nada de hacer tonterías.

Ambas estallaron a reír y hasta Olga lo hizo.

—Os invito a almorzar por ahí para celebrarlo, anda.

—Claro que sí, que para eso lo he arreglado todo yo solita—me apunté el tanto.

En la casa se estaba de maravilla, lo cual no significaba que hubiera que permanecer en ella más horas que las precisas, puesto que estar en Irlanda y no disfrutar de sus parajes y pueblos sería pecado capital.

Durante el almuerzo todas estuvimos de acuerdo porque, aunque la idea inicial fue la de quedarnos allí para resolver el problema del internado, una vez resuelto (y tan pronto) no pensábamos volver a Madrid. Y mucho menos para dorarle la píldora al desgraciado de Damián quien, con la excusa de hacerse pasar por el abuelo del año, quería ver a las niñas, cuando lo cierto es que por Pizpi solo sentía desprecio.

La casa estaba en la misma zona del internado, en el Condado de Clare, así que nos decidimos a ir a almorzar a *Poulnabrone Dolmen*, donde tras el almuerzo nos adentramos por esas estrechas carreteras que se asemejaban a atracciones de un parque, con las niñas gritando y vitoreando a Olga, que era quien iba conduciendo.

El paisaje era digno de ser captado y yo no paraba de tomar fotografías desde mi ventanilla y luego me volvía par:

tomarles fotos a ellas en el interior del coche, tan divertidas y frescas como eran, poniendo morritos y haciendo toda clase de muecas que Olga y yo imitábamos.

—Mamá, así no se ponen morritos—me decía ella.

—Niña, que yo ya ponía morritos antes de que tú nacieras—me quejaba yo entre risas.

—Claro que sí. Si no llega a ponerlos, tú no naces—prosiguió Olga mientras yo negaba con la cabeza y resoplaba.

En un momento dado llegamos a un parquin y nos bajamos del coche, yo deseando estirar las piernas. A partir de ahí pudimos hacer el resto del recorrido caminando hasta llegar al dolmen.

—Mamá, haznos fotos aquí, porfi—me pedía ella en aquellas piedras rocosas que les darían un aspecto tan particular a las instantáneas.

—Sí, venga, y al Face que van estas dos monerías—me indicó Olga.

—Pues entonces que se pongan de espaldas, que no me gusta que saques a las niñas...

—A buenas horas, si yo las he sacado toda la vida. No te me vuelvas tan prudente que a nosotras no nos vigilan los narcos ni nada, guapita.

—Mira que eres...

Lo pasamos genial allí hasta que comenzó a soplar un viento que amenazó con traer tormenta. Y así fue. A lo justo nos subimos en el coche y entonces nos dimos cuenta de que debíamos avanzar por las mismas carreteras estrechas que a la ida. Eso ya nos hizo menos gracia.

Un ratito después, estábamos paradas en uno de los trayectos menos peligrosos para evitar un accidente porque era imposible avanzar.

—De película de miedo, mami, esto es de película de miedo—me comentaba Pizpi un tanto emocionada, porque a ella le gustaban esas cosas, lo mismo que a su prima.

tomarles fotos a ellas en el interior del coche, tan divertidas y frescas como eran, poniendo morritos y haciendo toda clase de muecas que Olga y yo imitábamos.

—Mamá, así no se ponen morritos—me decía ella.

—Niña, que yo ya ponía morritos antes de que tú nacieras—me quejaba yo entre risas.

—Claro que sí. Si no llega a ponerlos, tú no naces—prosiguió Olga mientras yo negaba con la cabeza y resoplaba.

En un momento dado llegamos a un parquin y nos bajamos del coche, yo deseando estirar las piernas. A partir de ahí pudimos hacer el resto del recorrido caminando hasta llegar al dolmen.

—Mamá, haznos fotos aquí, porfi—me pedía ella en aquellas piedras rocosas que les darían un aspecto tan particular a las instantáneas.

—Sí, venga, y al Face que van estas dos monerías—me indicó Olga.

—Pues entonces que se pongan de espaldas, que no me gusta que saques a las niñas...

—A buenas horas, si yo las he sacado toda la vida. No te me vuelvas tan prudente que a nosotras no nos vigilan los narcos ni nada, guapita.

—Mira que eres...

Lo pasamos genial allí hasta que comenzó a soplar un viento que amenazó con traer tormenta. Y así fue. A lo justo nos subimos en el coche y entonces nos dimos cuenta de que debíamos avanzar por las mismas carreteras estrechas que a la ida. Eso ya nos hizo menos gracia.

Un ratito después, estábamos paradas en uno de los trayectos menos peligrosos para evitar un accidente porque era imposible avanzar.

—De película de miedo, mami, esto es de película de miedo—me comentaba Pizpi un tanto emocionada, porque a ella le gustaban esas cosas, lo mismo que a su prima.

Capítulo 15



Un rato después, cuando llegamos a la casa, ya había anochecido. Por cierto, que vimos luz en la contigua, ya la habían ocupado.

Preparamos la cena entre avisos de corte de luz, de esos que duran tan solo unos segundos y luego vuelve a prender, cada uno de los cuales era celebrado por las chicas como una fiesta.

—¡Otra vez! A ver cuánto dura ahora—contabilizaba los segundos Valeria.

—En una de estas nos quedamos a oscuras durante toda la noche—le respondió Pizpi.

A mí la idea no me sedujo en absoluto. Le tenía cierto pavor a la oscuridad desde que, siendo una niña, recibí un susto por parte de un vecino impresentable que aprovechó que estaba sola. El tío no tenía decencia ni la conocía y a mí me dejó un poco tocada al respecto.

—Pizpi, hija, no digas eso, que no tenemos ni una triste linterna.

—Mamá, ¿y la de los móviles? No me seas antigua.

—¿Y si se gastan las baterías? Entonces encima nos quedamos incomunicadas.

—No, porque las recargamos y ya.

—Claro, metemos los dedos en el enchufe y ya van...

—Anda, pues es verdad, no podríamos cargarlas. Si al final va a resultar que mi madre, el terror de los profesores, hasta piensa y todo.

—Niña, un respeto. Ay, Dios mío, ¿habéis escuchado eso? ¿Qué era?

—Un trueno, Sarita, ¿qué va a ser? —trató Olga de tranquilizarme.

—¿Un trueno? Pues más bien parecía un cañón de artillería, ¿tú estás segura de que no se ha declarado una guerra?

—Aparte de la que le declaraste tú al Señor Byrne, ninguna, mamá—intervino mi hija.

—¡Este mes no cobras paga! Ay, Dios mío, otro trueno...

—Podríamos aprovechar para contar historias de miedo—añadió mi hija.

—La leche que te han dado, Pizpi, quién sería la que te la dio, no se te ocurra, ¿me oyes?

Estaba especialmente nerviosa. A mí la amenaza de apagón me mataba, pero todavía mucho más al ocurrir fuera de mi casa y de mi zona de confort.

En momentos así no podía evitar recordar a Edu y lo mucho que me tranquilizaba siempre que algo me sacaba de quicio. Él siempre tuvo palabras suaves para mí, de esas que amansan a las fieras, igual que la música.

—Bueno, niñas, ya está bien. Habrá que intentar dormir—les dijo Olga viendo cómo mi miedo iba subiendo de nivel.

—Tú lo que quieres es que me quede dormida porque así no me enteraré si se va la luz, ¿no es eso? Pues me da miedo igual.

—Sara, por Dios, que vas a asustar hasta a las niñas...

—Sí, solo mira las caras de miedo que tienen—le indiqué mientras se hacían selfis muertas de la risa, mofándose de mí—. Seguid gastando batería, que como luego no podamos cargarlas la vamos a espichar aquí, qué cosita más mala estoy sintiendo.

Yo miraba a la casa de al lado pensando que igual esa familia sí que había sido más previsora y tuviera linternas, velas o al saber qué. A mí la tormenta me había cogido de sorpresa, porque de otro momento también hubiera cogido un cargamento de cosas con las que mantener algo de luz encendida en caso de que esta se fuese del todo.

Miraba a mi alrededor y, para el mucho miedo que yo experimentaba en una situación así, me había colado demasiado quedándome en aquellas casas tan apartadas, en invierno y en Irlanda, donde llueve lo suyo.

Pues nada, que las horas no pasaban por más que yo me empeñaba. Y que los ojos tampoco se me cerraban por más que me lo proponía. Así las cosas, comenzamos a jugar con las niñas a las cartas. Pizpi siempre llevaba un par de barajas encima y quiso enseñarnos juegos nuevos de los que ella y Valeria aprendieron en el internado.

—Para que luego digan que los chicos de hoy solo sabéis de tecnología, seguro que me das la paliza del siglo, hija. Eso sí, a mí sácame la española, que me defienda yo con el chinchón.

—Y con los bastos, tú dale a tu madre todos los bastos por si hay que repartir palos esta noche.

—Olguita, te la estás jugando por lo militar. No te rías de mi desgracia, porque este temor es una desgracia.

—Cariño, si no va a pasar nada, ¿no ves que la luz está aguantando?

Fue decirlo y, como si se tratase de una maldición, apagarse de golpe. Nos quedamos como si aquello fuera la boca de un lobo y yo sentí que el sudor se comenzaba a apoderar de mí a toda pastilla, sudaba a chorros.

—Olga, enciende la linterna de tu móvil, por lo que más quieras...

—¿No dices que debemos reservar las baterías?

—Yo digo muchas cosas cuando no estoy aterrada, pero cuando lo estoy me cago en todo y en más. Olguita, por favor, la linterna.

—Vale, vale...

La encendió, pero ya para entonces el pánico se había apoderado de mí.

—Necesito otra más, y otra...

—Mamá, tú lo que necesitas es el alumbrado de la feria de Sevilla, pero hasta abril nada de nada.

—Pizpi, te la estás jugando tú también. Venga, linternas encendidas...

Las tuvimos que encender todas y sí... Unas horas después como que las baterías empezaron a dar señales de que durarían menos que un helado en la puerta de un colegio.

—A mí me da, y falta todavía tela para que amanezca. Seguro que los vecinos tienen velas o algo. Olga, abre la puerta y yo salgo corriendo como un rayo para su puerta.

—¿Les vas a despertar de madrugada? ¿Y dando con tu cabezota contra la puerta? Porque vas a ir como un misil.

—Inconsciente, ¿tú crees que estarán dormidos? Pues claro que no, ¿cómo van a estarlo?

—Lo tuyo es de juzgado de guardia, niña...

—¡¡Abre la puerta ya!! —le chillé.

No aguantaba más. A mí me tenían que ayudar porque a oscuras no me pensaba quedar.

Salí y me puse como una sopa de manera instantánea, puesto que el viento me echaba para atrás. No había manera de avanzar, pero yo sabía muy bien que lucharía contra las inclemencias meteorológicas y contra lo que hiciera falta. Conmigo no acababa aquello.

Cuando por fin alcancé la puerta del vecino, la aporreé con todas mis fuerzas.

—¡¡Se trata de una emergencia!! ¡¡Por favor, es una cuestión de vida o muerte!! —chillé.

Entonces, un hombre me abrió la puerta y me habló.

—¿Qué clase de emergencia es esa? ¿Es que acaso se ha declarado una guerra?

Otro queriendo hacer la misma gracia, solo que no me hizo ninguna descubrir que los labios que pronunciaban esas palabras fueran los de Aidan.

—¡¡Abre la puerta ya!! —le chillé.

No aguantaba más. A mí me tenían que ayudar porque a oscuras no me pensaba quedar.

Salí y me puse como una sopa de manera instantánea, puesto que el viento me echaba para atrás. No había manera de avanzar, pero yo sabía muy bien que lucharía contra las inclemencias meteorológicas y contra lo que hiciera falta. Conmigo no acababa aquello.

Cuando por fin alcancé la puerta del vecino, la aporreé con todas mis fuerzas.

—¡¡Se trata de una emergencia!! ¡¡Por favor, es una cuestión de vida o muerte!! —chillé.

Entonces, un hombre me abrió la puerta y me habló.

—¿Qué clase de emergencia es esa? ¿Es que acaso se ha declarado una guerra?

Otro queriendo hacer la misma gracia, solo que no me hizo ninguna descubrir que los labios que pronunciaban esas palabras fueran los de Aidan.

Capítulo 16



Las niñas se morían de la risa unos minutos después.

—¿Aidan está ahí? ¿Con su esposa? —me preguntaban.

—No, no. Ese está más solo que la una, ya os lo digo yo. Y ahora a oscuras, porque cuando me ha confirmado que tenía una linterna, me he abalanzado sobre ella como si se me fuera la vida. O sea, como lo que realmente pasaba.

—Exagerada no eres, cariño. Y yo me pregunto, ¿qué demonios hace este hombre aquí? —comentaba Olga.

—Yo soy muy de fijarme en las cosas y viendo que allí no había ni un alma, me he fijado en que no tenía puesto su anillo de casado.

—La madre que te trajo al mundo, Sara, ¿has visto eso con el apagón?

—Claro, porque he encendido la linterna allí mismo para comprobar si funcionaba, que ese es muy cuco y capaz de quererme dar gato por liebre. Llega a no funcionar y se la come.

Ya me estaba embalando de nuevo. Iba a ser verdad que yo, tras todo lo vivido, necesitaba unas vacaciones, Pero eso sí, unas lejos de aquel tipo que tanto me alteró al llegar a Irlanda.

—Oye, le habrás dicho al menos que mañana se la devuelves.

—Y un jamón con chorreras. Le he dicho que mañana espero no verle por aquí, que se largue...

—Yo me muero, me muero contigo. Pero si le debemos la readmisión de las niñas. Estarían en la calle de no ser por él.

—Otra artimaña. Las expulsaron por su culpa, qué menos que mojarse después...

—No son las cosas así, Sara, no lo son...

—Pues me da igual. El asunto es que yo ahora me echaré a dormir, que para eso tengo mi linternita y con pilas alcalinas, que también le he sacado un paquete.

—¿Tú le has sacado el paquete a Aidan? —rio ella.

—No me busques la lengua delante de las niñas, porque te advierto que me la encontrarás igual.

—Las niñas saben ya más que tú y que yo, ¿o acaso es mentira?

—¡Chitón! Que no me habéis dejado dormir en toda la noche. A planchar la oreja todo el mundo...

A las once de la mañana aquello parecía un velatorio. No se escuchaba ni un alma hasta que el indeseable de Aidan tuvo que hacer la gracia de tocar en la puerta.

Las niñas continuaban dormidas, pero Olga abrió un ojo y tiró de mí.

—Están llamando a la puerta, Sara.

—¿Y a mí qué me cuentas?

—Pues que hay que ir a abrir...

—Pues ya sabes...

Movió el culo y fue. Para mi sorpresa, eso sí, era Aidan y ella le dejó pasar, algo que me puso los vellos de punta. El enemigo en casa.

Me levanté a hurtadillas y escuché cómo le ofrecía una taza de café. Desde lejos, yo le hacía la señal de que le cortaría el cuello, la misma que ella evitaba mirar para no reírse.

—Aidan, muchas gracias por lo que hiciste, de veras—le decía mientras le preguntaba cómo le gustaba el café.

—Con poca leche, por favor...

—Eso, que para mala leche y en cantidad, ya la tiene él—añadí saliendo a la cocina.

—Buenos días, Sara—esquivó mi comentario.

—Dependiendo de para quién, ¿tú no sabes que la primera visión de la mañana condiciona por completo el tipo de día que vayas a tener? Pues imagina, por tu culpa tendré un día de mierda.

—Que eso digo yo también, que si te ha servido mi linterna.

—Para poco, no creas—disimulé.

—Ni caso le hagas, la abrazó con más fuerza que al Satisfyer, por poco la estrangula—bromeó Olga, que tenía muchas ganas de guasita.

—¿Es eso verdad?

—Es mentira cochina, yo no tengo Satisfyer, conque si has venido aquí para saber de mi vida sexual, ya puedes salir por la puerta.

—Dios me libre, te lo digo de verdad.

—¿Dios te libre? ¿Y eso por qué? Oye, que yo soy muy buena en todas las facetas de la vida, ¿eh? Ni se te ocurra columpiarte porque todavía la tenemos—le planté cara.

—No le hagas caso, no es persona hasta que no se toma un cafecito—añadió Olga.

—No, eso no es verdad. Por lo menos necesito un litro para serlo, pero el primero ya me va entonando.

Aidan como que sonrió y yo me enervé por completo. Hasta ahí podía llegar la bromita...

—El primer café, no el primer ensayo de tío que atraviesa el quicio, ¿sabes? Yo es que el listón lo tengo muy alto, ¿te enteras? Mi marido, que en paz descansa, me dejó bien servida de amor.

—Lo siento...

—¿Y por qué? Oye, que yo se lo pedía a gritos, a ver qué te has creído.

—No, mujer, que siento mucho que tu marido falleciera, digo.

—Ah, vale, ¿tú no lo sabías?

—Sí, vi que el padre de Paula falleció. Ese fue uno de los motivos por el que terminé dejando pasar el incidente del copieteo.

—Y dale...

,

—No me vayas a repetir que tu hija no copió, que eso ya quedó claro.

—Sí, ya salió la sentencia, pero esas cosas deberían tener derecho a recurso. Seguro que si recurrimos se le da vuelta a la tortilla.

—En cuanto un juez te escuche dos minutos le das la vuelta tú, desde luego...

—¿Qué me estás llamando?

—Tranquila, solo digo que puedes ser muy convincente.

—¿Y me lo dices en plan piropo o en qué plan?

—Sí, ya salió la sentencia, pero esas cosas deberían tener derecho a recurso. Seguro que si recurrimos se le da vuelta a la tortilla.

—En cuanto un juez te escuche dos minutos le das la vuelta tú, desde luego...

—¿Qué me estás llamando?

—Tranquila, solo digo que puedes ser muy convincente.

—¿Y me lo dices en plan piropo o en qué plan?

Capítulo 17



En cuanto se tomó el café, ya estaba yo loquita porque se largase de allí. Me estaba contaminando el ambiente, porque yo no digo que él hubiese tenido la culpa de todo lo que ocurrió con las niñas, pero le había cogido ojeriza

Me encontraba muy sensible, esa es la realidad, e igual por eso le culpaba de algunos de mis males. De varios, para más señas. Olga, sin embargo, quería cháchara con él y se notaba. Y también se me notaban a mí las ganas de estrangularla, ¿por qué tenía que hablar con Aidan como si tal cosa?

—Pues sí que ha sido casualidad esto de que hayamos venido todos a parar al mismo lugar. Vaya, es que se cuenta y no se lo cree una—le decía.

—Reconozco que es lo último que esperaba, encontraros aquí. A mí es que me ha surgido una eventualidad y resulta que conozco a la dueña de estas casas, por lo que no dudé en ponerme en contacto con ella.

—Ya, ya, en ponerte. A ti lo que te han puesto ha sido las maletas en la calle—maticé yo dando tiros al aire, aunque algo me decía que así fue.

Olga me dedicó una miradita de esas que son capaces de acabar con una persona sin más, de dejarla fulminada, si bien a mí me resbaló por completo porque era cierto que ese hombre tenía algo que me hacía llegar a vomitar todo aquello que se me pasaba por la cabeza, sin más.

—No exactamente—me contestó él, quien no parecía tampoco dispuesto a dar explicaciones al respecto, y menos mal, porque mi amiga era más que capaz de pretenderle hacer allí de psicóloga de pacotilla cuando yo no estaba dispuesta. En absoluto lo estaba, yo estaba deseando que se largase y ya, para desayunar tranquila.

—Pues nada, que el asunto es que da lo mismo. Cada palo que aguante su vela porque problemas tenemos todos. Te llevo yo a contar lo que le ha pasado a ella—la señalé— o a mí, y te crees que es un drama peor que el de la peli Ghost, aunque sin fantasmas. O con ellos, que tú seguro que un poco fantasma sí que eres, yo no te veo nada bueno.

Mentía, mentía porque lo bueno que tenía Aidan era el envoltorio, capaz de hacer que a una se le hiciera la boca

agua hasta ahogarse (otro drama), pero por lo demás ese de bueno no debía tener nada de nada.

Las niñas se levantaban justo en el momento en el que yo le cerraba la puerta.

—Buen viaje—le dije.

—¿Buen viaje? ¿A qué te refieres?

—A que te deseo buen viaje, ¿es que acaso no vocalizo bien? Porque supongo que te vas, ¿no? A ti no se te ha perdido nada en este lugar.

—No, no, me temo que me quedo aquí a pasar las Navidades— confirmó mis peores augurios.

—¿Las Navidades? Pero si esas son para pasarlas en casa, hombre. Mira, yo puedo entender que tu mujer te tenga atravesado porque hasta yo te tengo, pero lo que tienes que hacer es aparecer con una pandereta y cantando villancicos para recordarle que va a nacer el Niño Jesús y que es tiempo de paz. Igual logras hasta que te dé una prórroga.

a Olga explotó de risa, lo mismo que las crías. A mí las barbaridades me salían todas con ese tipo por el que sentía una especie de rechazo que no parecía ser de este mundo.

—Sara, por Dios—me pidió ella para que me callase, porque ciertamente estaba desatada. Me refiero a mí, ella seguro que también, pero de otro modo, porque el tipo estaba bueno y eso a Olga como que le hacían saltar todas las alarmas de “polvo a la vista”.

—Por Dios, ¿qué? Si no le he ofendido ni nada. Y otra cosa, tú no me mires así—me dirigí a él—, ¿qué pasa? ¿Es que acaso aquí no sabéis lo que es una pandereta? Pues vosotros os lo perdéis. Venga, quita la picota que voy a cerrar y no quiero que me vengas luego con la factura del traumatólogo.

A tiempo se quitó para que, efectivamente, yo cerrara la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Es que acaso tengo monos en la cara? No paráis de mirarme, chicas—me quejé.

—Es que estás desconocida, Sara, ¿tú dónde tenías guardada esta parte de ti? La Sara que lleva años en plan recatado y tragando quina con Damián no se parece en nada a esta.

—Pues yo siempre fui más así, lo que ocurre es que con nuestra familia política estaba reprimida, supongo que por lo mucho que le debía a Edu y por no disgustarle. Pero es que este tipo te prometo que tiene algo que no lo soporto, saca lo peor de mí.

—Mamá, pues saca tu lado más divertido, a mí me gusta.

—Pizpi, no la alientes que tu madre está demostrando que se viene arriba enseguida. Cielos, ¡cómo está la fiera!

—De fiera nada, porque yo no le he dado ningún bocado, ¿eh?

—Y mira que está para darle unos cuantos—rio ella—. Y las niñas estas llamándole viejo, pero si es más joven que yo. Si Aidan es viejo, ¿yo que soy? —les preguntó.

—¿De verdad quieres saberlo, mamá?

—Valeria, que yo estoy que crujo, a ver lo que vas a decir...

Y tenía razón, Olga no aparentaba para nada su edad, estaba impresionante. Ella opinaba lo mismo de mí, aunque yo era más joven. Lo que sucedía era que no me encontraba en mi mejor momento anímicamente, pero guapa, sí. Me miraba al espejo y me decía que estaba en la misma flor de la vida, con independencia de que la muerte de Edu no me hubiese situado en una primavera, sino en una especie de invierno infinito, un tanto negro en lo personal, que sacó mi lengua mordaz, una que reprimí durante demasiados años porque chispa tenía mucha de joven, hasta que creí perderla. Y parecía ser que no la había perdido, sino que estaba escondida.

—Pizpi, no la alientes que tu madre está demostrando que se viene arriba enseguida. Cielos, ¡cómo está la fiera!

—De fiera nada, porque yo no le he dado ningún bocado, ¿eh?

—Y mira que está para darle unos cuantos—rio ella—. Y las niñas estas llamándole viejo, pero si es más joven que yo. Si Aidan es viejo, ¿yo que soy? —les preguntó.

—¿De verdad quieres saberlo, mamá?

—Valeria, que yo estoy que crujo, a ver lo que vas a decir...

Y tenía razón, Olga no aparentaba para nada su edad, estaba impresionante. Ella opinaba lo mismo de mí, aunque yo era más joven. Lo que sucedía era que no me encontraba en mi mejor momento anímicamente, pero guapa, sí. Me miraba al espejo y me decía que estaba en la misma flor de la vida, con independencia de que la muerte de Edu no me hubiese situado en una primavera, sino en una especie de invierno infinito, un tanto negro en lo personal, que sacó mi lengua mordaz, una que reprimí durante demasiados años porque chispa tenía mucha de joven, hasta que creí perderla. Y parecía ser que no la había perdido, sino que estaba escondida.

Capítulo 18



Olga decía que yo estaba muy mandona y no era verdad. Por supuesto que no era verdad, porque de haberlo estado no habría consentido que en los siguientes días tuvieran una serie de detalles con Aidan que sí tuvieron.

Por ejemplo, bastaba que cocinásemos cualquier cosa para que les llevaran un platito que probar, ¿es que acaso ese hombre se estaba muriendo de hambre? Pues iba a ser que no y, en justa correspondencia, él se dejaba caer por allí con algún detalle del estilo de unos chocolates o de unos dulces típicos navideños que quiso que probáramos.

—No, no, deja, que en esta casa no se toma azúcar—mentí yo como Pinocho cuando llegó con ellos.

—¿Qué dices, mamá? ¿Tienes fiebre? —Saltó Pizpi del sofá y vino corriendo a cogerlos. La niña no me había salido con las orejas como Dumbo, que ella lo tenía todo muy bien puesto, pero el oído lo tenía magnífico, por muy pequeñas y pegadas que estuviesen sus orejitas.

—Yo no, Pizpi, pero tú igual sí, porque como metas la mano en la bandeja te dejo fuera y no te dejo entrar, vas a sentir un fresquito...

El tiempo estaba algo frío y, sobre todo, ventoso, por lo que la sensación térmica era de temperatura más baja. Eso hizo que, salvo en las horas centrales del día, en las que hacía algo más de calor, nos refugiásemos en la casa.

—¿Qué pasa? —preguntó Olga en ese momento, quien salía de darse una ducha.

—Que dice Sara que vosotros no tomáis azúcar...

—Sara tiene un trastorno mental, no diagnosticado, pero lo tiene. No le hagas ni caso porque el azúcar le pirra.

—Si ya me pareció el otro día que le echaba bastante al café—observó él.

—¿Tú me espías? No creas que vas a estar entrando y saliendo de aquí como Pedro por su casa, porque no, ¿eh?
—le advertí.

—No, tengo más cosas que hacer en la vida que espiarte, no te preocupes por eso—me dijo risueño.

He de señalar que Aidan sí que había aflojado conmigo y que era yo quien no aflojaba con él ni a tiros, las cosas como son.

—Eso espero, porque yo muy pronto te denuncio y así me las pagas todas juntas. Te pasas unas Navidades en el calabozo que te parecerán gloria.

—No creas que me ilusionan mucho estas Navidades, de todas formas—me soltó.

—¿Y eso por qué? —se interesó Olga.

—Pues eso porque tendrá problemas, como todo el mundo, ¿o es que tú todavía no te has enterado de que la felicidad son solo momentos? No es un estado constante, así como si te hubieras metido *speed*, ¿no?

rOlga me miró como no dando crédito.

—Vaya tela, Sara...

—Oye, que yo lo sé de oídas, todavía no me ha dado por ahí, no jodas. Yo solo he cogido alguna que otra cogorza en mi vida, y la primera terminó en barrigón—hice la forma de la curvita.

Olga negaba y hasta él se rio. Si es que era verdad, yo puesta hasta las cejas de algo de eso habría sido un peligro en potencia.

Las niñas ya estaban dando buena cuenta de la bandeja en el sofá, a todo esto, puesto que se la habían llevado, y Olga no dudó en invitarle a pasar.

,

—Entra y tómate un cafelito con nosotras. Y mete la mano en la bandeja o solo quedarán los restos, estas devoran —le señaló a los dulces.

—Es que está muy bueno—le decía Pizpi comiendo a dos carrillos y señalando al chocolate.

—Sí que lo está, sí—le contestó Olga suspirando y con segundas, mirando a aquel que ella decía que parecía un muñeco, aunque no de chocolate.

Para mí todo era surrealista, aunque se unían las tres en mi contra y allí lo tenía otra vez, sentado con nosotras en la cocina.

—¿Y cómo van las cosas? —le preguntó ella mientras le servía el café.

—Pues bien, ¿o es que acaso tú le ves mala cara? —le pregunté yo sin dejar que se metiese en honduras, porque no estaba para escuchar penas.

—No, no tengo mala cara, supongo que porque en el fondo sabía que mi matrimonio estaba sentenciado.

—Ya, igual que el mío con Julio, si es que las cosas se ven a leguas... Además, que si te ha pillado poniéndole los cuernos...

Me reí porque como a Olga le había pasado, suponía en ese momento que todos los hombres lo hacían. Aidan se echó las manos a la cabeza.

—No, no, Lisa no podrá acusarme jamás de eso.

—¿Lisa es tu mujer? Claro, tú qué vas a decir—resoplé yo porque si le podía echar un poquillo de mierda encima se la echaba.

—Bueno, yo no puedo controlar lo que tú pienses—añadió mirándome.

—Ni lo que diga—le recordé.

—Bueno, bueno, que tú no eres juez, Sarita—subrayó Olga—. Oye Aidan, ¿y tú tienes hijos?

—No, no tengo.

—Claro que no, ¿o tú le ves cara de querer muchas responsabilidades? No, no, es más fácil vivir la vida y punto—le aclaré.

—Sara, por Dios, que tú no sabes...

—Sí que sé, yo a este le calé a la primera, en cuanto le vi por primera vez.

Aidan se reía. Poco podía entender de dónde procedía esa inquina que yo no quería ni sabía disimular y que me hacía decir cuantas locuras se me vinieran a la boca sobre su persona.

—No creo, te sorprenderías—añadió.

—¿Más todavía? Porque tú has logrado sorprenderme, yo ignoraba que se me podía sacar tanto de mis casillas.

—¿Es así con todo el mundo? —le preguntó a Olga.

—No, no, ese es un privilegio del que gozas tú y solo tú. Yo nunca la he visto tan arisca. Si ella en realidad es un

amor, debe ser que tú le das...

—Alergia, para mí que le das alergia a mi madre—añadió Pizpi, que entraba en ese momento por la cocina.

s

-

amor, debe ser que tú le das...

—Alergia, para mí que le das alergia a mi madre—añadió Pizpi, que entraba en ese momento por la cocina.

Capítulo 19



Esa noche soñé con él. Sí, soñé con Aidan y me jodió cantidad ver que en el sueño me molaba, ¿cómo me iba a molar a mí ese mequetrefe?

Y encima el sueño como que me dolió en el sentido de que hasta entonces solo soñaba con Edu y me sentí como si le hubiese ofendido. Me desperté con la firme intención de no volver a verle. A partir de entonces, cuando llegara por la casa me metería a hacer como que me depilaba (por mucho que yo tuviera hecho el láser y en mi cuerpo no quedase más pelo que el de la cabeza).

Pensaba en ello un tanto embobada cuando le vi por la ventana de la cocina. Avanzaba hacia la puerta a buen paso, ¿qué mosca le había picado tan temprano?

Tenía algo en esa cara y luego ese aire chulillo... Que en realidad luego no lo era tanto, porque cierto que parecía que yo le di peor fama de la cuenta, pero bueno... No, yo no pensaba dejar que me atrajese en lo más mínimo. Eso no ocurriría ni en esta vida ni en otras. Eso no ocurriría más...

Llamó a la puerta y Olga le abrió. Yo salí pitando al baño y cerré el pestillo y todo.

Enseguida escuché cómo ella se reía y cómo le respondía.

—Sí, las niñas van a estar encantadas. Y por Sara no te preocupes, que a esa me la camelo yo.

Uy lo que había dicho, ¿y eso por qué? ¿En qué tenía que ceder yo?

Pegué el oído a la puerta y escuché que avanzaba hacia ella, dando con sus nudillos.

—Cariño, hoy nos vamos de excursión—me anunció.

—¿De excursión? ¿Qué dices? Si yo he empezado a depilarme porque tengo todas las partes de mi cuerpo que parecen una viña sin vallado, tengo para horas.

—¿A quién quieres engañar? Si tú tienes menos vello que una Nancy. Ni donde yo te dije lo tienes...

Me puse rojo encendido, me lo noté.

—¿Lo puedes decir más alto para que se entere cierto energúmeno? Con lo completo que es, lo mismo se trata hasta de un depredador sexual.

Escuché las risas de Aidan en la puerta. Otro que tenía un oído que era un regalo de la naturaleza, vaya por Dios.

—Si quieres voy a por un certificado de antecedentes penales y te quedas tranquila—me comentó desde la entrada.

—Pues no te diría yo que no, pero por las niñas, puesto que yo no pienso salir contigo ni a la puerta de la calle—le dije abriendo la del baño y saliendo.

i

—Venga, venga, Sara, que hoy hace mejor día y a las niñas les encantará ir de excursión. Aidan se ha encargado de todo, dice que tiene el coche cargado.

—¿Se ha encargado de todo? Este lo que llevará será una cantimplora para todos y un chusco de pan duro para cada uno, ¿no ves que no debe valer para nada?

Él se rio, ¿qué otra cosa podía hacer? Era eso o no mirarme más, y no parecía estar por esa labor.

³Las niñas se despertaron y se pusieron a chillar de alegría. Esas se apuntaban hasta a una ronda de aspirinas, así que solo quedaba yo, quien tuve que terminar por dar mi brazo a torcer.

—Está bien, está bien. De verdad que no podéis ser más pesados todos. Qué barbaridad, no la dejan a una ni depilarse...

—Pues como no te depiles las cejas, Sarita. Venga, ¡en marcha!

—Muchas ganas de cachondeo tienes tú, Olguita—la llamé también por su diminutivo y con retintín—, ¿tú te has asegurado de que este hombre tenga carné de conducir? Porque igual no lo tiene...

—Sara, por Dios, ¿cómo puedes decir tantos disparates a la vez? Me vas a dejar en evidencia.

—Sí, sí, mucha evidencia, pero aquí parece que solo sospecho yo.

Lo decía como si fuese obligatorio sospechar de él. Aidan mostraba conmigo una paciencia increíble, otro me habría mandado a hacer gárgaras mucho tiempo atrás mientras que él se lo tomaba todo a risa. Y eso que tampoco parecía estar pasando el mejor momento de su vida.

Llegamos al coche, cuyo maletero llevaba ciertamente cargado, y tocó distribuirse.

—Mamá, tú delante, porfí, que eres capaz de marearte en el asiento trasero y nos das el día.

—Pizpi, hija, ¿cuándo me he mareado yo en un asiento trasero? —disimulé porque a la niña no le faltaba razón, pero me tocó la moral que lo dijera delante de Aidan.

—Pues cuando Julio se compró el todoterreno nuevo y fuimos por vosotros para echar el día en la sierra. *Mamma mia*, y lo que echaste fue indescriptible. Él decía que le habías desgraciado el coche, no sabes lo que me alegré con el tiempo—rio Olga.

—Un mal día con el estómago lo puede tener cualquiera, debió ser un reflujo...

—¿Un reflujo? Mamá, no pudimos volver a entrar en el coche. Tuvimos que llamar a un taxi, ¿no te acuerdas?

—Qué buena memoria tienes tú para lo que quieres, Pizpi. Luego para otras cosas, como para recordar si has copiado o no, ya se te enturbia un poco—vi que Aidan me miraba sonriente—, aunque es evidente que tú sola no tuviste la culpa.

—No, también la tuve yo—dio Valeria un paso al frente—, tata Sara.

—No me refería a ti, cariño, no me refería a ti. En fin, ¿cuántos votos hay a favor de que yo me siente delante? —les pregunté mientras todos levantaban el brazo a la vez, incluido Aidan—. Pues nada, tú también lo has querido —le advertí mirándole fija.

Llegamos al coche, cuyo maletero llevaba ciertamente cargado, y tocó distribuirse.

—Mamá, tú delante, porfi, que eres capaz de marearte en el asiento trasero y nos das el día.

—Pizpi, hija, ¿cuándo me he mareado yo en un asiento trasero? —disimulé porque a la niña no le faltaba razón, pero me tocó la moral que lo dijera delante de Aidan.

—Pues cuando Julio se compró el todoterreno nuevo y fuimos por vosotros para echar el día en la sierra. *Mamma mia*, y lo que echaste fue indescriptible. Él decía que le habías desgraciado el coche, no sabes lo que me alegré con el tiempo—rio Olga.

—Un mal día con el estómago lo puede tener cualquiera, debió ser un reflujo...

—¿Un reflujo? Mamá, no pudimos volver a entrar en el coche. Tuvimos que llamar a un taxi, ¿no te acuerdas?

—Qué buena memoria tienes tú para lo que quieres, Pizpi. Luego para otras cosas, como para recordar si has copiado o no, ya se te enturbia un poco—vi que Aidan me miraba sonriente—, aunque es evidente que tú sola no tuviste la culpa.

—No, también la tuve yo—dio Valeria un paso al frente—, tata Sara.

—No me refería a ti, cariño, no me refería a ti. En fin, ¿cuántos votos hay a favor de que yo me siente delante? —les pregunté mientras todos levantaban el brazo a la vez, incluido Aidan—. Pues nada, tú también lo has querido —le advertí mirándole fija.

Capítulo 20



La ancestral Irlanda es una tierra bella donde las haya, como nos estaba demostrando a lo largo de aquellos kilómetros que recorriamos con Aidan en su coche.

El irlandés no contaba con que yo tenía la manía de pellizcar a todo aquel conductor (que no fuera Olga, puesto que ella era capaz de arrearme un sopapo y ya) en el muslo, siempre que considerara que cogía las curvas demasiado deprisa.

A Edu siempre se lo hacía y me comentaba que conducir conmigo de copiloto era un deporte de riesgo, puesto que acababa amoratado. Pobre mío.

—Más despacito, ¿no? —le di un primer pellizco en cuanto me pareció que se había pasado un poco.

—Pero si va genial, mami...

—Sí, va genial para ganar una carrera y esto no es ninguna competición—le corregí.

—Si no está corriendo ni nada, Sara, eres más exagerada que el cine—intervino Olga.

—Pues me da igual. Además, vosotras queríais que me sentara aquí, pues ahora chitón—les pedí.

Aidan no se había quejado, pero sí se quedó perplejo. Y no se quejó, seguramente, porque apenas le dolió, dado que el muslo lo tenía más duro que un leño. El tío estaba verdaderamente imponente y, de hecho, yo le había visto a través de la ventana, sin camiseta en su casa, y era para ponerle su nombre a una plaza, algo que no pensaba reconocer ni hecha pedazos.

Por el camino nos fue comentando datos de todo lo que veíamos a nuestro alrededor. Irlanda atrae, ejerciendo sobre el visitante un poder hipnótico gracias a sus parajes inigualables.

En concreto, el condado de Clare es una joya para los sentidos y en ellos destacan los acantilados de Moher, los famosos *Cliffs of Moher*.

Como no podía ser de otra manera, Aidan nos llevó en un día espectacular para poder apreciarlos en toda su dimensión dado que la claridad reinante los hacía francamente sobrecogedores, con sus 200 metros de altura y un recorrido que se extiende a lo largo de sus siete kilómetros de costa.

Impresionantes y cubiertos de hierba, sus cabos plagados de rocas nos dejaron impactadas al mismo tiempo que disfrutamos de legiones de aves marinas que, alegres y bulliciosas, alzaban el vuelo acompañadas por encima de los sublimes acantilados.

Las niñas estuvieran encantadas mientras los recorríamos. Se llevaban tan bien que a menudo paseaban cogidas del brazo, cómplices, contándose todas sus cosas.

Lo que más me gustaba de aquellos días era ver que Pizpi se iba sobreponiendo a la tragedia, lo mismo que yo. Los meses iban pasando y la vida comenzaba a abrirse camino. Edu habría querido vernos bien y estar en un lugar así ayudaba.

En él almorzamos. Muy correcto, Aidan colocó una especie de jarapa en el suelo y encima de ella puso la vajilla campestre que sacó de un maletín. Era de serie de televisión, todo tan perfecto y bien dispuesto antes de sacar un picoteo que incluía todo tipo de entrantes y que contaba como plato estrella con un delicioso pastel de carne que afirmaba haber cocinado él mismo.

—No, no, esto no lo puedes haber cocinado tú—negaba yo con la cabeza.

—¿Y por qué no?

—Porque tú no tienes la capacidad de hacer algo así de bueno, a mí no me vengas con rollos—le decía y él no podía más que dejarme por imposible.

Por lo visto sí que lo había cocinado, puesto que, a la hora del postre, en la que degustamos una especie de exquisito pudín también hecho por él, nos comentó que la cocina le relajaba y que le venía bien para pensar.

—Pues como pienses mucho, nos vamos a poner redondas Olga y yo, así que cuidadito. Que encima estamos en , vísperas de Nochebuena, la cual nosotras pensábamos celebrar como si estuviéramos en España.

—Ah, sí, y hablando de eso—comenzó a decir Olga y yo sentí un calor tremendo por dentro—. Mañana cenas con nosotras, te chuparás los dedos. Vamos a preparar un pavo relleno que no olvidarás en tu vida.

Olga también era muy buena cocinera y les había prometido a las niñas que les prepararía el mismo pavo relleno que cenaron por Navidad desde pequeñas, el mismo que hacía la que fue nuestra suegra, Rita.

—Pero esa es una cena familiar—añadió él.

—En eso no le puedes quitar la razón—intervine yo tratando de que la cordura imperara, ¿qué pintaba Aidan cenando con nosotras en Nochebuena?

—Pues sí, ¿y qué pasa? Tú te vienes con nosotras y vas a ver lo que es pasarlo bien en estas fechas. Además, que os he comprado a todos unas cosas monísimas.

—¿Qué cosas has comprado? —le pregunté.

—Unas cosas, no seas tan curiosa.

No quiso soltar prenda, a ella le encantaban las sorpresas y yo me temía mucho que Olga me tendiera una trampa, porque la veía venir y cualquier idea descabellada podía pasar por su cabecita.

Después del almuerzo las niñas comenzaron a inspeccionar la zona mientras que nosotros seguimos sentados. A mí como que me entró un poco de sueño y él no dudó en ir al coche por otra jarapa para que me tumbase.

En realidad, no quería darle demasiada confianza, aunque ya para eso estaba Olga, quien se la estaba dando toda, y yo hice como que me quedaba dormida.

Tenía estilo, de eso no había duda, y también tenía una voz grave de lo más atrayente. Incluso recitó en alto unos poemas que, como profesor de Literatura que era, se sabía de memoria. Sonaban ciertamente bien y, cuando por fin terminó, Olga le aplaudió. Yo tenía los ojos cerrados, aunque lo estaba escuchando también, y no moví ni un dedo.

—¿De quién son? —le preguntó.

—Son míos—le respondió él.

—No, va en serio, que quién los ha escrito.

—Yo, no son tan buenos, ¿te han gustado? —le preguntó.

—Cómo no me van a gustar. Sara, ¿los has escuchado?

1

—Algo, pero poco—me hice la tonta porque no quería ensalzarle ni meterme en sus cosas. Yo me mantendría al margen de aquel tipo, a mí no lograría comerme terreno.

Un rato después, y antes de que comenzase a oscurecer, quiso llevarnos a conocer también otras zonas de alrededor, cada una más majestuosa que la anterior, las cuales completaron un recorrido verdaderamente espléndido.

Al final de la tarde nos dejó en casa y Olga le agradeció de corazón lo que había hecho por nosotras.

—Y no olvides que mañana cenamos juntos...

—No, no lo olvidaré—le contestó mientras me miraba.

Él se marchó y yo no daba crédito.

—¿De verdad vamos a cenar con ese tipo en Nochebuena? ¿Cuántos tornillos te faltan? —Le levanté el pelo para mirarlo.

—Está solo, igual que nosotras, ¿es que hay algo de malo en ello? Aidan se está portando de lujo con las cuatro ¿acaso no lo ves?

—Porque sabe que está en deuda, nos hizo la puñeta.

—¿Quién está en deuda con quién? ¿O tengo que recordarte que todavía deben estar dándole retorrijones de vientre?

Al final de la tarde nos dejó en casa y Olga le agradeció de corazón lo que había hecho por nosotras.

—Y no olvides que mañana cenamos juntos...

—No, no lo olvidaré—le contestó mientras me miraba.

Él se marchó y yo no daba crédito.

—¿De verdad vamos a cenar con ese tipo en Nochebuena? ¿Cuántos tornillos te faltan? —Le levanté el pelo para mirarlo.

—Está solo, igual que nosotras, ¿es que hay algo de malo en ello? Aidan se está portando de lujo con las cuatro ¿acaso no lo ves?

—Porque sabe que está en deuda, nos hizo la puñeta.

—¿Quién está en deuda con quién? ¿O tengo que recordarte que todavía deben estar dándole retorcijones de vientre?

Capítulo 21



Nos levantamos de lo más contentas el día de Nochebuena. Lo digo porque las niñas parecían felices, y aunque era una fecha especialmente emotiva, su felicidad era la nuestra.

Ellas no paraban de cantar villancicos y de brincar por la cocina, cuando vimos a Aidan salir a correr.

—Por todos los santos, ese hombre no perdona ni una fiesta, se va a matar—les decía yo porque era mucho el ejercicio que hacía.

—Por eso tiene que comer bien, y esta noche se chupará los dedos—añadió Olga—. Por cierto, hoy no hay salida que valga, todas recluidas en la cocina, os daré faena.

—¡A la orden! —hice el saludo militar—¿Se le ofrece algo más?

—Ya se irá viendo...

También vimos, mientras comenzamos a cocinar tras el desayuno, que él volvía y, tras darse una ducha, salía con su coche. Volvió un rato después con gran cantidad de exquisiteces, muchas de ellas tradicionales con las que acompañar la mesa.

Le abrí la puerta y las cogí, con la intención de llevarlas hacia dentro.

—Gracias, no era necesario—murmuré.

—Sí lo es. Iban a ser las peores Navidades de mi vida y mira...

No me pareció que lo dijese por decir.

—¿Lo dices en serio? Por una vez y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo contigo. Haremos que sean una buenas Navidades, por las niñas—le comenté porque lo que me dijo me tocó el corazoncito. Que también lo tenía, pese a todo.

—Por las niñas, por supuesto, pero también por los mayores, ¿o acaso no nos lo merecemos?

—Pues no lo sé, tú sabrás lo que habrás hecho—reí.

—No he hecho nada, mis manos están limpias—las levantó—, míralo.

—Ya, ya, tú qué vas a decir...

—¿Por qué no confías nada en mí, Sara?

a—¿Será porque empezamos con el pie cambiado? Menuda llegada a Irlanda, por tu culpa.

—Sabes que eso no fue así y lo sabes—rio—. Oye, ¿una tregua? —me pidió.

—Pero solo porque es Nochebuena, ¿estamos?

—“*Que suenen con alegría los cánticos de mi tierra y viva el irlandés Aidan, que ablandó a Sarita en Nochebuena*” —cantó a su modo Olguita mientras las niñas le seguían con la pandereta, bailando todas ellas.

Nos hicieron un coro y él se reía sin remedio. Tenía una risa realmente cautivadora, una de esas capaz de causar un deshielo, una en la que yo no tenía la más mínima intención de reparar.

—¡Bueno, ya está! Cuidadito que no se nos queme el pavo y tengamos una desgracia.

—Da igual, mami, aquí hay comida para un año. Y qué bueno, más chocolate—se mordió mi niña el labio mientras miraba lo que trajo Aidan,

—Me la vas a malacostumbrar, ¿eso es porque quieres hacerle la rosca? No te creas que mi niña es tonta, que te tiene fichado y sabe lo que le hiciste.

—Sí, lo que le hizo el último verano, como en la peli de miedo. Tu niña tiene mucho por lo que callar y la mía también, ¿un vinito, Aidan? —le ofreció Olga.

—Venga, pues no te diría yo que no... Son días para pasarse.

—Sí, sí. Pero vamos, que tú no dejes de correr ni un día que igual es malo, qué barbaridad con el tío, está macizo —le decía ella sin ningún tipo de pudor mirándolo como si fuera un trofeo que exhibir en una vitrina.

s

Se sentó a tomar esa copita con nosotras mientras que el pavo se comenzaba a hornear. La idea era cocinar durante la mañana y poder pasar la tarde más tranquila con las niñas, arreglándonos y demás.

Por mucho que pasáramos la Nochebuena allí, no renunciaríamos a arreglarnos. Eso sí que no dejé de hacerlo yo nunca, ni siquiera cuando murió Edu. Yo siempre iba como un pincel (algo que a mi marido le encantaba), pero principalmente lo hacía por mí porque esa fue mi condición de siempre.

En resumen, que no haría una excepción en eso y que disfrutaríamos de unas Navidades que, aunque serían muy distintas, trataríamos de hacer especiales.

La decoración era una maravilla y la casita ciertamente acogedora, además de que la calefacción la hacía cien por cien confortable, una verdadera cucada de lugar en el que celebrar unas fechas tan entrañables con quienes más queríamos; nuestras hijas. Y, extrañamente, también con ese profesor que fue la causa de que no nos volviéramos a Madrid (por lo mucho que se enredó todo) y que, caprichos del destino, se sentaría con nosotras en la mesa en una noche mágica.

Yo nunca disfruté de unas Navidades bonitas hasta que conocí a Edu. En mi casa, esas fiestas pasaban bastante por debajo de la puerta. Él hizo que cobraran un sentido especial para mí, colmándome de regalos, pero también de amor, lo cual era mucho más importante. Con él creé un hogar en el que mi hija fue la princesa consentida, esa princesa que había crecido y que me estaba demostrando que se convertiría en una mujercita a pasos agigantados.

Por mucho que pasáramos la Nochebuena allí, no renunciaríamos a arreglarnos. Eso sí que no dejé de hacerlo yo nunca, ni siquiera cuando murió Edu. Yo siempre iba como un pincel (algo que a mi marido le encantaba), pero principalmente lo hacía por mí porque esa fue mi condición de siempre.

En resumen, que no haría una excepción en eso y que disfrutaríamos de unas Navidades que, aunque serían muy distintas, trataríamos de hacer especiales.

La decoración era una maravilla y la casita ciertamente acogedora, además de que la calefacción la hacía cien por cien confortable, una verdadera cucada de lugar en el que celebrar unas fechas tan entrañables con quienes más queríamos; nuestras hijas. Y, extrañamente, también con ese profesor que fue la causa de que no nos volviéramos a Madrid (por lo mucho que se enredó todo) y que, caprichos del destino, se sentaría con nosotras en la mesa en una noche mágica.

Yo nunca disfruté de unas Navidades bonitas hasta que conocí a Edu. En mi casa, esas fiestas pasaban bastante por debajo de la puerta. Él hizo que cobraran un sentido especial para mí, colmándome de regalos, pero también de amor, lo cual era mucho más importante. Con él creé un hogar en el que mi hija fue la princesa consentida, esa princesa que había crecido y que me estaba demostrando que se convertiría en una mujercita a pasos agigantados.

Capítulo 22



—No, no puede ser, ¡¡tú estás loca!! —le chillé a Olga cuando sacó esas “cosas” que dijo haber comprado para Nochebuena y que no eran otras que unos disfraces de elfas para morirse de la risa.

—¿Vas a decir que no son chulos?

—Pero para vérselos a otras. Yo no me pongo eso, ya sabes que me arreglo mucho en Navidad.

—Sí, sí, pero tú estás cambiando tela y esto forma parte del cambio. Además, que tengo otro para Aidan—me lo enseñó.

—¿Y tú crees que él va a querer ponerse eso? No lo hará, pensará que estamos como cencerros, eso será lo que pensará.

Los disfraces en cuestión eran tronchantes, con esos gorritos verdes con puntas dobladas en rojo, sus vestiditos camiseros verdes con cuellos y volante rojos, así como su cinturón, y unas medias a rayas en rojas y blancas que resultaban de lo más llamativas y coloridas, rematadas con unas botitas de borreguillo en las que sobresalían unos lacitos rojos.

Las niñas salieron y abrieron tanto la boca que temí que no pudieran volver a cerrarlas. Con eso enseñaban bien la ortodoncia, que nos había costado un pico a ambas familias.

—¡Qué chulada, mami! —exclamó Pizpi.

—Sí, sí, una frikada son más bien. Las cosas de Olguita, que es para hacerle un canal de YouTube, esta mujer.

—No como tu madre, sobrina, que ha dado muestras de ser una persona seria y calmada desde que estamos en Irlanda—rio.

Poco podía yo argumentar en sentido contrario. Las niñas se pusieron sus disfraces y las vi francamente monísimas, ¿cómo las iba a ver? Ambas suplicaron con sus manitas y terminé cediendo.

—Pero esto no va a las redes—le pedí a Olga.

—Claro que no, mujer, ¿cómo va a ir a las redes? —me respondió entre dientes la muy traicionera, que lo subiría en cuanto tuviera ocasión. Si la conocería yo.

Al poco, cuando las cuatro nos mirábamos desternilladas, sonó la puerta y era Aidan. Venía ideal con sus chinos y su jersey, debajo de su chaqueta, pero de poco le valdría.

—¿Qué es esto? Pero si estáis monísimas—preguntó con los ojos como platos porque no se esperaba un recibimiento tan peculiar como aquel, no lo esperaba para nada.

—Pues esto es lo que hay, ¡a vestirme! —le sacó Olga su disfraz—. Y no hace falta que lo hagas en plan estríper, t puedes meter en el baño—le señaló.

—Sí, sí. Es más, te vas a meter en el baño—le empujé yo—, ¡venga!

Él no podía hacer otra cosa que reír mientras iba hacia él. Y nosotras no pudimos hacer otra que doblarnos en dos cuando le vimos salir ataviado de elfo, todavía más peculiar si era posible, con un peto en verde, camiseta blanca, gorro verde y rojo, medias de rayas y unos simpatíquimos botines en los mismos colores con la punta hacia arriba, con los que costaba echar el paso, pero él se las apañaba.

—En mi vida, en mi vida he hecho algo así—decía sin dar crédito.

—Y yo en mi vida he visto un paquete así—murmuró Olga, a quien los ojos, dato lo apretado del peto, se le fueron hacia cierta parte de su anatomía.

Suerte que las crías estaban en la cocina y no la escucharon. Él tampoco la entendió muy bien, no lo que decía, pero sí se llevó las manos hacia la susodicha parte cuando le vio los ojos puestos en ella.

—Igual debería ponerme algo encima—disimuló.

—Igual sí, igual sí, te busco un pañuelo a juego o algo —le dijo ella mientras las niñas volvían.

—Mamá, mírame—me dijo Pizpi y, a traición, me tomó una fotografía con él, los dos riéndonos por su atrevimiento, dada la frescura que tenía.

—Hija, se pide permiso...

—Yo soy más de pedir perdón, llegado el caso, mami. Pero si estáis guapísimos—observó, acercando el móvil para que lo viera.

Lucíamos muy sonrientes. Quién iba a decir cómo comenzamos días atrás, viendo esa instantánea. De todos modos, es que la ocurrencia de Olga fue un disparate, pero tenía que reconocer que las fotos saldrían de lo más coloridas y alegres.

A continuación, nos sentamos todos en el sofá y echamos un ratito, jugando de nuevo a las cartas, mientras hacíamos tiempo para la cena. Olga nos sirvió a los mayores una copita mientras y brindamos.

—Por una Nochebuena diferente, pero preciosa—dijo él.

—¡¡Por eso mismo!! —le contestamos.

⌘Más tarde nos sentamos a la mesa y llegó la hora de que degustásemos ese pavo que Olga bordó porque ni a Rita le habría salido más rico. A colación de eso, he de decir que su abuela llamó a las niñas un rato antes, a espaldas de Damián, quien por lo visto echaba fuego por la boca debido al desapego de las que fuimos sus nueras.

A mí todo aquello me pillaba ya muy de lejos. Si algo me había demostrado la vida tras el palo sufrido con Edu era que estaba en todo mi derecho de vivirla como me viniese en gana. Y tener a Damián en ella no entraba en mis planes.

—Es increíble, es increíble lo bueno que está—le decía él.

—A ver si te crees que solo cocinas bien tú, chaval, ¿por quién me has tomado?

Entre Olga y Aidan surgió una bonita amistad, aunque había algo inquietante para mí en el sentido de que, a pesar de que era ella quien le daba casi toda la confianza, él solía mirarme, no de un modo descarado, pero sí de uno que me hacía sentir incómoda en ciertos momentos, como si hubiese una conexión entre nosotros... Una conexión que yo también percibía y que pretendía evitar a toda costa.

La cena no solo resultó exquisita, sino disparatada, con las niñas diciendo majaderías y el resto siguiéndole la corriente. Era como si quisiéramos contagiarnos de esa juventud ingenua en la que los problemas no parecen tener cabida, de esa juventud que lo inundaba todo y que fue la dueña de esa mesa de Navidad, tan improvisada como colorida, que Olga plasmó para siempre con la cámara de su móvil... Bien sabía yo dónde acabarían todas aquellas instantáneas.

Lucíamos muy sonrientes. Quién iba a decir cómo comenzamos días atrás, viendo esa instantánea. De todos modos, es que la ocurrencia de Olga fue un disparate, pero tenía que reconocer que las fotos saldrían de lo más coloridas y alegres.

A continuación, nos sentamos todos en el sofá y echamos un ratito, jugando de nuevo a las cartas, mientras hacíamos tiempo para la cena. Olga nos sirvió a los mayores una copita mientras y brindamos.

—Por una Nochebuena diferente, pero preciosa—dijo él.

—¡¡Por eso mismo!! —le contestamos.

Más tarde nos sentamos a la mesa y llegó la hora de que degustásemos ese pavo que Olga bordó porque ni a Rita le habría salido más rico. A colación de eso, he de decir que su abuela llamó a las niñas un rato antes, a espaldas de Damián, quien por lo visto echaba fuego por la boca debido al desapego de las que fuimos sus nueras.

A mí todo aquello me pillaba ya muy de lejos. Si algo me había demostrado la vida tras el palo sufrido con Edu era que estaba en todo mi derecho de vivirla como me viniese en gana. Y tener a Damián en ella no entraba en mis planes.

—Es increíble, es increíble lo bueno que está—le decía él.

—A ver si te crees que solo cocinas bien tú, chaval, ¿por quién me has tomado?

Entre Olga y Aidan surgió una bonita amistad, aunque había algo inquietante para mí en el sentido de que, a pesar de que era ella quien le daba casi toda la confianza, él solía mirarme, no de un modo descarado, pero sí de uno que me hacía sentir incómoda en ciertos momentos, como si hubiese una conexión entre nosotros... Una conexión que yo también percibía y que pretendía evitar a toda costa.

La cena no solo resultó exquisita, sino disparatada, con las niñas diciendo majaderías y el resto siguiéndole la corriente. Era como si quisiéramos contagiarnos de esa juventud ingenua en la que los problemas no parecen tener cabida, de esa juventud que lo inundaba todo y que fue la dueña de esa mesa de Navidad, tan improvisada como colorida, que Olga plasmó para siempre con la cámara de su móvil... Bien sabía yo dónde acabarían todas aquellas instantáneas.

Capítulo 23



Las niñas terminaron por caer rendidas en el sofá. Ellas no estaban acostumbradas a que les diéramos tanta caña y ese día casi sacamos el látigo para que todo estuviese a punto para la cena.

Las enviamos a la cama, y entonces Aidan también hizo ademán de marcharse.

—Os estoy increíblemente agradecido, agradecido de veras—nos comentó.

—¿Qué dices? Todavía no te vas, ahora que comienza la tertulia. Si no es tarde y es Nochebuena, a ver si te has creído que eres ayudante de Santa de verdad—le dijo ella mientras le obligaba a quedarse.

No podíamos negar que lo estábamos pasando genial, y hasta a mí me hubiese dado penita que se acabara tan pronto la noche. Olga sirvió otra copa junto con unos dulces exquisitos de los que él trajo, y entonces comenzamos a hablar.

En realidad, Aidan apenas sabía nada de nuestras vidas y nosotras menos de la suya. En ese sentido, formábamos un grupo un tanto curioso y ella quiso romper el hielo.

—¿Y tú quién eres, Aidan? Quiero decir, ¿qué es de tu vida?

—¿Yo? Pues soy un amante de la Literatura y un tipo romántico al que la vida no se lo ha puesto fácil en el amor, ese soy yo.

—¿Y eso? ¿A quién quieres engañar? —le preguntó ella.

—No quiero engañar a nadie. Más bien el engañado soy yo. Siempre quise tener familia, una mujer, unos hijos... Hace años me casé con Lisa, una chica de la que me enamoré perdidamente y quien creí que sería la candidata perfecta para dedicarme a ella en cuerpo y alma. Qué equivocado estaba...

—¿Y eso? ¿Ella no tenía los mismos planes?

—Por lo visto no, para ella todo fue algo impactante y divertido que primero asumí como un regalo. Lisa decía que nadie se había enamorado tanto de ella y yo la gané con el corazón. Al poco de casarnos, me di cuenta de que más que una mujer era una niña consentida, pero aun así albergué esperanzas de que pudiéramos llegar a formar una familia feliz.

—Sé de lo que va, te agarras a un palo ardiendo. Yo también he vivido eso con Julio, aunque en mi caso con cuernos por si te sirve de algo, que más que de elfa tendría que haberme disfrazado de rena—le confesó dando un trago a su copa.

—Pues entonces ya somos dos—levantó él la suya y también dio un sorbo.

—¿Lisa te fue infiel? —le pregunté con tono amargo, porque eso me cogió por sorpresa.

—Y no una, sino varias veces. Yo ya estaba escamado, me habían llegado campanas... Pero es algo que no quieres creer. La gente habla mucho, les gusta levantar la polvareda y a veces no es cierto.

—Sí que lo es, sí que lo es... Y de polvareda nada, más bien es cuestión de polvos directamente—rio Olga, quien ya había aprendido a tomárselo con sentido del humor.

—Sí, así es. Yo he defendido a Lisa a capa y espada. Nunca creí a quienes me advirtieron de que estaba jugando a dos bandas.

—A dos dices... Esta gente hace malabares, te lo digo—añadió ella.

—Pues sí. Y encima he sido tan inepto de enfadarme con un amigo hace unos días, con un buen amigo. Él me contó que había visto a Lisa con otro, besándose, en lo que ella me dijo que sería una salida de chicas. Y con mi amigo no llegamos a los puños de milagro, aunque reconozco que llegué a casa...

—Ya, llegaste a casa más mosqueado que el pavo este que nos hemos comido cuando vio las luces de Navidad.

—Más o menos—rio él—. Y, pese a todo, lo hablé con ella de buenas formas, le dije que la gente andaba haciendo comentarios que yo creía infundados y entonces puso una mueca poco menos que burlona y me lo soltó a bocajarro “Igual es verdad, igual me besé con alguien la otra noche”.

—Ya, y te quedaste sin sangre en las venas, porque te lo sueltan como si no funcionara la cisterna del baño, poco más o menos así.

—Ahí le has dado, es así. Y yo la miré y le dije que eso no era posible y entonces se rio y me contestó que el hecho de que yo lo viera como algo improbable no lo hacía imposible.

—¡*Arsa!* —le solté porque lo compadecía. Al menos yo no conocí el desamor, no el de pareja, ese nunca.

—Pues sí, y ya de paso añadió que lo imposible sería que ella me siguiera el rollo en esa cursilada de vida que yo proyecté para ambos, poco menos me propuso que me la metiera por donde me cupiese y que ella se largaba con su amante, que deseaba recuperar su libertad y hacer con su vida lo que le viniese en gana.

—Y a ti se te quedaría una cara de gilipollas que no podrías con ella, como cuando Julio me dijo que estaba liado con Silvia—prosiguió Olga.

—Sí, en esos momentos te preguntas qué hiciste mal, eso es lo que te preguntas.

—Y lo que hicimos fatal fue no ir a graduarnos la vista antes de escoger pareja, porque en el fondo a esta gente se la ve venir. Pero uno se enamora y se cree que los cambiará... Y espérate sentado.

—Es justo así, ahora me siento mejor. Todavía no lo había sacado de dentro, no lo hablé con nadie.

—¿Ni siquiera con tus padres? —le preguntó ella.

—No, mis padres murieron cuando yo era joven en un accidente de tráfico. Mi hermano iba con ellos y tampoco sobrevivió.

—Joder, pues esa sí que es una desgracia y no la de nuestros ex. Mira, ¿sabes lo que te digo? Que ahora mismo vamos a poner música para bailar los tres, y que, de paso, ¡ole la madre que nos parió! —le dijo ella mientras él me miraba sonriente y tiraba de mí para que me levantara.

—Pues sí, y ya de paso añadió que lo imposible sería que ella me siguiera el rollo en esa cursilada de vida que yo proyecté para ambos, poco menos me propuso que me la metiera por donde me cupiese y que ella se largaba con su amante, que deseaba recuperar su libertad y hacer con su vida lo que le viniese en gana.

—Y a ti se te quedaría una cara de gilipollas que no podrías con ella, como cuando Julio me dijo que estaba liado con Silvia—prosiguió Olga.

—Sí, en esos momentos te preguntas qué hiciste mal, eso es lo que te preguntas.

—Y lo que hicimos fatal fue no ir a graduarnos la vista antes de escoger pareja, porque en el fondo a esta gente se la ve venir. Pero uno se enamora y se cree que los cambiará... Y espérate sentado.

—Es justo así, ahora me siento mejor. Todavía no lo había sacado de dentro, no lo hablé con nadie.

—¿Ni siquiera con tus padres? —le preguntó ella.

—No, mis padres murieron cuando yo era joven en un accidente de tráfico. Mi hermano iba con ellos y tampoco sobrevivió.

—Joder, pues esa sí que es una desgracia y no la de nuestros ex. Mira, ¿sabes lo que te digo? Que ahora mismo vamos a poner música para bailar los tres, y que, de paso, ¡ole la madre que nos parió! —le dijo ella mientras él me miraba sonriente y tiraba de mí para que me levantara.

Capítulo 24



Nos despertamos muy temprano, Olga y yo, para hacer de Santa Claus.

Los regalos los habíamos comprado a espaldas de las niñas, en una salida que hicimos. Fuimos a un ritmo frenético y yo no caí para nada en Aidan, más cuando en ese momento aún le huía. Por esa razón me sentí tan cortada cuando ella sacó la caja de aquella camisa para él.

—Anda la leche, yo no le tengo nada, ¿por qué no me dijiste que tú le habías comprado algo? No te vi.

—Porque nos dividimos en las tiendas, bonita. Y porque cualquiera te sugería hace unos días que le compraras un regalo al chico. Un bozal le habrías comprado.

—Tienes razón, ¿y ahora qué?

—Ahora le dices que la camisa es de parte de las dos y punto. No empieces a calentarte el coco, que te lo calienta: mucho—me pidió.

—En eso tienes razón, pero es que no doy ni una. Mira, igual le regalo un libro que compré para mí, una edición limitada de mi favorito.

—¿En inglés o en español? Porque yo no sé si ese hombre chapurrea una palabra de nuestro idioma. Y espero que no, porque menudos disparates hemos soltado delante de él.

—Pues es verdad, está en castellano, ¿qué hago? Mira, da igual, yo se lo regalo y punto. Le digo que ha sido un despiste.

—Nada, nada, la intención es lo que cuenta.

Me fui para mi invitación y, mientras se lo dedicaba, recordaba lo bien que lo pasamos la noche anterior, bailando y bebiendo. En contra de lo que yo había pensado inicialmente, Aidan era muy alegre y divertido, además de bailarín, y lo pasamos genial.

Salí con el libro dedicado y ella me señaló la puerta.

—Dile que venga a desayunar, no puede hacerlo solo el día de Navidad. Y más cuando igual Santa ha esquivado su casa.

—Tienes razón, le daré un toque.

—Así me gusta, que vayas entrando en razón y no tenga que estar arreándote como a una mula todo el día.

—¿Me has comparado con una mula?

—No vayas a decir que no eres más terca que una de ellas, me haces el favor.

Salí riéndome y asintiendo, puesto que algo de razón tenía. Y entonces llamé a su puerta.

Aidan me abrió con una sonrisa de esas deslumbrantes y pareció ponerse contento por nuestro ofrecimiento.

—¿Y no seré un estorbo, otra vez allí?

—Igual un poco sí, pero serás nuestro estorbo, lo hemos decidido—le saqué la lengua—. Venga, vamos.

—Ok, cojo la chaqueta y los regalos.

^s —¿Los regalos? ¿Tienes regalos para las niñas? No hacía falta, de verdad.

—Para las niñas y para vosotras, ¿qué creías?

Me resultó un detalle precioso y agradecí al cielo haberle dedicado ese libro que le entregaría, porque de otro modo me habría quedado loca al coger el mío.

Llevaba unas preciosas bolsas, cada una de ellas rematadas con una flor, de lo más cucas. No le faltaba un perejil.

Las niñas acababan de levantarse cuando entramos por la puerta y nos abrazaron.

—¡Ha venido Santa!

—Y, por lo que veo, también a mi casa, y os ha dejado esto—les entregó él.

Como era nuestro invitado, abrieron primero sus regalos.

—¡¡Son preciosos!! ¡¡Y esto huele genial!! —le chillaban al ver los bonitos pijamas y el fresco perfume que había escogido para ambas.

—Me alegro de que os guste...

—Nosotras también te tenemos un regalo—le indicaron y yo me quedé tan sorprendida como los demás, puesto que no habían mencionado nada al respecto.

—¿Un regalo? ¿Para mí?

—Sí, pero no nos ha costado pasta, sino que lo hemos hecho nosotras mismas. Lo hemos hecho a dúo—le aclararon.

—Pues ahora sí que me entusiasma, esos son los mejores regalos.

Sacaron una carpeta y de ella unos folios. Ambas eran muy artistas, niñas que decoraban mucho sus trabajos con letras preciosas y coloridas.

—Es una redacción en la que te pedimos perdón por haber intentado copiar—le dijeron—. Eres muy buen profesor y no te lo merecen. Si hubiera sido el Señor Walsh, todavía, pero tú no—se refirieron a otro profesor que en opinión de ambas, era un pedorro.

—Pobre Señor Walsh. Venga, os escucho.

Hasta nosotras nos emocionamos, pero él más todavía. En la redacción, ambas ensalzaban sus muchas cualidades como profesor y le pedían humildemente perdón, fue una gozada escucharlas.

Cuando por fin terminaron de leer, allí lloraba hasta el apuntador.

—¡Qué orgullosa estoy de vosotras! —les chillé mientras las besaba a ambas.

—¿Y tú, mami? ¿Tú no tienes que pedirle disculpas por nada?

—¿Yo? Por nada, por nada—les dije.

—¿Ni siquiera por cierta leyenda urbana que corre por el internado de que trataste de envenenarle a base de laxante? —exageraron.

—Qué mala lengua tiene la gente, ¿yo? —me señalé como si fuera pura e inocente y ellas me miraron moviendo sus piecitos—. Bueno, igual le ayudé a ir al baño, pero de ahí a tratar de envenenarle va a un trecho—me

disculpé.

l

—Tres días, tres días estuve yendo al baño sin parar—añadió él.

—Eso es salud, Aidan, eso es salud...

Nos reímos mucho y luego llegó el intercambio del resto de los regalos. También a nosotras nos regaló pijamas y un perfume a cada una, con una fragancia más intensa que el de las niñas, una verdadera delicia olfativa con la que nos perfumamos sobre la marcha.

Tras recibir la camisa por parte de Olga, le hice entrega del libro.

—Mira, al final te has ganado que te diga la verdad, el libro lo compré para mí, por eso está en castellano. Pero luego he caído en que te lo mereces, y hasta te lo he dedicado—abrí los brazos haciéndome la santurrón—. Te queda tela con el traductor.

—Hablo un poco de español—dijo en ese momento en nuestro idioma, con un acento de lo más mono.

—Anda, otro que habrá estado en España, como los chicos de la otra noche—soltó Olga.

, —¿Qué chicos, mamá? —le preguntó Valeria.

—Nada, nada, unos que saludamos y punto, hija—esquivó ella dar explicaciones.

—Yo estuve en España hace años, cuando murieron mis padres y hermano. Quise ir a olvidarme, pero enseguida me di cuenta de que no era posible, de que los problemas te siguen allá donde vayas, y terminé por volver aquí a Irlanda.

—Pues sí, uno mete en las maletas penas y alegrías, justo lo que sienta—le di la razón porque, aunque ya me estaba animando, lo pasé regular preparando las maletas para Irlanda.

—Venga, venga, ¡a desayunar todo el mundo! —nos instó Olga, puesto que ya era hora.

disculpé.

—Tres días, tres días estuve yendo al baño sin parar—añadió él.

—Eso es salud, Aidan, eso es salud...

Nos reímos mucho y luego llegó el intercambio del resto de los regalos. También a nosotras nos regaló pijamas y un perfume a cada una, con una fragancia más intensa que el de las niñas, una verdadera delicia olfativa con la que nos perfumamos sobre la marcha.

Tras recibir la camisa por parte de Olga, le hice entrega del libro.

—Mira, al final te has ganado que te diga la verdad, el libro lo compré para mí, por eso está en castellano. Pero luego he caído en que te lo mereces, y hasta te lo he dedicado—abrí los brazos haciéndome la santurróna—. Te queda tela con el traductor.

—Hablo un poco de español—dijo en ese momento en nuestro idioma, con un acento de lo más mono.

—Anda, otro que habrá estado en España, como los chicos de la otra noche—soltó Olga.

—¿Qué chicos, mamá? —le preguntó Valeria.

—Nada, nada, unos que saludamos y punto, hija—esquivó ella dar explicaciones.

—Yo estuve en España hace años, cuando murieron mis padres y hermano. Quise ir a olvidarme, pero enseguida me di cuenta de que no era posible, de que los problemas te siguen allá donde vayas, y terminé por volver aquí a Irlanda.

—Pues sí, uno mete en las maletas penas y alegrías, justo lo que sienta—le di la razón porque, aunque ya me estaba animando, lo pasé regular preparando las maletas para Irlanda.

—Venga, venga, ¡a desayunar todo el mundo! —nos instó Olga, puesto que ya era hora.

Capítulo 25



Aidan se quedó a pasar el día de Navidad con nosotras, ¿qué sentido habría tenido que lo hubiéramos hecho de otra forma?

Ahora bien, para el almuerzo de ese día nos arreglamos, porque a mí me gustaba y lo puse como condición.

Las niñas lucían preciosas con la ropa que les regalamos y nosotras optamos por sendos vestidos, en mi caso en blanco y negro, elegante y que me hacía cuerpazo. Necesitaba verme bien, y no solo me vi bien yo, a juzgar por la mirada que el irlandés posó en mí cuando aparecí por el salón.

—Mírala ella—se volvió Olga para darme un beso—. No sabes lo que supone para mí verte de nuevo con ganas de vivir.

—Tengo motivos—le respondí.

—Y yo que me alegro, a lo AuronPlay.

En ese momento se me acercó Aidan, quien murmuró sonriente un “estás bellísima” que me gustó mucho. Hasta tuve que hacer por no sonrojarme demasiado, porque no quería que mis mejillas lucieran cuales amapolas.

—Muchas gracias. Oye, Olga, ¿qué queda por hacer? ¿Qué pongo en la mesa? —le pregunté para zafarme de que él me viese así.

—Las ganas de comer, eso es lo que tienes que poner. Venga, ¡todos a sus puestos!

A ella le gustaba mucho más que a mí lo de organizar, por lo que me venía de perlas. Comimos de lo mucho que sobró del día anterior, ya que habría sido un verdadero crimen desperdiciar todo aquello. Y aun así quedó para comer una semana más. Nos habíamos pasado mucho...

En la sobremesa, las chicas se fueron a probar un karaoke que les habíamos regalado con nuestra promesa de cantar más tarde.

—Me he pasado con el vino, me parece—nos anunció Olga, porque los ojos se le cerraban. Yo no le quise decir nada antes, aunque observé que el vino entraba solo y que tomó más copas de las que debía.

—Yo creo que sí, cariño. No te tienes en pie. Nosotros quitaremos la mesa, que tú ya te has dado hoy la panzada de currar.

—Como si la dejáis puesta, yo solo te digo que me voy a echar un ratito, que no puedo con mi alma, ¿os importa?

—Claro que no, cariño—le di un beso porque le debía mucho. Desde que enviudé me había cuidado cantidad—. Descansa un poco.

Nos quedamos solos, aunque con el plato de los dulces por delante. Él fue a coger uno y dio la casualidad de que yo me decanté por el mismo, por lo que nuestras manos se rozaron en el plato.

—Lo siento, tómalo tú—le ofrecí.

—De ninguna manera, ese es tuyo. Yo cojo otro—me dijo mientras lo hacía.

Nos quedamos mirándonos y supe que deseaba preguntarme algo.

—¿Y qué hay de ti, Sara? —me interrogó con los labios y con los ojos al mismo tiempo.

—¿De mí? Puses no hay mucho que contar...

—Yo no pienso igual. Me gustaría conocer tu historia, la de Olga ya la conozco. Y vosotras conocéis la mía.

—Ya, una especie de *quid pro quo*, ¿no?

—Digamos que algo así.

—Mi vida se ha reducido a la niña y a Edu. Bueno, no es que haya estado mano sobre mano, tú ya me entiendes..

—Ya, pero que has vivido para ellos, Edu era tu marido y su padre, entiendo.

—No biológico, Pizpi fue como una especie de sorpresa de juventud que llegó por mi inexperiencia, una noche de borrachera, ya lo debes haber escuchado alguna vez. Pero Edu fue su verdadero padre, el hombre más bueno del mundo y que se hizo cargo de ella desde que la conoció. Creo que se enamoró de las dos a la par... No tenía que haber sucedido, él no debió irse. Siempre se van los buenos.

—Tienes razón y lo siento mucho. Pero al menos piensa que tú sí que has vivido una verdadera historia de amor,

no como la de Olga ni como la mía.

—Eso es verdad, las vuestras son así como de suspense, no se sabía lo que pasaría.

—O más bien sí se sabía y no lo queríamos ver. Lo importante es aprender.

—Ya, ya. Y tú justo con esos problemas y te encuentras a una madre loca, ávida de venganza, que por poco poner el internado patas arriba, ¿no?

—Yo no sabía si eras una madre o un ciclón. Te prometo que nunca había visto nada parecido—rio.

—Eso me parece sensacional. Que hablen de una, aunque sea mal. No, ahora en serio, se me fue mucho la pinza, no me di cuenta de lo tocada que estaba por la muerte de Edu hasta encontrarme con un problema. Un poco más y hago que te declaren persona *non grata* en Irlanda, qué loquilla...

—Pues igual entonces tendría que haberme marchado de nuevo a España. Ya te digo que apenas estuve nada de tiempo...

—Pues te gustaría, te gustaría mucho. Tienes que volver.

—Si tú me invitas, yo vuelvo cuando quieras.

—Vale, pues yo te invitaré y te prometo que me tomaré la medicación de por medio. No, no, que no tengo medicación, es una broma.

—Eres estupenda, Sara—me alabó.

—Un estupendo torbellino que a veces no las piensa mucho, eso es lo que soy.

—Un torbellino que lo arrolla todo a su paso—prosiguió.

. —Oye, ¿y tú no quieres otro dulce? Están de muerte—le dije antes de que continuara y mis mejillas también continuasen tiñéndose de rojo.

—No, no quiero otro dulce, pero me encanta—me comentó.

;

—A mí también me gusta el dulce, mucho. Lo que sucede es que hay que tener siete ojos con él, chico, porque vaya...

—No digas eso, tú te lo puedes permitir, tienes un cuerpo estupendo, ¿haces mucho deporte?

—¿Yo? Qué va, más bien poquito. Es la naturaleza, que me trata bien... A ver, cuando estamos en Madrid solemos ir al gym tres veces por semana, Olga y yo, pero hasta ahí, que tampoco es que nos matemos.

—Madrid es una ciudad increíble, me gustó muchísimo.

—¿La conoces?

—Sí, sí que la conozco—entrecerró los ojos.

—Pues entonces igual te gustaría cantar una que es de las prefes de mami, pero antigua, se llama “Pongamos que hablo de Madrid” —le dijo mi niña, que entró en ese momento a por nosotros—. El karaoke suena genial, también podría enseñarte otra antigüedad que le gusta a ella que se llama “La Puerta de Alcalá” y dice “*mírala, mírala, mírala, mírala...*”

—¿Se están riendo de tus gustos musicales o me lo parece a mí? De todos modos, no conozco ninguna de esas dos canciones.

—Normal, yo las conozco por mi padre, a quien le gustaba mucho cantar...

—No sueles hablar de tus padres—apreció.

—Es que no tengo demasiado que contar de ellos, la verdad. Digamos que la mía no fue una familia modelo ni mucho menos, ¿vale?

—Vaya, lo siento.

—Nada, prueba superada, ¿y si les hacemos caso a las crías y nos marcamos un karaoke?

La conversación ya estaba tomando un cariz más profundo y no me apetecía en absoluto. Yo no solía hablar de ciertas cosas y menos con alguien con quien cada vez me sentía mejor, pero que no dejaba de ser un desconocido.

Optamos por cantar mejor en inglés, porque él no tenía nivel de castellano, y las niñas eligieron.

—Te voy a poner una que también es antigua, pero que a mami le pirra—le comentó ella mientras seleccionó “It must have been love” de Roxette.

—Cariño, ¿no hay otra por ahí? —le pregunté porque no me sentía demasiado bien cantando según qué letras con Aidan.

—Si tú siempre la estás canturreando. Mi madre es que está al lorito de la música, no te creas que no, pero también le encantan los clásicos, como ella los llama. Los clásicos viejunos—rio Pizpi.

Aidan compartió risas con ella y yo le hice una observación que igual ya le hacía menos gracia.

—Pues tú no te rías tanto, que también te llamaron viejo a ti. Sí, cuando le pillaste la chuleta a Pizpi, dijeron que eras un viejo.

—¿Un viejo yo? Da igual que haya sobras para la cena, comeremos desvergonzadas al horno—rio mientras las perseguía por el salón.

A las niñas, a quienes les gustaba más un cachondeo que a un tonto un lápiz, me las disparató por completo, corriendo tras ellas mientras chillaban.

—Ya os podéis callar que Olga está durmiendo y, como la despertéis, no será boquita la suya—les dije mientras se tiraban cojines y justo en ese instante me dio uno a mí, y en toda la mía, o sea, en toda mi boca.

—¡La madre que os parió! —exclamé metiéndome en la pelea.

Un rato después me faltaba hasta la respiración y habría de recobrarla si quería cantar algo. Yo no es que tuviese potencia, pero mi voz era agradable y tenía oído, así que las canciones me solían quedar aceptables.

A Aidan le pasaba lo mismo y oíd, que hicimos un dúo medio decente, hasta las niñas nos dieron su aprobación y eso que ellas eran un público de lo más exigente, que me lo dijeran a mí.

Al rato se levantó Olga y se unió al karaoke.

—Cantad las dos por Pimpinela, que os vea Aidan—nos pidieron porque la representación que hacíamos de los dos hermanos les gustaba a ellas mucho de siempre.

—Venga, trae. Ahora se reirán las mocosas. Aidan, vas a ver que soy capaz de poner una voz todavía más varonil que la tuya—le dijo Olga.

—Oye, que su voz es muy varonil, no te pases—me metí yo en el fregado de contestarle sin saber a santo de qué—. Bueno, bueno, que no he dicho nada—reí al ver sus risas.

Y para risas las de las chicas cuando escucharon el mítico “Olvidame y pega la vuelta”, ambas enfrentadas cara a cara, que le echábamos más garra todavía que Mark Anthony y Jennifer López a dúo.

Acabamos la “actuación”, por llamarla de alguna forma, entre las palmas y vítores de ambas, que no podían estar más contentas, Y en el caso de Aidan, a quien también le encantó, comenzó a silbar de un modo que me resultó de lo más atrayente, para qué decir otra cosa.

Tenía algo, Aidan tenía algo que, de haberle conocido en otras circunstancias, hubiera podido... Mejor ni pensar, ¿qué clase de locura se me había pasado por la cabeza? Me iba mejor cuando pensaba en tirarle los platos a esa, a su cabeza.

Y nada, que, cantando, cantando, se nos fue la tarde. Las niñas nos deleitaron con un buen repertorio de música moderna que los tres no dudamos en bailar, entre risas y criticados por ellas, como no podía ser de otra manera, porque eran unas guasonas de tomo y lomo.

La mejor de todas las músicas, en cualquier caso, era esa risa de ambas que nos alegraba el alma a Olga y a mí, y que también pareció muy del gusto de Aidan, quien hacía cuanto estaba en su mano por integrarse en un grupo que ya era de cinco. Yo solo esperaba que, de vuelta al internado supieran guardar las distancias, puesto que allí volvería a ser ese Señor Byrne al que tratar como tal.

e

Tenía algo, Aidan tenía algo que, de haberle conocido en otras circunstancias, hubiera podido... Mejor ni pensar, ¿qué clase de locura se me había pasado por la cabeza? Me iba mejor cuando pensaba en tirarle los platos a esa, a su cabeza.

Y nada, que, cantando, cantando, se nos fue la tarde. Las niñas nos deleitaron con un buen repertorio de música moderna que los tres no dudamos en bailar, entre risas y criticados por ellas, como no podía ser de otra manera, porque eran unas guasonas de tomo y lomo.

La mejor de todas las músicas, en cualquier caso, era esa risa de ambas que nos alegraba el alma a Olga y a mí, y que también pareció muy del gusto de Aidan, quien hacía cuanto estaba en su mano por integrarse en un grupo que ya era de cinco. Yo solo esperaba que, de vuelta al internado supieran guardar las distancias, puesto que allí volvería a ser ese Señor Byrne al que tratar como tal.

Capítulo 26



A la mañana siguiente, Aidan se levantó con el brazo derecho muy hinchado. Lo vieron las niñas cuando tocaron su puerta para invitarle a desayunar.

—¿Tan hinchado lo tiene? —les pregunté.

—Como si fuera un jamón, mamá, impresionante. Bueno, que de normal ya tiene un brazo que no veas, pero hoy más.

Olga seguía preparando las tostadas y yo me decidí a ir a echarle un vistazo. Me abrió la puerta con una camiseta blanca de mangas cortas, por debajo del codo, y se le notaba la hinchazón.

—No te preocupes, me acercaré a una farmacia, en un rato estoy de vuelta.

—No, no, yo te acompaño, ¿te encuentras bien? Tienes mala cara. En realidad, deberías acercarte a que te viera un médico.

—Soy alérgico a la picadura de algunos bichos, de ahí que se me haya puesto así, pero ya te digo que no deberías preocuparte.

—Hombre, que tampoco tengo yo hoy que salvar el mundo, no seas cabezota y deja que te acompañe.

—Está bien, vale...

Cogimos el coche y las dejamos desayunando a las tres. Conduje yo porque el brazo le molestaba bastante, y nos dirigimos hacia un hospital de la zona.

Le pidieron que se quitase la camiseta al completo porque la picadura debió ser en la parte alta del bíceps y yo casi tengo que pedir que pusieran el aire acondicionado cuando comenzó a subírsela, enseñando esa tableta de chocolate que te hacía hasta marearte. A lo justo me di la vuelta y no vi más.

Caí en la cuenta en esas circunstancias de que yo estaba falta de sexo. No lo estaría de azúcar, pero sí de ese otro combustible para el cuerpo que son las relaciones sexuales y que yo no había vuelto a probar desde Edu.

Con cierto rubor, como que me quedé de espaldas y él lo observó. Debió parecerle encantador, porque al encararlo de nuevo, ya vestido, noté esa sonrisa que cruzó su cara de lado a lado, una preciosidad de sonrisa que me cautivó

Apurada, apenas correspondí a esa sonrisa mientras le recetaron algo para la hinchazón, por lo que nos fuimos directos a la farmacia.

—Gracias, has sido muy amable al acompañarme. Ya sabía yo que se trataba de la picadura de un bicho—me comentó.

a

—Pues mucho ojito con quien te juntas a partir de ahora, que fíjate cómo acabas—bromeé.

—Es cierto que nunca tuve demasiado ojo, aunque, fíjate, tengo la sensación de que eso ha cambiado—me soltó y yo sabía muy bien por dónde iba.

—Las sensaciones pueden ser producto de muchas cosas, incluidas de la fiebre—le espeté.

—No sé si tendré fiebre—prosiguió.

—Pues deberías saberlo.

—¿Y por qué no lo compruebas tú? —insistió en que le pusiera la mano en la frente.

1

—Porque estoy conduciendo y yo soy súper prudente—le indiqué.

—Pues entonces te lo recordaré cuando lleguemos...

No, no podía ser cierto que me estuviera tirando la caña y menos todavía que eso me produjese aquella especie de calor infernal. No, eso sería que me había picado un bicho a mí también e igual tenía fiebre de la misma manera.

Llegamos a la puerta de la casa y aparcamos. Las chicas continuaban en el interior y a él no se le olvidó su petición.

—¿Por qué no lo compruebas? —me preguntó de nuevo.

—Ni que yo fuera enfermera, hombre—disimulé medio jadeando por ese calor que iba en aumento.

—Venga, ¿no me haces ese favor?

—Tú eres más pesado que un choco, ¿no? A ver, si seguro que no tienes fiebre ni nada.

Posé mi mano sobre su frente y solo había dos posibilidades: que estuviese destemplado o más caliente que el cerrojo del infierno, sin más.

—Oye, pues un poco caliente sí que estás—le dije y entonces me sonrojé a tope, mientras mi respiración iba a más y a más justo antes de que me besara.

Sí, Aidan me besó, me besó en los labios y yo... Yo también le besé. Sentí unas increíbles ganas de corresponder a su beso y lo hice sin pensar en nada. Fue un beso que duró un número indeterminado de segundos y que a mí me devolvió al mundo de los vivos, porque entonces percibí que desde lo de Edu había estado como muerta.

A continuación, él sonrió, con sus dedos enroscados entre mis cabellos, y yo sonreí. Y fue entonces cuando reparé de nuevo en la anchura de su brazo, ese que lucía en camiseta, puesto que el jersey le apretaba debido a la inflamación. Pensaba en ello cuando lo subió un poco y aquel tatuaje étnico en su bíceps asomó. Yo nunca lo había visto hasta ese momento y me quedé francamente impactada.

—Aidan, ¿tú desde cuándo tienes ese tatuaje? —le pregunté.

—¿Este? Pues desde joven, desde bastante joven, ¿por qué?

—No, por nada, por nada—le dije mientras salía del coche sin aliento, algo que disimulé como pude.

Él se dirigió a su casa, a cambiarse, y me dijo que enseguida volvería a la nuestra, en la que yo entré.

—Olga, necesito que me hagas el favor de mi vida, no preguntes la razón—le pedí.

—Dime, niña, ¿es que quieres condones? Porque no tengo mucho que preguntar, os he visto besándoos en el coche.

—Vaya, por Dios, pero no es eso... Aidan me dijo que él conoce Madrid, sácale la conversación, yo no puedo... Y pregúntale en qué año estuvo y a qué fue.

—¿Te vas a meter a detective? ¿Qué bicho te ha picado?

—El bicho le ha picado a él, pero eso me ha permitido verle un tatuaje que tiene en el brazo y que es idéntico al que tenía el padre de Pizpi, Sabes que solo me quedan algunos flases en la cabeza de esa noche, no le veo la cara, pero al ver ese tatuaje ha sido como una especie de *déjà vu* de esos y lo he recordado, ese chico llevaba uno igual.

—Puede haber mil idénticos, nena, no te emparanoies.

—Exacto, por eso te necesito, ¿me harás ese favor? Porque te recuerdo que el chico hablaba en inglés...

—¿Cómo no te lo voy a hacer? ¿Tú te imaginas?

—Yo no me lo quiero ni imaginar, ¿cuántas posibilidades hay de que sea él?

s

—Las mismas de que te parta un rayo y qué quieres que te diga, puestas a elegir...

;

;

—Exacto, por eso te necesito, ¿me harás ese favor? Porque te recuerdo que el chico hablaba en inglés...

—¿Cómo no te lo voy a hacer? ¿Tú te imaginas?

—Yo no me lo quiero ni imaginar, ¿cuántas posibilidades hay de que sea él?

—Las mismas de que te parta un rayo y qué quieres que te diga, puestas a elegir...

Capítulo 27



Nos marchamos sin despedirnos al mediodía, en un momento en el que Aidan se echó a dormir en su casa porque estaba cansado a consecuencia de los medicamentos.

Un rato antes, Olga le sacó con disimulo el tema cuando le invitó a desayunar, a nuestra vuelta del hospital, y él le confirmó que estuvo aquel año matriculado en el mismo campus universitario que yo, solo que enseguida se volvió a Irlanda porque se encontraba fatal tras el fallecimiento de sus padres y hermano.

Era él, Aidan era el padre de Pizpi y a mí la noticia se me hacía un mundo. Las niñas, a las que no les contamos nada, se quedaron ojipláticas, y más al ver el plan, que levantamos el campamento, por decirlo de alguna manera, en tiempo récord, y que nos largamos de allí.

Yo no estaba preparada para contarle la verdad a Pizpi, una verdad que no sabía cómo se tomaría, puesto que yo era adulta y tampoco sabía cómo hacerlo.

A menudo, los niños y los adolescentes nos sorprenden tomándose las cosas con mucha más naturalidad que los mayores, pero yo no podía correr riesgos. Además, que para mi hija su padre siempre fue Edu y mi descubrimiento podía suponerle un grandísimo lío en la cabeza, el lío del Monte Pío.

Yo nunca le mentí, esa parte sí que la llevaba ganada, ella sabía que su concepción fue un tanto accidentada y que Edu la acogió como si fuera suya desde el primer momento. Pero aun así no quería columpiarme, que no...

—Mamá, ¿y qué es eso tan importante que hace que tengamos que volver a toda velocidad? —me preguntaba mientras conducía, puesto que a pesar de mis evidentes nervios me puse al volante.

—Cariño, nos ha surgido un problema de trabajo grande en la inmobiliaria y tenemos que volver...

—Pero a nosotras nos queda poco para regresar al internado, ¿era imposible posponerlo?

—Ya veremos qué pasa con todo, Pizpi—le respondí escuetamente.

Esa era otra. Si ellas volvían al internado seguirían en contacto con Aidan, y ese contacto yo quería cortarlo de raíz, ¿cómo lo haríamos? Tenía poco margen de tiempo y mucho en qué pensar. Sentía que la cabeza me explotaba más que nunca, ¿cómo no me iba a explotar si mi mundo acababa de saltar por los aires?

Ni siquiera teníamos billetes de vuelta. Olga iba por el camino tratando de sacarlos y lo peor es que no eran días propicios para que hubiese demasiadas plazas libres en los vuelos, si bien algo se podría hacer.

Contábamos con la ventaja de que Aidan no tenía nuestro teléfono. Es curioso, con lo mucho que llegamos a compartir entre todos y no los intercambiamos, puesto que estábamos allí al lado y ya.

—¡Bingo! Cuatro plazas, nos van a costar un riñón, pero las tengo—me anunció Olga y respiré aliviada. Al menos algo nos debía salir bien.

En cuanto pudimos pasamos el control con la idea de que si Aidan se dejaba caer por el aeropuerto no nos viese. Quizás le llamara tanto la atención nuestra marcha que quisiera ir a olisquear o quizás durmiera durante horas y cuando viniese a despertar ya estuviésemos todas en Madrid.

Cuando por fin el avión alzó el vuelo, yo experimenté una sensación de lo más contradictoria; atrás dejaba al hombre por el que comenzaba a sentir algo, un hombre que se fue colando poco a poco en mi vida, a base de detalles y sutileza, y que me perdonó que yo entrase en la suya con una especie de cañón de artillería apuntándole pero también dejaba atrás a la persona que, con su sola presencia, sería capaz de dinamitar mi mundo, por cuanto pudiera hacerle daño a mi hija y a mí misma, perturbando la paz que Edu nos dejó.

Olga me dio la mano antes de aterrizar.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres? —me preguntó.

—Estoy segura, lo estoy...

—Pues entonces ya veremos cómo nos las apañamos para ocultarlo todo, pero lo haremos. Lo haremos juntas, Sarita.

—Ay, Olguita, tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida después de Pizpi y de Edu, te lo prometo.

—Y soy la que más paciencia tiene contigo. No me imaginaba encontrarme con una Sara combativa como la que he visto en Irlanda y te digo una cosa, ¿eh? A partir de ahora, levanta el mentón y a comerte el mundo, que yo he visto lo que eres capaz de hacer.

Llegamos a casa y ya había anochecido. De nuevo una sensación extraña, como si hiciera un siglo que salí de ella como si mi vida se hubiera interrumpido y hubiese comenzado otra en Irlanda, como si nada fuera lo mismo que antes.

Pizpi se instaló feliz en su dormitorio. Antes de irse a dormir, vi cómo le dio un beso a la foto de Edu que tenía al lado de la cama, y eso me hizo pensar que mi decisión había sido la correcta.

—Cariño, ¿tú sabes que yo todo lo hago por tu bien? —le pregunté.

—Claro que sí, mamá, ¿estás rayada por algo? —me preguntó.

—No, no estoy rayada, hija. Que descanses.

^s Me fui a la cama tras darle un fuerte beso a mi niña. Hacía un tiempo que ella no estaba en casa y notar su presencia me hizo bien. Cuando me metí en la cama, como todas las noches, eché de menos a Edu, pero, por primera vez, mi recuerdo voló hacia ese beso mañanero, hacia ese intenso y romántico beso que me di con Aidan... Hacia un beso que habría de ser el primero y el último con un hombre... Con un hombre con el que ya me crucé una vez en la vida y me la cambió para siempre.

,

,

Pizpi se instaló feliz en su dormitorio. Antes de irse a dormir, vi cómo le dio un beso a la foto de Edu que tenía al lado de la cama, y eso me hizo pensar que mi decisión había sido la correcta.

—Cariño, ¿tú sabes que yo todo lo hago por tu bien? —le pregunté.

—Claro que sí, mamá, ¿estás rayada por algo? —me preguntó.

—No, no estoy rayada, hija. Que descanses.

Me fui a la cama tras darle un fuerte beso a mi niña. Hacía un tiempo que ella no estaba en casa y notar su presencia me hizo bien. Cuando me metí en la cama, como todas las noches, eché de menos a Edu, pero, por primera vez, mi recuerdo voló hacia ese beso mañanero, hacia ese intenso y romántico beso que me di con Aidan... Hacia un beso que habría de ser el primero y el último con un hombre... Con un hombre con el que ya me crucé una vez en la vida y me la cambió para siempre.

Capítulo 28



Al día siguiente salía por la mañana cuando vi un lujoso coche que se paraba a mi lado. Por desgracia, yo sabía muy bien de quién era.

—Buenos días, Sara—me dijo Damián en el más áspero de los tonos. Ya estaba mi suegro tocándome las narices.

—Lo eran hasta que te has acercado, ¿qué tripa se te ha roto, Damián?

—A mí no me hables en ese tonito porque no te lo consiento, desagradecida, que eres una desagradecida. Si vives como vives es gracias a mí, que eso no se te olvide en la puñetera vida—me advirtió.

—¿Gracias a ti? Yo ya no tengo nada que ver con tu inmobiliaria y, además, que en todo caso se lo agradeceré de por vida a tu hijo Edu, con quien trabajé codo con codo, por cierto. Nunca quise quedarme en casa.

—Se te llena la boca hablando de mi hijo cuando en realidad eres una deshonra para él—me largó.

—¿Perdona? ¿Y eso por qué?

—Porque te has separado por completo de nosotros y te has llevado contigo a mi nieta, no viniendo a vernos ni siquiera en Navidad.

—No hemos estado en Madrid en Navidad, supongo que estás al tanto. Más que nada, porque sé que espías a Olga en las redes sociales, más que nada por eso.

—Esa otra despendolada se pasa el día subiendo fotos, sí. Se ve que ninguna de las dos tenéis nada mejor que hacer.

—Craso error, ¿a qué has venido, Damián?

—A ordenarte que mi nieta pase conmigo la Nochevieja. Sé que está en Madrid.

—¿Pasar contigo la Nochevieja?

—Sí, bueno, con Rita y conmigo... Y con el resto de sus tíos y primos, ya procuraré que también venga Valeria, a quien su madre está igualmente apartando de mí.

—Olga no la aparta de ti, además de que sería a Julio a quien debieras pedirle cuentas, pero claro, es mejor atacar a tu exnuera. En cualquier caso, las niñas son libres y ellas han elegido alejarse, Damián.

—¿Libres? ¡¡Son unas niñas!! —vociferó.

—A no ser que hayas venido hasta aquí para perforarme un tímpano, te puedes ahorrar el esfuerzo, porque no lograrás nada.

—¡Las niñas son unas Montenegro! —gritó de nuevo.

—Y dale con los gritos. Oye, ¿y si Pizpi es una Montenegro por qué no la trataste nunca como a alguien de tu familia? Porque la diferencia se veía a kilómetros. Pero claro, llegan las fiestas y hay que hacer el paripé de familia unida, pues que sepas que con mi hija has dado en hueso duro

—Tu hija hará lo que tú le digas, y yo te ordeno que...

—¿Tú me vas a ordenar algo a mí? Damián, esfúmate o te denuncio por acoso en menos de lo que canta un gallo, te lo prometo.

—¡¡Y yo te prometo que me las pagarás!!

—Vas a acabar otra vez de pastillita debajo de la lengua, tú no aprendes, de verdad que no—negué con la cabeza.

Vaya tío más déspota que iba súper de sobrado por la vida, dando órdenes a diestro y siniestro.

Le dejé allí sin decirle “ni por ahí te pudras” y me marché. Ya en la inmobiliaria, le conté a Olga.

a—A mí no ha venido a buscarme, pero me ha llamado. Por lo visto, este año ha organizado una fiesta de Nochevieja que no se salta un galgo, para hacer alarde de su dinero y de su posición, claro...

—Claro, será por lo mucho que tiene que celebrar este año, el de la muerte de su hijo.

—Ya sabes cómo es ese fanfarrón, él tiene que demostrar que su poder está por encima de todo, hasta de una desgracia como esa.

—Una desgracia es él, pero con patas, ¿Valeria asistirá a la cena?

—No, ella dice que se queda conmigo, que no le da la gana de acudir como un perrito faldero a las indicaciones de su abuelo. Y, aparte, que sabe que Pizpi no irá y que quiere estar con ella.

—Pues nada, seguimos con el plan inicial, Nochevieja en mi casa, ¿no?

—Nochevieja en tu casa, sí. Por supuesto. Oye, ¿y tú cómo estás? Y no me mientas, ¿eh? Que yo te conozco como si te hubiera parido, ¿echas de menos al irlandés?

—¿Sería muy raro si te dijera que sí?

—Sería muy raro si me dijeras que no, aparte de que sería una mentira cochina. A ti te mola ese tío, aunque la historia es digna de un guion de cine. Cada vez que lo pienso, es que todavía no puedo ni creérmelo.

—Ni yo, cariño, es flipante, quién me iba a decir que me volvería a topar con esa persona y menos en las condiciones en las que ha sido.

—¿Y si así lo ha querido el destino? Igual la vuestra es una historia de esas de amor legendarias, ¿no?

—Sí, sí, tú solo veas cómo ha empezado lo nuestro en las dos ocasiones: la primera me dejó embarazada en un baño y la segunda...

—La segunda todavía está corriendo con el laxante. De veras que es increíble, te lo prometo. Cada vez que me acuerdo es que me troncho de la risa, qué grande...

—Grande es el lío en el que me estaba metiendo. Si hasta me besé con él...

—Y lo peor es que te gustó, porque te gustó mogollón, no lo vayas a negar.

—Tampoco tanto, ¿no? —me excusé.

—No, no, qué va, tampoco tanto... Un poco más y te pone los ojos en blanco, pero tampoco tanto.

—Eres la monda, cariño, de veras que lo eres.

—No, ella dice que se queda conmigo, que no le da la gana de acudir como un perrito faldero a las indicaciones de su abuelo. Y, aparte, que sabe que Pizpi no irá y que quiere estar con ella.

—Pues nada, seguimos con el plan inicial, Nochevieja en mi casa, ¿no?

—Nochevieja en tu casa, sí. Por supuesto. Oye, ¿y tú cómo estás? Y no me mientas, ¿eh? Que yo te conozco como si te hubiera parido, ¿echas de menos al irlandés?

—¿Sería muy raro si te dijera que sí?

—Sería muy raro si me dijeras que no, aparte de que sería una mentira cochina. A ti te mola ese tío, aunque la historia es digna de un guion de cine. Cada vez que lo pienso, es que todavía no puedo ni creérmelo.

—Ni yo, cariño, es flipante, quién me iba a decir que me volvería a topar con esa persona y menos en las condiciones en las que ha sido.

—¿Y si así lo ha querido el destino? Igual la vuestra es una historia de esas de amor legendarias, ¿no?

—Sí, sí, tú solo veas cómo ha empezado lo nuestro en las dos ocasiones: la primera me dejó embarazada en un baño y la segunda...

—La segunda todavía está corriendo con el laxante. De veras que es increíble, te lo prometo. Cada vez que me acuerdo es que me troncho de la risa, qué grande...

—Grande es el lío en el que me estaba metiendo. Si hasta me besé con él...

—Y lo peor es que te gustó, porque te gustó mogollón, no lo vayas a negar.

—Tampoco tanto, ¿no? —me excusé.

—No, no, qué va, tampoco tanto... Un poco más y te pone los ojos en blanco, pero tampoco tanto.

—Eres la monda, cariño, de veras que lo eres.

Capítulo 29



Había quedado de nuevo con Olga, ese día para ir a encargar la cena de Nochevieja a un local de comida de lo más selecto donde nos lo prepararían todo y nos lo servirían en casa esa misma tarde.

La idea era no cocinar, sino poder dedicar ese día a nuestras niñas, a arreglarnos y demás... Bastante cocinamos en Nochebuena bajo las órdenes de ella, así que tocaba descansar.

Salía con mi coche del garaje cuando de pronto alguien dio con los nudillos en la ventanilla y me enfurecí pensando que fuese Damián, quien era más que capaz de estar al acecho de nuevo.

Me volví con rabia y entonces, en lugar del avinagrado gesto del padre de Edu vi el de Aidan, algo que me dejó muda.

—Hola, Sara—me saludó con una sonrisa, como si no pasara nada, como si yo no hubiera salido de Irlanda en plan avestruz que mete la cabeza debajo del ala.

—Aidan, ¿qué se supone que haces aquí? —le pregunté con el rostro pálido mientras terminaba de bajar la ventanilla.

—He venido a verte...

—Eso ya lo sospecho, pero ¿por qué?

—Porque no sé qué te ha pasado para volverte de forma inesperada y fría, sin despedirte de mí. Por eso y porque no puedo dejar de decirte que me gustas, que me gustas mucho, y que no me gustaría que lo nuestro se enfriase.

Frío iba a coger yo, porque la mañana estaba helada y porque, aparte, sentí frío en el corazón con solo verle, como si me encantase la idea y, por otra parte, tuviera que rechazarla.

—¿Y cómo se supone que me has encontrado? Si ni siquiera tenías mi teléfono.

—No ha sido difícil—sonrió.

—Ya, claro, en el internado tienen todos nuestros datos—suspiré.

—Así es, ¿un café?

—Lo siento mucho y sé que has recorrido un camino muy largo solo para tomártelo, pero es que tengo prisa.

—¿De verdad? ¿A quién quieres engañar? Además de que yo no solo he venido para tomarme un café.

—Ya, ya me lo temo...

—Pues entonces sabes que me quedaré unos días y que no vas a poder esquivarme todos ellos, por favor.

—Está bien—cedí porque entendí que era lo menos, que había recorrido un largo camino para verme y que no podía dejarle allí tirado en la calle.

Subió a mi coche. Me contó que había llegado un rato antes en avión porque en cuanto tuvo mis datos no dudó en volar hacia España para verme.

Yo le escuchaba en el coche y todavía no me lo creía. Le tenía allí a mi lado, cómo era posible. Aparqué en una céntrica cafetería. La mañana estaba tan fría como luminosa. Era una de esas preciosas mañanas de las fiestas en las que Madrid reluce y muestra todo su encanto en forma del ir y venir de las gentes que ultiman los preparativos y los regalos.

—Es un hervidero de gente, tiene mucha vida. Yo podría acostumbrarme a vivir aquí—me dijo para abrir boca, ahí es nada.

—No, no creas que tiene tantas ventajas—salí al paso porque, aunque yo era una enamorada de la capital, no quería que él se entusiasmara ni con la ciudad ni mucho menos conmigo.

—¿No las tiene? —arqueó una ceja—¿Y eso por qué?

—La vivienda es muy cara, el trabajo está chungo y...

—Cuento con un buen currículum y, en cuanto a la vivienda, quizás tú y yo podríamos compartir una. Oye, no creas que soy un caradura que viene a colarse en tu casa. Me refiero a que, si lo nuestro funcionase, podríamos coger algo al gusto de ambos en el futuro, ¿no?

—Ya, ya. Menos mal que has especificado, porque creí que venías en plan ocupa.

—A mí lo único que me gustaría ocupar es tu corazón, Sara—me confesó mientras me cogía la mano.

—Eso suena muy bonito, pero no va a poder ser Aidan. Mi vida es muy complicada y yo estoy en un momento en el que no me veo preparada para tener nada con nadie, ¿vale? Y mucho menos contigo—añadí.

—¿Y mucho menos conmigo? ¿Solo porque empezásemos con el peor de los pies? No me digas que luego no supimos arreglarlo, no mientas. Además, llevas puesto el perfume que te regalé por Navidad, eso significará algo.

Mierda, me había pillado. Era incapaz de dejar de usarlo desde que volvimos de Irlanda, porque en el fondo no deseaba sacarlo de mi vida.

—Sí, significa que tengo que gastarlo pronto, tengo muchos y no me caben tantos en el tocador, eso es lo que significa, no seas tú tan listo...

—Ya sale la Sara guerrera de los primeros días, me vuelve loco—me miró con algo muy parecido a ese que llaman amor—. Me vuelve loco, de verdad...

—Venga, venga. Mira, lo que vivimos fue chulo, pero a nosotras se nos ha presentado ahora una papeleta buena en la inmobiliaria. Nos la han jugado y lo tenemos jodido. Lo siento, pero te va a tocar retirarte, yo ahora no puedo pensar más que en el trabajo y en mi hija—me inventé.

—¿Y qué os ha pasado?

—No te lo puedo contar, lo siento.

—¿Está bajo secreto de sumario?

—Justo eso, de manera que me tengo que ir, se siente...

—Oye, ¿y Pizpi cómo está?

—Divinamente, esa no se entera de nada, así vive cualquiera.

—¿Volverá al internado?

—Para mí que no, nos hemos quedado sin blanca y la cosa pinta fea. Se tendrá que quedar por aquí en un colegio de barrio, qué se le va a hacer.

—Sara, eso no se sostiene, ¿por qué no me cuentas la verdad?

—¿Me estás llamando mentirosa? Mira que todavía te monto un pollo que se caga la perra. Te estoy diciendo que

me tengo que ir y me tengo que ir.

—¿Te ha molestado que te pregunte por tu hija? Sabes que la aprecio mucho.

—Pues no la aprecies tanto, ni que fueras su padre—se me escapó mientras salí corriendo de allí dándome un tapaboca. Menos mal que él se lo tomó como una más de mis locuras, que si no...

me tengo que ir y me tengo que ir.

—¿Te ha molestado que te pregunte por tu hija? Sabes que la aprecio mucho.

—Pues no la aprecies tanto, ni que fueras su padre—se me escapó mientras salí corriendo de allí dándome un tapaboca. Menos mal que él se lo tomó como una más de mis locuras, que si no...

Capítulo 30



No logré planchar la oreja en toda la noche, ¿en qué mundo vivíamos?

Aidan estaba en Madrid y era el padre de mi hija. Y para mí que no se marcharía hasta que no le diera una respuesta convincente de por qué nos fuimos de Irlanda a la velocidad de las balas.

A la hora del desayuno, miré por la ventana de nuestro alto piso y entonces lo vi allí abajo, haciendo guardia, pese a que las temperaturas se habían desplomado y debía estar aterido de frío.

—¿Qué miras, mami? —me preguntó Pizpi, quien se estaba preparando para ir a buscar a Valeria y salir de compras.

—El día, que está precioso, hija.

—Pues lo podrías mirar desde dentro, porque se te va a congelar la cara. Arrugas así no te saldrá ni una y eso que tú también tienes tus añitos como el... ¡el viejo! —exclamó en ese momento.

Ya lo había visto, la jodida niña también tuvo que sacar el cuello ese tan largo que tenía, como el resto de su cuerpo (qué grandes son los niños de hoy en día) y enseguida lo indicó.

—¡Aidan, sube! ¡Es aquí! —le chilló mientras que él miraba hacia arriba y, entusiasmado, le decía que sí, que subiría.

Debió hacerlo en helicóptero de lo rápido que llegó arriba y llamó a la puerta.

Obvio que disimulé, como si no le hubiese visto el día anterior, que no quería que a Pizpi todo aquello le oliese a chamusquina.

—Hombre, Aidan, ¿qué se te ha perdido por aquí?

—Eso, ¿has venido a vernos? ¿Le dijiste a mamá que vendrías? Anda que no se lo tenía calladito. A ella es que le

encanta darme sorpresas. Yo ahora me voy con Valeria, que me está esperando, pero ¿comes con nosotras?

—Claro, claro que como con vosotras—me desafió guiñándome un ojo.

Se estaban liando, las cosas se estaban liando demasiado y yo no sabía cómo salir de la ratonera en la que estaba metida. Pizpi se despidió y él se quedó conmigo.

—No puedes quedarte a comer, tienes que volver a Irlanda—le indiqué en cuanto la perdimos de vista.

—¿Me estás extraditando? No he cometido ningún delito, salvo que por delito se entienda estar quedándome colgado de ti. Sara, me gustas mucho...

—Esa era una ranchera de Rocío Dúrcal, la madre de Shaila Dúrcal, ¿tú no la conoces? Pues decía así y tenía mucho ritmo...

—Sara, por favor—me cogió de las manos—. Yo no me doy por vencido...

—Y esa es de Luis Fonsi, pero el problema es que yo no quiero un mundo contigo. Tú no conoces esas canciones porque eres de la gran puñeta, pero...

Ya comenzaba a desvariar de nuevo. Me comían los nervios, y entonces él me besó. Sí, me volvió a besar, haciéndose el silencio y yo... Yo me lo comí a besos, porque no podía tener más ganas y entonces... Entonces no fuimos a la cama.

Que nadie me pregunte cómo sucedió porque yo fui la primera sorprendida. Me dejé llevar por su varonil perfume y por ese cuello suyo de la camisa que me llamaba a gritos y no pude, no pude resistirme. Para ese momento ya me gustaba demasiado y ya nadie podía apartarlo de mí, como cantaría Rocío Jurado.

Y el asunto es que nosotros dos sí que éramos libres, no como el marido de esa canción. Ni Aidan ni yo le debíamos rendir cuentas a nadie y, sin embargo, había un secreto que me apartaba de él, un secreto que, no obstante, no evitó que dejara que me llevara en brazos a mi dormitorio.

—Hazme tuya, hazme tuya una vez más—le dije y ahí pareció que estaba cantando por Isabel Pantoja, aunque él no pudo entender eso de “una vez más”.

Por Dios, eso sí, que yo me enterase más que la primera vez, porque esa pasó totalmente por debajo de la puerta para mí. Y encima me encontré con un regalo impresionante en forma de bombo que acabó con lo que había sido mi vida hasta entonces para dar paso a otra nueva vida.

Como si yo fuera el más delicado de los seres, Aidan me depositó sobre la cama y, a renglón seguido, me fui quitando la blusa y la falda mientras él hacía lo mismo con su ropa.

Ante mí, destapó todo el esplendor de su cuerpo incluido ese tatuaje que me sirvió para desvelar la identidad del padre de mi hija, ese tatuaje que fue clave para que la mayor incógnita de mi vida dejara por fin de serlo.

Miré al tatuaje, le miré a él y le sonreí. No entendía, él no podía entender lo que escondían mis ojos, pero yo sí.

Un nudo en la garganta me impidió hablar cuando comenzó a besármela, a continuación de hacerlo en mis labios, los cuales estuvo envolviendo largo rato con los suyos.

Después, mi garganta, mi escote, mis senos, mi vientre y mi línea alba fueron el objeto de sus besos, hasta llegar a esa cavidad vaginal mía, lubricada para él, a la que prefirió enseñarle las habilidades de su lengua mientras que con sus manos iba palpando mi cuerpo al completo, acariciándolo, erizando mi piel, haciéndome ver que la química era tal entre nosotros que nos podrían multar por prender fuego en zonas no previstas para ello.

Sus manos sobre las mías y llegó el momento de sentirle, de ir estrechando mi canal conforme fuese entrando para que él me notase más, para que se engrosase más, para que se endureciese más si cabía porque, como bien avistó la listilla de Olga el día que se vistió de duendecillo, su terminación era fabulosa, menudo trabajito fino que hizo su madre.

Sentirle dentro de mí con ese ímpetu descomunal, con esas ganas incombustibles de darme placer me provocó un segundo orgasmo, puesto que del primero ya se encargó su lengua con anterioridad. Le apreté fuerte las manos en ese momento en el que no deseaba que saliera de mí, en el que deseaba que se quedase por tiempo indeterminado, puesto que Aidan me estaba haciendo arder más de lo que pensé que volvería a hacerlo nunca.

, Agarrada a esos fuertes brazos suyos, chillé un orgasmo que llegó gracias al compás de nuestras caderas, que desde el primer momento bailaron juntas la melodía del amor, al mismo son...

No miramos el reloj en ningún momento, solo puedo decir que ese fuego que él prendió en mi interior se propagó por todo mi cuerpo y todavía quedaban llamas cuando terminó por esparcirse en mí, no apagándose ni aun así.

Ante mí, destapó todo el esplendor de su cuerpo incluido ese tatuaje que me sirvió para desvelar la identidad del padre de mi hija, ese tatuaje que fue clave para que la mayor incógnita de mi vida dejara por fin de serlo.

Miré al tatuaje, le miré a él y le sonreí. No entendía, él no podía entender lo que escondían mis ojos, pero yo sí.

Un nudo en la garganta me impidió hablar cuando comenzó a besármela, a continuación de hacerlo en mis labios, los cuales estuvo envolviendo largo rato con los suyos.

Después, mi garganta, mi escote, mis senos, mi vientre y mi línea alba fueron el objeto de sus besos, hasta llegar a esa cavidad vaginal mía, lubricada para él, a la que prefirió enseñarle las habilidades de su lengua mientras que con sus manos iba palpando mi cuerpo al completo, acariciándolo, erizando mi piel, haciéndome ver que la química era tal entre nosotros que nos podrían multar por prender fuego en zonas no previstas para ello.

Sus manos sobre las mías y llegó el momento de sentirle, de ir estrechando mi canal conforme fuese entrando para que él me notase más, para que se engrosase más, para que se endureciese más si cabía porque, como bien avistó la listilla de Olga el día que se vistió de duendecillo, su terminación era fabulosa, menudo trabajito fino que hizo su madre.

Sentirle dentro de mí con ese ímpetu descomunal, con esas ganas incombustibles de darme placer me provocó un segundo orgasmo, puesto que del primero ya se encargó su lengua con anterioridad. Le apreté fuerte las manos en ese momento en el que no deseaba que saliera de mí, en el que deseaba que se quedase por tiempo indeterminado, puesto que Aidan me estaba haciendo arder más de lo que pensé que volvería a hacerlo nunca.

Agarrada a esos fuertes brazos suyos, chillé un orgasmo que llegó gracias al compás de nuestras caderas, que desde el primer momento bailaron juntas la melodía del amor, al mismo son...

No miramos el reloj en ningún momento, solo puedo decir que ese fuego que él prendió en mi interior se propagó por todo mi cuerpo y todavía quedaban llamas cuando terminó por esparcirse en mí, no apagándose ni aun así.

Capítulo 31



Aidan me abrazaba y me miraba. Para él yo debía representar un rompecabezas y entendí que, si sentía por él lo que acababa de demostrarle en la cama, no podía callar por más tiempo.

—Por favor, suéltalo ya, ¿qué es eso que te da tanto miedo de mí? ¿Es que no te parezco un hombre confiable? — me preguntó mientras levantaba mi mentón para que mis ojos quedasen a la altura de los suyos.

—No es eso, Aidan, te prometo que no es eso.

—Y si no es eso, ¿se puede saber qué diantres es? Necesito saberlo, te prometo que no regresaré a Irlanda si no me lo cuentas.

—Y si te lo cuento, ¿me prometes que me guardarás el secreto? Es algo muy gordo, Aidan, te lo aseguro.

—Te lo prometo, claro que sí, cómo no iba a hacerlo.

—Creo—carraspeé—, es más, tengo la absoluta certeza, o por lo menos un 99%...

—Sara, por favor, suéltalo ya o me dará un infarto, ¿es eso lo que quieres?

—No, porque me gustas y, aparte, porque eres el padre de mi hija, eso creo.

Aidan dio un salto en la cama y los ojos estuvieron a punto de salirse de la cara.

—¿Cómo dices? ¿Yo? ¿Yo el padre de Pizpi?

—Año 2008, fiesta universitaria de los de Filología, edificio...

Empecé a desgranarle todos los detalles y él no podía más que asentir, totalmente alucinado por lo que le estaba contando.

—Yo estuve con una chica en un baño, cierto... Apenas lo recuerdo, salvo que era bellísima. Cielos, ¿eras tú? ¿Te

dejé embarazada? ¿Por qué no me buscaste?

—Porque no te volví a ver. Cuando vine a enterarme ya te habías esfumado. Lo he sabido hace poco, hace unos días...

—¿Cuando me viste el tatuaje? ¿Por eso te volviste a toda pastilla a Madrid?

—¡Bingo! Me aseguré de que Olga te preguntase cuándo estuviste aquí en Madrid y para qué...

—Y todo te cuadró. Y entonces, ahora han pasado muchos años, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué quieres apartarme de la vida de Pizpi? No me lo puedo creer, me voy a volver loco. Yo quiero formar parte de su día a día ¡tengo una hija!! —chilló de felicidad.

—No te flipes tanto, que yo creo que sí, pero deberías hacerte al menos unas pruebas, ¿no crees?

—Yo me hago lo que tú quieras si así te quedas más tranquila, pero te prometo que no me hace falta, ¿cuándo se lo vamos a contar? ¿Cuándo?

—Para el carro que esto no es como lo de escoger con ella vestido para su graduación, por mucho que eso también sea complicado, ya te lo digo yo. Esto es algo que la puede trastornar y yo tengo que pensar si quiero que lo sepa.

—Pero te acabas de acostar conmigo, eso significa que me quieres en tu vida, ¿no?

—O igual ha sido un polvo y ya, no me taladres, que estoy que me va a dar un chungo, mira cómo me late el corazón—le puse la mano encima—, ¿lo notas?

—¿Y tú? ¿Notas cómo late el mío? —Hizo lo mismo con mi mano.

—Nos hemos metido en un buen lío, nos hemos metido en un buen lío.

—No es ningún lío, todo se resolverá. Ahora mismo no sé cómo, pero te prometo que será así. Si tú se lo cuentas, o si me dejas que se lo contemos juntos, yo te prometo que no le voy a fallar, que tu hija, es decir, que nuestra hija, nunca va a lamentar haberme conocido. Seré el mejor padre posible para ella, me esforzaré al máximo, ¿tú sabes la ilusión que siempre me hizo tener un hijo? Y ahora resulta que tengo una niñita preciosa, Pizpi es mi hija —repetía sin parar.

—Es tu hija, es tu hija, ahora lo veo más claro que nunca—le dije mirando una pequeña marca de nacimiento que mi niña tenía en la cara interna de un muslo y que él tenía exactamente igual.

—¿Tiene esta marca? También mi madre la tenía, es de familia, es de familia... Te quiero, Sara, te quiero, y no te imaginas cómo os voy a querer a las dos juntas, vais en el mismo pack. Yo solo te pido que me conozcas, sé que

voy a toda máquina, pero es que las oportunidades en la vida no pasan muchas veces. Y yo no quiero perder la oportunidad de poder cuidarlos.

—¿De verdad? ¿De verdad nos vas a querer? Mira que te tendrás que borrar del mapa si nos haces daño. Sobre todo, si se lo haces a Pizpi.

—¿Tú me ves cara de poder hacerle daño a Pizpi? Antes de eso... antes de eso me cuelgo de un pino, Sara. Pizpi es mi niña y se convertirá en la niña de mis ojos.

—No me hagas llorar, que eso fue lo que me dijo en su día Edu, y eso representó siempre para él.

l,

—Solo puedo darle gracias a ese hombre por cómo la cuidó en todo este tiempo y por cómo te cuidó también a ti. Siento mucho que falleciese, pero nunca podré agradecer lo suficiente al universo que me haya dado la oportunidad de disfrutar de esa familia que siempre quise crear. Yo pronto tendré el divorcio, pero soy un hombre libre desde el día que salí de casa. Pronto os podré ofrecer muchas cosas, pero mientras quiero que sepas que respetaré el momento en el que se lo quieras contar a Pizpi, por mucho que arda en deseos de que llegue.

—¿Qué te parece en Nochevieja? —le guiñó el ojo.

1

—¿De verdad? Muero porque sea en Nochevieja.

voy a toda máquina, pero es que las oportunidades en la vida no pasan muchas veces. Y yo no quiero perder la oportunidad de poder cuidarlos.

—¿De verdad? ¿De verdad nos vas a querer? Mira que te tendrás que borrar del mapa si nos haces daño. Sobre todo, si se lo haces a Pizpi.

—¿Tú me ves cara de poder hacerle daño a Pizpi? Antes de eso... antes de eso me cuelgo de un pino, Sara. Pizpi es mi niña y se convertirá en la niña de mis ojos.

—No me hagas llorar, que eso fue lo que me dijo en su día Edu, y eso representó siempre para él.

—Solo puedo darle gracias a ese hombre por cómo la cuidó en todo este tiempo y por cómo te cuidó también a ti. Siento mucho que falleciese, pero nunca podré agradecer lo suficiente al universo que me haya dado la oportunidad de disfrutar de esa familia que siempre quise crear. Yo pronto tendré el divorcio, pero soy un hombre libre desde el día que salí de casa. Pronto os podré ofrecer muchas cosas, pero mientras quiero que sepas que respetaré el momento en el que se lo quieras contar a Pizpi, por mucho que arda en deseos de que llegue.

—¿Qué te parece en Nochevieja? —le guiñó el ojo.

—¿De verdad? Muero porque sea en Nochevieja.

Capítulo 32



Olga y yo le esperábamos para almorzar al día siguiente. El anterior, él y yo almorzamos con Pizpi y a ambos nos costó echar el freno para que la niña no sospechase.

En cualquier caso, lo que sí iba teniendo claro mi hija es que Aidan había venido porque quería algo conmigo, por mucho que no supiera las muchas implicaciones que tenía el tema.

Olga estaba feliz cual regaliz por ambos, no parando de bromear.

—Para mí que ella lo sabía desde el principio y de ahí lo del laxante. Un poco más y no lo cuentas—le dijo a Aidan cuando llegó.

—No, que yo no sabía nada. Llego a saberlo y entonces quien no lo cuenta soy yo, menuda sorpresa.

—Y hablando de sorpresas, por ahí viene el impresentable de Damián, ese nos está espiando...

—Ya has puesto en las redes que salíamos a almorzar aquí, ¿no?

—Pues claro, para que se joda y vea que nos pegamos la vida padre sin ninguna necesidad de contar con él.

—Pero ¿el negocio no iba a la deriva? —bromeó Aidan.

Damián como que se paró, desafiante, delante de nuestra mesa y entonces Aidan hizo ademán de levantarse, no permitiendo que nos increpara.

—Déjalo, te prometo que no merece la pena, te lo prometo—le dije, parándole los pies.

—Es que yo no voy a consentir que nadie os mire así de mal.

—No te preocupes, que peor le miramos nosotras—murmuré—. ¿Qué tal, Damián? ¿Tomando el fresquito? Porque hace tela, yo de ti subiría la ventanilla, no sea que cojas una pulmonía o algo—le indiqué.

—Quiero a mis nietas mañana por la noche en mi casa, he dicho.

—Pues como si dices misa. Mira, pídeselo a los Reyes, a ver si hay más suerte—añadió Olga, pues en lo de llevarle la contraria a Damián íbamos a una.

—Mañana por la noche, repito.

—Es como un papagayo, él es así—le comenté a Aidan, quien le desafiaba con la mirada.

Supongo que sentía unas incontrolables ganas de decirle que Pizpi era su hija y que se fuera con viento fresco, nunca mejor dicho.

Al poco de irse Damián llegaron ellas, muy contentas, de compras.

—Le hemos encargado unas cosas muy bonitas a los Reyes Magos para vosotras. Y también para Aidan, porque aquí hay lío, ¿no? —me preguntó muerta de la risa.

—Pizpi, hija, ¿se puede ser más indiscreta? Me vas a sacar los colores...

—Pero mamá, si es una tontería. Aidan se puede quedar en casa si quieres, no hace falta que se vaya al hotel.

Él me miró encantado de la vida, aunque no lo había más correcto.

—Mira, Pizpi, si después de Nochevieja sigues queriendo lo mismo, y tu madre también, igual me quedo en vuestra casa.

Lo había decidido, él me había comentado con certeza que quería comenzar una nueva vida en Madrid porque allí estábamos nosotras. Ciertamente su currículum era impresionante y que podría echar mano de contactos para trabajar, así que yo me las prometía muy felices.

—¿Y por qué no debería pensar lo mismo? ¿Es que acaso me echarás laxante en las uvas o algo? Mira que eso es más cosa de mi madre.

—Tu madre... tu madre me tiene loco a mí, así me tiene tu madre—le dijo mientras me daba un beso en la cara.

—Es muy zalamero el irlandés, y eso que no fue amor a primera vista el nuestro...

—Eso depende de a cuándo te refieras—matizó él y yo le di tal pisotón por debajo de la mesa que le dejé lo que viene siendo sin sentido. Aidan se quedó bizco y las demás se rieron, lo mismo que yo.

Por la tarde, decidimos sacar nuestro lado más acróbata y artístico patinando sobre hielo. Para ello, nos trasladamos hasta la pista de la Plaza de España, que les encantaba a ambas niñas.

—Así echaremos un poco hacia abajo los dulces y los chocolates, que nos hemos puesto finas filipinas por tu culpa allí en Clare—le decía Olga.

—Pues para la cena de mañana pienso llevar más dulces, Olga.

—Sarita, que este te quiere hacer engordar más, te lo advierto—me guiñó ella el ojo mientras las crías iban a por sus patines.

—Pues este que tenga cuidadito, que da en la diana genial...

—Eso es verdad, no había yo caído. Capaz es de tenerte hiperventilando en nueve meses.

—Yo por mí encantado, de verdad te lo digo—añadió él sin perder la sonrisa.

—Este no me conoce todavía, Olguita. Cree que con lo del laxante toqué suelo, no sabe de lo que soy capaz.

Las crías llegaron y se hizo el silencio. Había ciertos temas que mejor que no escuchasen.

—Ea, ya se han quedado mudas, se creen que somos tontas, Valeria, como si nosotras nos fuéramos a sorprender por algo.

Esas sabihondas pensaban que ya lo sabía todo y estaban muy equivocadas, en particular mi Pizpi, quien estaba a punto de recibir un bombazo que igual le callaba la boquita, aunque fuese por poco tiempo.

Nos lo pasamos pipa patinando. A mí era algo que se me daba sensacional y, curiosamente y por muy deportista que fuese, a Aidan se le daba regular.

Más de una vez terminó en el suelo y yo le señalaba muerta de la risa mientras que Olga sacaba su móvil para tomarnos unas fotos de esas para el recuerdo que fueran de lo más simpáticas.

Las niñas ayudaban y, por mucho que fueran fotos, sus risas resonaban en ellas como si fueran vídeos, porque ambas tenían unas de esas risas contagiosas que nos ponían en órbita a todos.

Tras la cena, Aidan se quedó en el hotel con la promesa de volver a mi casa la noche siguiente. Por la mañana, nosotras teníamos cosas que hacer, como ir a la pelu, y él debía realizar también una serie de gestiones.

Capítulo 33



Me levanté con un humor excelente, aunque un poco atacada de los nervios, eso no podía negarlo.

La noche anterior estuve mensajeándome con Aidan hasta altas horas de la madrugada. Él me habló también de los muchos nervios que le suponía que Pizpi supiese que era su padre, aunque la emoción le embargaba y estaba pletórico.

Me despecaré por el pasillo y Pizpi ya estaba en la cocina.

—Mamá, ¿estás contenta? —me preguntó.

—Mucho, cariño, ¿por qué?

—Porque ahora tienes novio. A mí no me importa, mami, te lo digo de corazón. Es más, estoy muy feliz porque Aidan es un tío guay...

—Un tío guay al que le echaste mierda encima en su momento—le di un codazo—, Qué pillina...

—Mamá, alguna vez tenía que sacar los pies del plato. Y encima tú deberías darme las gracias, porque por eso le has conocido. Valeria dice que “los que se pelean se desean” y va a resultar verdad.

—Tira, anda, que desayunaremos en la calle y luego iremos a la pelu.

—Por cierto, que me quiero teñir el pelo, mami.

—¿Teñírtelo? Pero si tu color es precioso, mi niña. Y lo tienes tan brillante, ¿por qué te lo quieres cambiar?

—Por azul, por el color azul—rio.

—Me refería a por qué motivo, pero de azul no te tiñes ni en broma...

—Es mi pelo, mami, no hay derecho.

—Y es mi dinero y no me lo gasto en que te tiñas el pelo de azul, hija mía. Cuando seas mayor te pones como la chica del anuncio de la lejía Neutrex, la que viene del futuro.

—Papá me hubiese apoyado, es guay tener un padre—suspiró.

Le acaricié la cabecita y entendí que muchas cosas estaban por cambiar en su interior. Y que esa noche sería clave para ello.

No me pareció bien que se tiñera de azul, la veía un poco joven para un cambio tan drástico en su imagen, pero sí que se hiciera un corte muy juvenil con el que quedó verdaderamente preciosa.

Nunca tuve un rostro con el que comparar, pero viéndola así, tan sonriente y guapa, descubrí en el suyo semejanzas con el de Aidan, algo que seguro que a él le complacería al máximo, puesto que parecía un niño con juguete nuevo con su recién estrenada paternidad.

Me tomé algo con Olga en una terraza debajo de casa antes de subir, mientras las chicas se iban a unos recados.

—Te va a notar que te pasa algo, estás que te subes por las paredes.

—Es que es muy fuerte, ¿cómo se lo tomará mi niña? ¿Y si piensa que todo esto ha sido un complot para meterle a Aidan en su vida? Qué casualidad que fuese a parar justo al internado donde él daba clases y tras la muerte de Edu, ¿y si me toma por una mentirosa?

—¿Te quieres tranquilizar? Se trata de Pizpi y ella mejor que nadie sabe lo poco amiga de las mentiras que eres, no pienses en tonterías.

—¿Y lo de que Aidan se venga a casa? ¿No será una bomba de relojería?

—Si Pizpi lo acepta bien, y ya te digo yo que lo hará, todo irá genial, ya lo verás.

—Ay, Olguita. Es que tuve que decírselo porque el muy jodido se vino desde Irlanda a buscarme, ¿quién hace eso hoy en día?

—Pues casi ninguno, la mayoría busca un polvo y ya. Por mí, genial, ¿eh? Que se lo digan al que me tiré anoche...

—¿Ya te has tirado a otro? No paras...

—¿No paro? Si he parado varios días, qué me estás contando.

Pizpi se pasó toda la tarde en su dormitorio arreglándose, aunque me pidió que le diera los últimos toques a su maquillaje. Estaba bellísima con su vestido plateado que contrastaba con el mío, rojo, asimétrico y rabiosamente sexy.

—Mamá, que me vas a sacar un ojo, ¿qué te pasa en las manos? —me preguntó al notar cómo me temblaban.

—Hija, es verdad que parece que estoy un poquillo nerviosa.

—¿Un poquillo nerviosa? Mamá, estás como si te fuera a dar un infarto, ¿te preparo una tila?

—Que no, Pizpi, que no, que yo no necesito nada...

No necesitaría una tila, pero un buen lingotazo sí que me metí en la cocina. Estaba tensa como la barriga de una parturienta y no podía más con la espera.

Llamaron a la puerta y se me había olvidado que estaba por llegar la cena, por lo que di un salto hacia ella pensando que Aidan se hubiese adelantado, porque Olga era impuntual y no la esperaba yo a esa hora.

En fin, que me la traían y que todavía tocaba esperar un ratito a que él llegase. Llamé a mis padres (por separado, que cada uno vivía por su lado) para desearles una feliz entrada de año. Mi relación con ellos era mínima y ni siquiera mi viudedad la mejoró demasiado, pero al menos les haría esa llamada.

Por si tenía poco esa tarde, pillé a mi madre con el colmillo retorcido y terminamos discutiendo, siempre echándome cosas en cara. No me contuve y le solté... Le solté lo que nunca le había soltado, puesto que fueron muchos años tragando quina en los que no me sentí en absoluto apoyada por ellos.

En mal momento llamé, puesto que cuando una está así de nerviosa es mejor mantener las manitas quietas, pero son cosas que pasan. No estaban en el guion.

—Mamá, ¿has discutido con la abuela? —me preguntó Pizpi.

—Un poco, cariño, ojalá no lo hubieses escuchado.

—¿Y por qué? —quiso saber. Yo no solía hablarle de ese tema.

—Porque nunca me sentí apoyada, cariño mío. Por eso.

—Yo sí me siento muy apoyada por ti, mami. Sé que nunca me fallarás—me comentó mientras me daba un enorme beso.

Ojalá que al final de la noche continuase pensando igual, porque los nervios me estaban matando y me jugaba

mucho. Pizpi sacó su teléfono y comenzó a enseñarme fotos de las que nos hicimos en Irlanda, tratando de que me relajase. Nos reímos mucho y le agradecí infinitamente al cielo que me la mandase en su día, porque mi hija, por muy inesperada que fuera, resultó lo mejor que me pasó en la vida.

mucho. Pizpi sacó su teléfono y comenzó a enseñarme fotos de las que nos hicimos en Irlanda, tratando de que me relajase. Nos reímos mucho y le agradecí infinitamente al cielo que me la mandase en su día, porque mi hija, por muy inesperada que fuera, resultó lo mejor que me pasó en la vida.

Capítulo 34



Habíamos quedado a las nueve. Miré el reloj y ya las habían dado sin que todavía apareciese ni un alma por mi casa.

Pizpi miraba por la ventana unos minutos después y entonces me anunció con voz alegre.

—¡Ya están ahí, mami! ¡Ya están ahí!

—¿Todos, cariño? —le pregunté expectante.

—No, todos no, la tía Olga con Valeria.

Mi gozo en un pozo, porque de ellas esperaba un poco de impuntualidad, pero de Aidan no. Y reconozco que la impuntualidad en un hombre es algo que me echa mucho para atrás.

En cualquier caso, entiendo que las relaciones no son perfectas y cualquier persona, sea la que sea, siempre tendrá algún rasgo que cambiarías, pero es que no me cuadraba mucho porque Aidan siempre había dado muestras de ser más puntual que un reloj suizo. Miré mi móvil por si tenía algún mensaje de él e iba a ser que no, cosa que me molestó, porque lo menos sería decir que iba a retrasarse un poco, más tratándose de la noche de la que se trataba.

En esos instantes, mientras Olga y Valeria subían a casa, se me ocurrió que mi amiga siempre decía que existe un tipo de hombres, especialmente embaucador, que al principio te hace ver que la vida es de color de rosa, pero sin enseñarte sus espinas y que, cuando todo comienza a rodar y ya cogen confianza, te las clavan sin contemplación, y que conste que yo hablo de las espinas. Aunque Aidan también me había clavado otra cosa y lo mismo se daba ya por satisfecho.

Olga y mi sobrina entraron en casa y venían de película, elegantísimas. Las niñas se fueron directas al dormitorio de Pizpi, algo tendría que contarle a petición de Valeria, que le hizo una señal con los ojos. Ese par siempre estaba con los secretitos, cosa de la edad.

—Oye, ¿y dónde tienes encerrado al irlandés? ¿Te lo has guardado para ti solita en tu dormitorio? Sácalo, que no

le pienso hincar el diente. Ahora es tuyo y eso es sagrado—me dijo Olga entre risas como mirando hacia el pasillo por si lo veía venir.

—¿El irlandés? Pues no, resulta que se está cubriendo de gloria. Llega tarde y en Nochevieja, y encima con la noticia que le tenemos que dar a Pizpi.

—A ver si se lo ha pensado mejor y ha cogido el pescante—rio.

—No te rías, que yo lo estoy pensando, ¿y si es así?

—Niña, por favor, ¿tú estás majareta? Que lo he dicho en broma, ¿cómo se va a quitar de en medio ese hombre, si lo tienes loquito perdido? Y encima está lo de Pizpi... Déjate de tonterías y ve sirviéndonos unas copitas, ¿tú lo has llamado?

—No, no, yo no...

—¿Y eso por qué? Igual todavía tiene retorcijones de vientre y no puede salir del wáter—se carcajeó.

—Por favor, Olguita, déjate de pamplinas que estoy nerviosa.

—Mírala, con la cara descompuesta. Alma de cántaro, ¿qué te pasa a ti? ¿Es que no confías en tus muchas armas de mujer? Menudo escote. Pobre Aidan, se quedará irremediablemente bizco, y para siempre, cuando lo vea.

—Que no es eso, cariño, que de veras que no es eso.

—Pues entonces ponme una copita y relájate, que el irlandés está al caer.

Lo que estaba al caer, más bien, era la idea de él que yo me había formado en la cabeza. Media hora más tarde, me hervía la sangre. Las niñas seguían en su dormitorio y yo era incapaz de hacer otra cosa que no fuese mirar al reloj.

—Olga, dime la verdad, ¿no es muy raro? ¿No lo es? Porque yo estoy que me quiero morir...

—A ver, un poquito raro es ya, no te lo voy a negar, pero lo raro de verdad es que tú te mantengas en tus trece y no lo llames, ¿te quieres dejar de tanto orgullo?

Tenía razón, yo debía llamarle y aclarar esa situación. Lo hice con los dedos temblorosos, totalmente, y entonces ¹tono tras tono, dio la llamada sin que él la descolgara.

—Se ha arrepentido, Olguita, se ha arrepentido. Se lo ha pensado mejor. Hoy no nos ha visto en todo el día y ha sido como en las elecciones, jornada de reflexión.

,

—Ya, y luego las pamplinas las digo yo, ¿acaso no te ha hablado en todo el día?

—No, no es eso, el último WhatsApp que tengo de él es de hace unas horas.

—Ya, ¿y acaso te decía que se marchaba a las Bahamas, tontita?

—No, claro que no. Pero si yo tengo en mente cometer una fechoría, igual tampoco la cuento. Se ha echado para atrás, era el momento de hablar con Pizpi para decirle que él es su padre y no ha podido hacerlo.

i Yo veía que Olga me hacía gestos como si la casa se estuviera quemando, pero no me callé. La cagué a lo grande y seguí cascando y cuando por fin me vine a dar cuenta a mi niña la tenía detrás de mí con lágrimas en los ojos.

—Mamá, ¿qué has dicho de que Aidan es mi padre? —me preguntó y sentí que las fuerzas me flaqueaban. Obvio que había sido la cagada del siglo. Valeria le cogió la mano a Pizpi, quien comenzó a verter lágrimas como puños por la extrañeza de lo que estábamos viviendo.

—Pizpi, hija, yo te lo puedo explicar...

—Pues empieza, porque tienes mucho que explicarme, por lo que veo.

—Cariño...

Justo en esas llamaron a la puerta y me lancé hacia ella. Si Aidan acababa de llegar me podría ayudar a lidiar con una situación que no sería nada fácil.

En su lugar, me encontré con el pesado de mi vecino Miguel, que era un tío plasta donde los hubiese, y al que parecía haberle dado por mí. Olga decía que estaba enamorado perdido y yo más bien lo veía perdido a secas.

—¿Qué quieres, Miguel? —le pregunté más seca que la mojama porque no me apetecía en absoluto atenderle en ese momento. Matizo: en ese momento menos, pero no me gustaba en ninguno.

—Que si me puedes dar unas cuantas uvas. No te lo vas a creer, pero he invitado a cenar a mis padres y se me ha olvidado comprarlas, ¿no es para matarme?

—Sí que lo es, sí, y si no se te hubiesen olvidado, también—le dije mientras le cerraba en toda la cara. Suerte que a Olga le pilló un poco más comprensiva y todavía estaba allí cuando ella volvió a abrir la puerta con un racimo en la mano, que cogió de la cocina.

—Toma, anda, y lárgate que por aquí no está el horno para bollos.

—Ya lo veo, ya. Sarita ha tenido días mejores...

—¡A mí no me llames Sarita! —le chillé desde dentro porque tenía los nervios absolutamente crispados. Ese se tomaba unas confianzas que yo pensaba quitarle de golpe

—Bueno, bueno, está bien, mujer, que yo no he querido ofender—dijo mientras salía volando de allí como si le hubiesen prendido fuego en el culo.

Me tocaba hablar con Pizpi, quien me miraba por primera vez en su vida como desconfiando de mí. Era una mirada que yo no le conocía y que me hizo daño, muchísimo daño.

—Hija de mi vida, te pido por favor que me escuches. Yo no tenía ni idea, te prometo que no la tenía hasta hace unos días.

—¿No tenías ni idea? Porque parece mucha casualidad, mamá. Yo no me he negado en ningún momento a que tengas una relación con Aidan, ¿por qué tienes que inventarte una cosa así? Yo pensaba aceptarle de cualquier modo—De pronto salió ella por la vía de Tarifa.

—¿Inventarme? Cariño, por Dios, no pienses mal de mí. Puedo tener muchos defectos, como cualquiera, pero ¿acaso te he mentido alguna vez?

—Eso es verdad—le comentó Valeria—. La tía Sara no te ha mentido en la vida—recalcó.

—Y yo te doy mi palabra de honor de que tu madre te está diciendo la verdad—intervino Olga en mi favor—. Pizpi, ella no sabía que Aidan era tu padre hasta que le acompañó al hospital y le vio un tatuaje que le recordó mucho al chico con quien estuvo aquella noche, hace muchos años. Y luego tiró de un hilo y resultó que la vida es así de caprichosa. Por eso nos vinimos de golpe aquella mañana. La única mentirijilla piadosa que os contamos es que había surgido un problema en la inmobiliaria y no. Nos vinimos porque ella estaba impactada y quiso apartarse del ojo del huracán.

Pizpi me miró sin poder dejar de llorar mientras Valeria la consolaba.

—¿Eso es verdad, mami? ¿Lo es?

—Sí, cariño. El problema fue que Aidan no se conformó con nuestra despedida a la francesa y se coló aquí en España. Y yo... Yo ya sentía algo por él y se lo terminé confesando.

—¿Y qué, mami? ¿Por eso ha huido como una rata? ¿Por eso no llega esta noche?

—No, cariño, espero que no sea eso—murmuré, aunque en mi fuero interno así lo estaba pensando. Aidan acogió la noticia con mucho júbilo, si bien luego, ya en frío, era más que posible que se lo hubiese pensado mejor.

—¿Solo lo esperas? ¿Y cuándo me lo pensabais decir a mí?

—Esta noche, mi amor. Acordamos que te lo contaríamos esta noche.

—¿Y no aparece? Pues dos y dos, mami, son cuatro—me aclaró con gesto irónico.

Yo no podía más que resoplar y Olga le llamó por teléfono otra vez.

—Da tono, pero nada...

—En nada no lo dará porque estará subido en un avión. Eso si no se ha vuelto ya a Irlanda. Al final acabamos otra vez sin mirarnos—se quejó mi niña—. Era mejor antes, cuando estábamos como el perro y el gato, pero al menos no me decepcionó.

Mi niña estuvo enfadada con Aidan cuando la pilló copiando, sin motivos, pero se enfadó. Sin embargo, en esa ocasión era verdadera decepción y amargura la que sentía. Y no era para menos.

—Pizpi, debemos esperar. Igual aparece en cualquier momento.

—O igual ya no da señales en la vida, mami, ¡¡le odio!! ¿Y sabes por qué le odio? Porque me acabo de enterar de que tengo otro padre y no me ha dado ni tiempo a saborearlo cuando ya lo he perdido.

Corrió hacia su dormitorio y la escuché llorar a lágrima viva. Quise entrar en el instante en el que Olga me detuvo

5 —Deja que lo eche fuera, es importante para ella. Y a este ya le vale, va a tener que darle una serie de buenas explicaciones a su hija.

—¿Ese? Ese no se vuelve a acercar a mi niña. Te digo yo que a Pizpi no le hace daño porque no me da la gana y punto, ¿quién se ha creído que es? Menos mal que iba de padrazo.

Me senté en el sofá y me eché a llorar también. Era verdaderamente desesperante. Vivíamos en Madrid, no en el desierto del Gobi, y no era posible que no diese señales de vida a no ser que hubiese huido, como hui yo en mi día sin darle ninguna explicación. Igual la suya era hasta una mente retorcida y se la estaba cobrando, ¿qué sabía de él realmente salvo lo que me hubiese querido contar? Pues nada de nada.

Olga miraba por la ventana todo el rato, pero mis esperanzas de que apareciera se fueron esfumando conforme el reloj avanzaba y nada. La cena estaba encima de la mesa, intacta, en la que estaba siendo la Nochevieja más triste y extraña de nuestras vidas.

Pizpi salió, a instancias de Valeria, y me dio un abrazo. Respiré más aliviada y entonces volvieron a llamar a la

puerta. Salí corriendo de nuevo y, para mi desesperación, volvía a ser Miguel.

—¿Y ahora qué demonios quieres? —le pregunté de la peor de las maneras.

—Sara, han encontrado a un tipo ensangrentado en la entrada del bloque. La policía está abajo y nos han pedido que bajemos todos por si podemos identificarle.

l

l.

l

l

puerta. Salí corriendo de nuevo y, para mi desesperación, volvía a ser Miguel.

—¿Y ahora qué demonios quieres? —le pregunté de la peor de las maneras.

—Sara, han encontrado a un tipo ensangrentado en la entrada del bloque. La policía está abajo y nos han pedido que bajemos todos por si podemos identificarle.

Capítulo 35



Olga se quedó arriba con las niñas, a quienes no les permitimos bajar. Yo lo hice acompañada de Miguel, quien no me tuvo en cuenta la grosería de un rato antes.

Ya incluso sin verle supe que era él. La gente se agolpaba a su alrededor y la policía estaba tratando de reanimarle. Me acerqué y me quedé sin respiración al ver su cara golpeada, con sangre por todas partes, y su incapacidad para respirar, por lo que le estaban haciendo la RCP.

Al parecer, le habían golpeado por todos lados, por lo que era más que posible que tuviese algún hueso roto, a lo que había que sumar la paliza de la maniobra de resucitación.

—¡Aidan! —le chillé, pero no podía escucharme, por lo que me vine más abajo todavía.

—Es ese chico con el que te vi el otro día, ¿no? —me preguntó Miguel sin acritud.

—Sí, sí, es él.

Avancé hacia uno de los agentes de policía, los cuales estaban esperando a la ambulancia, que llegó enseguida.

—Yo puedo identificarle, es mi... Es mi chico—les dije absolutamente compungida.

—¿Y qué cree que ha podido pasarle? Díganos sus datos, por favor.

A bote pronto parecía un robo, porque también le habían quitado el teléfono y la cartera. Por lo que intuían, dadas las gotas de sangre que encontraron, Aidan fue avanzando poco a poco por la calle, a paso de tortuga, hasta que llegó al portal, que debió encontrar abierto, y allí se desplomó. Al estar ya todos los vecinos cenando y festejando, no hubo tránsito y nadie pudo verle.

—Pues no tengo ni idea, él venía para casa a cenar y...

—¿Tiene conocidos aquí en Madrid? ¿Sabe si está metido en algún lío? Cualquier dato, por insignificante que le

parezca, puede sernos de ayuda.

—¿En líos? Qué va... Aidan es un buen hombre. Y pensar que yo he dudado de él. Ha llegado como ha podido, pero ha llegado—suspiré.

—Y en su estado no tiene que haberle resultado fácil, no le quepa duda de que le habrá costado un buen esfuerzo.

—No me cabe, no me cabe... Aidan es un gran hombre, ahora lo veo, ahora lo veo. Por favor, díganme que se pondrá bien. Necesito que se ponga bien, es el padre de mi hija y ella debe disfrutar de él, todavía no ha tenido oportunidad y se lo merece. En realidad, se lo merecen los dos.

o—¿Está usted embarazada? —me preguntaron porque no entendieron muy bien a qué me refería.

—¿Embarazada? No, qué va... O eso espero, que no, porque este hombre, aquí donde lo ven, donde pone el ojo :pone la bala con los embarazos, pero no... Esa es una larga historia.

No podía dejar de hablar, presa de los nervios. En ese instante le escuché que tosía y por fin volvió a la vida, aunque la ambulancia llegaba y le subieron de inmediato.

Le habían dejado hecho un cristo. Su preciosa cara estaba requetemagullada, ¿y todo por un robo? Había que ser criminales. Aidan no era de amilanarse y debió hacerle frente al energúmeno o energúmenos que le hubiesen hecho eso.

—Sara—murmuró en ese instante en el que me reconoció la voz y yo me agaché, tratando de abrazarle y constatando que le dolían hasta las pestañas, dado su gesto de dolor.

—Aidan, corazón mío, por fin te despiertas, por fin...

—Siento llegar tarde a la cena—murmuró y casi me lo como vivo.

—¿Quieres olvidarte de eso ahora? Si apenas nos habíamos dado cuenta de que no llegabas, ya nos lo zampamos todo—bromeé.

—¿Sin mí? ¿Os lo habéis zampado todo sin mí?

, —Pues va a ser que sí. Y otra cosita, que igual yo estaba un poco mosqueada y me fui de la lengua. Pizpi ya sabes que eres su padre...

—¿Me estabas poniendo fino filipino, como tú dices, y se enteró?

—Mira qué listillo es el irlandés—le dije mientras tiraban de mí para que dejase espacio a los sanitarios.

—Solo dime una cosa, preciosa, solo una...

—Oye, que yo no me pienso casar ahora contigo, ¿eh? Sería una pedida muy cutre—reí.

—Vaya por Dios. En serio, ¿cómo se lo ha tomado la niña?

—La niña está que da saltos de alegría, ya verás cuando te vea—le dije obviando contarle todo lo que pensamos de él.

—Me muero por abrazarla. Dile que me pondré bien muy pronto, díselo de mi parte.

—¿Acaso te crees que te vas solo al hospital? Ya se lo diremos los dos, ahora me voy contigo.

Lógico que no le pensaba dejar solo, faltaría más. A Aidan le acababan de dar el susto de su vida y yo le acompañaría en todo momento. Pude ir con él en la ambulancia, cogiéndole de la mano, mientras llamaba a Olga para tranquilizarla, lo mismo que a las niñas.

Después colgué y él me cogió fuerte de la mano.

—Lo único que temí fue no volver a verte, no volver a veros—me confesó.

—¿Eso creías? No, no, de mí no te librarás tan fácil, yo soy algo más insistente.

—Pues insiste, por favor, insiste siempre en estar conmigo, porque yo quiero estar contigo.

—Ya, ya, tú quieres eso y también vivir conmigo, bailar conmigo, pero, sobre todo, tener conmigo una noche loca, a lo Enrique Iglesias—le dije causando su risa, una risa que tuvo que reprimir porque el más mínimo movimiento le dolía cantidad.

—Te quiero, preciosa, te quiero mucho—me confesó mientras apretaba mi mano, que para eso sí que le quedaron fuerzas.

—Y yo te quiero a ti, Aidan, capricho irlandés...

;

—Solo dime una cosa, preciosa, solo una...

—Oye, que yo no me pienso casar ahora contigo, ¿eh? Sería una pedida muy cutre—reí.

—Vaya por Dios. En serio, ¿cómo se lo ha tomado la niña?

—La niña está que da saltos de alegría, ya verás cuando te vea—le dije obviando contarle todo lo que pensamos de él.

—Me muero por abrazarla. Dile que me pondré bien muy pronto, díselo de mi parte.

—¿Acaso te crees que te vas solo al hospital? Ya se lo diremos los dos, ahora me voy contigo.

Lógico que no le pensaba dejar solo, faltaría más. A Aidan le acababan de dar el susto de su vida y yo le acompañaría en todo momento. Pude ir con él en la ambulancia, cogiéndole de la mano, mientras llamaba a Olga para tranquilizarla, lo mismo que a las niñas.

Después colgué y él me cogió fuerte de la mano.

—Lo único que temí fue no volver a verte, no volver a veros—me confesó.

—¿Eso creías? No, no, de mí no te librarás tan fácil, yo soy algo más insistente.

—Pues insiste, por favor, insiste siempre en estar conmigo, porque yo quiero estar contigo.

—Ya, ya, tú quieres eso y también vivir conmigo, bailar conmigo, pero, sobre todo, tener conmigo una noche loca, a lo Enrique Iglesias—le dije causando su risa, una risa que tuvo que reprimir porque el más mínimo movimiento le dolía cantidad.

—Te quiero, preciosa, te quiero mucho—me confesó mientras apretaba mi mano, que para eso sí que le quedaron fuerzas.

—Y yo te quiero a ti, Aidan, capricho irlandés...

Capítulo 36



Tendría que permanecer un par de días en el hospital, al menos. Aidan sufría múltiples contusiones y rotura de un par de costillas y, por mucho que quisiera zafarse, de su estancia allí no le libraría nadie.

Por la mañana, llegaron Olga y las niñas.

—Es un poquito impactante porque tiene varias heridas, aunque no han requerido puntos y nos dicen que cicatrizarán genial, ¿vale, Pizpi? —le hice una carantoña antes de que pasara a ver a su padre, ¡a su padre!

Entré con ella. Olga y Valeria se quedaron fuera para que disfrutáramos los tres en la intimidad de ese momento tan especial.

—Así que mi padre es irlandés, con razón me tiraba tanto Irlanda—le comentó mientras lo miraba con la emoción contenida. Yo conocía a mi niña y sabía que el corazón se le estaba saliendo del pecho, de ahí que actuase con esa cautela. Le daba corte, a priori, que se le notase la emoción.

—Eso parece, cariño. Tu padre es un poco capullo por no haberse enterado hasta ahora de la noticia más importante de su vida para él. Ven aquí, Pizpi, ¡te quiero! —la abrazó él—, ¡te quiero! —repitió.

Ambos se fundieron en ese abrazo y a mí me ocurrió como si hubiese pelado dos o tres kilos de cebollas seguidos. No podía parar de llorar ni bien ni mal y ellos se reían.

—Es que tengo los ojos muy sensibles, no sé qué me pasa—les decía.

—Mamá, es así, una llorona, ¿usted se lo ha pensado bien, Señor Byrne? —rio ella.

—Eso suena un poco raro ahora en tu boca. Y pensar que te tenía como alumna sin saber que eras mi hija, esto es lo más grande que me ha pasado en la vida.

—Mamá me ha dicho que tenemos la misma marca de nacimiento, pero, si quieres, nos hacemos la prueba.

—¿A ti te hace falta? —le preguntó él.

—A mí no, yo creo que los dos somos igual de cabezotas. Por eso nos peleamos cuando copié. Pero si a ti te hace falta, lo entiendo...

—A mí no me hace ninguna falta, mi vida, ninguna.

Se fundieron en otro fuerte abrazo que yo immortalicé en un vídeo y luego los dejé a solas en la habitación mientras salía a hablar con Olga y con Valeria.

—Menudo susto, ¿no? —me preguntó ella mientras su hija estaba en su mundo de adolescente, enviándose mensajes con sus amigos.

—Te lo puedes imaginar. Y la poli preguntándome si tiene enemigos o algo, ¿qué enemigos va a tener? Ha sido para robarle, no hay derecho.

Olga se quedó un tanto pensativa y yo la miré. Nos conocíamos muy bien, apenas nos hacía falta mirarnos para entendernos.

—¿Qué pasa, Olguita? ¿Qué te pone mal?

—Que él directamente igual no tiene enemigos, pero indirectamente... Yo publiqué que nos iríamos todos de cenita a tu casa, y ya sabes que Damián le conoce y...

Casi me caigo de espaldas y tuve que aguantarme con la pared para no irme al suelo.

—¿Tú crees que Damián está detrás de la paliza?

—Yo es que le creo capaz de todo, también te lo digo.

Lo vi, de pronto lo vi y entendí que Aidan poca luz podía arrojar al respecto. Él no sabía nada de aquel par de criminales que le atacaron por la espalda y que debieron ser sicarios contratados por Damián, por ese tipo que no me perdonaba que Pizpi ya no apareciera por su casa, por mucho que fuera decisión de ella. Y que tampoco me perdonaba el escándalo que para él suponía que su hija política no quisiera saber nada de los Montenegro.

Todo casaba. Él nos había dejado bien claro que sus nietas debían estar esa noche en su cena, y lejos de acatar sus órdenes, yo preparé otra en la mía a la que también asistiría el hombre que, a sus ojos, había llegado para sustituir a su hijo Edu.

Damián me juró que se las pagaría y yo comenzaba a tener la absoluta seguridad de que se lo había cobrado. No en vano, había algo raro en el asalto a Aidan porque él, pensando que se trataba de un robo, prefirió dárselo todo

antes de que le hicieran daño, en contra de lo que yo pensé inicialmente.

—Yo en otro momento no me hubiese conformado, pero entonces pensé en Pizpi y en ti, y entendí que era mejor darles lo que querían y que se fueran. No merecía la pena.

Aidan actuó de un modo maduro y, pese a todo, se llevó la gran paliza. Los otros se llevaron sus efectos personales para que pareciera un robo, sí, pero en realidad no debió serlo.

Olga vino tras de mí porque supo que no podría pararme, que intentar hacerlo sería inútil y que lo único posible sería acompañarme.

Entramos por casa de los que fueron nuestros suegros como un par de balas, después de que una chica de servicio nos abriera. Y allí estaban Damián y Rita desayunando como un par de marqueses.

—¿Se puede saber qué demonios estáis haciendo aquí? —se levantó él nerviosísimo—. Llamaré ahora mismo a la policía, estas no son maneras de entrar en mi casa, desgraciadas.

—Llama, llama a la policía porque de todas maneras pienso llamar yo, ¿acaso creías que te saldrías con la tuya, Damián? ¿Acaso pensaste que jamás nos enteraríamos de que tú ordenaste la paliza de Aidan?

Podía parecer que iba de farol al apuntarle directamente, pero no era así. Yo tenía ya la total certeza porque ese tipo era muy malo y porque algo en mi interior me decía que había sido él.

—¿Quién es Aidan? ¿Y de qué paliza me estás hablando? —se excusó.

—Aidan es mi pareja, para tu información, y el chico con el que nos viste que, por cierto, también es el padre biológico de Pizpi, para que rabies un poco más.

—¿Lo escuchas, Rita? Y decía que no lo conocía, nos ha estado mintiendo todos estos años. Seguro que ha estado liada con Edu y con él a la vez.

—¡¡No se te ocurra manchar así el nombre de tu hijo!! Yo he sabido lo de Aidan por una casualidad, por una extraordinaria casualidad, ¿te enteras?

—¡Y una mierda! Las casualidades no existen—me soltó él.

—Sí que existen, sí. Las casualidades existen—intervino en ese momento Rita y eso sí que supuso una novedad porque mi suegra jamás osó llevarle la contraria a su marido, y mucho menos en público.

—¿Tú qué dices? —se dirigió a ella de una manera absolutamente peyorativa—¡Cállate! —le ordenó.

—No me callo, Damián, llevo demasiados años haciéndolo y eso se acabó. Yo digo que las casualidades existen porque dejaste la puerta de tu despacho entreabierta y escuché cómo encargabas esa paliza. Sara tiene razón, ¡has sido tú! —le apuntó directamente con el dedo.

Si le hubiese apuntado con una pistola y finalmente disparado, no le hubiese dolido más. Damián siempre contó con la lealtad absoluta de Rita, quien ese día no pudo más y le apuntó con el dedo acusador.

—Rita, por favor, ¿tú declararías eso en comisaría? —le pregunté antes de que él pudiese decir nada.

—¡Ella no dirá ni mu!! —vociferó él mirándola de forma absolutamente colérica.

—Sí, Damián, sí que lo diré. Son muchos los tejemanejes que te he tapado en la vida y ya no estoy dispuesta. Lo siento mucho, pero esta vez has llegado demasiado lejos—le aclaró ella mientras avanzaba y se ponía de nuestro lado, dejándole anonadado.

,

,

—No me callo, Damián, llevo demasiados años haciéndolo y eso se acabó. Yo digo que las casualidades existen porque dejaste la puerta de tu despacho entreabierta y escuché cómo encargabas esa paliza. Sara tiene razón, ¡has sido tú! —le apuntó directamente con el dedo.

Si le hubiese apuntado con una pistola y finalmente disparado, no le hubiese dolido más. Damián siempre contó con la lealtad absoluta de Rita, quien ese día no pudo más y le apuntó con el dedo acusador.

—Rita, por favor, ¿tú declararías eso en comisaría? —le pregunté antes de que él pudiese decir nada.

—¡Ella no dirá ni mu!! —vociferó él mirándola de forma absolutamente colérica.

—Sí, Damián, sí que lo diré. Son muchos los tejemanejes que te he tapado en la vida y ya no estoy dispuesta. Lo siento mucho, pero esta vez has llegado demasiado lejos—le aclaró ella mientras avanzaba y se ponía de nuestro lado, dejándole anonadado.

Capítulo 37



Las siguientes semanas fueron extremadamente completas. La vida había de seguir su curso, pero las nuestras ya no eran las mismas.

La primera novedad fue la detención de Damián quien, pese a su edad, era probable que pagase con cárcel (aunque no fuese demasiado tiempo) su delito, ese delito que pudo hacer que mi hija se quedase nuevamente sin padre, porque los médicos nos explicaron que cuando alguien recibe una paliza así es cuestión de suerte que le acierten o no en ciertos puntos que pueden ser fatales.

La suerte, esa suerte, estuvo de nuestro lado, puesto que Aidan se restableció muy pronto y ni siquiera le quedaron cicatrices en su precioso rostro, pasado el tiempo.

Ni que decir tiene que en cuanto salió del hospital nos instalamos en mi casa. No era necesario, ni siquiera con los meses, que optáramos por otra, como él sugirió en su momento por eso de no ser un ocupa.

La casa en la que vivíamos era muy del gusto de mi hija y mío, y también de él, por lo que no tenía ningún sentido que nos mudáramos. Yo no tenía que darle explicaciones a nadie (ni siquiera a mi vecino Miguel, lo digo en broma) sobre a quién metía o dejaba de meter en mi casa, por supuesto que no. Y tampoco en mi cama.

Pizpi y él congeniaron de un modo increíble. Aidan se volcó del todo en la niña y en mí, y ella hablaba a menudo de las ventajas de tener un profesor y un padre en uno, pues él la ayudaba con los estudios.

No por iniciar una nueva vida nos olvidamos de Edu, eso jamás lo haríamos ni Pizpi ni yo. Pero lo más bonito era que Aidan, quien no le conocía, también parecía tenerle muy presente, por lo que su recuerdo siempre permanecería entre nosotros.

En cuanto a lo laboral, él tardó poco más de un mes en estrenar trabajo en un instituto bilingüe de Madrid, uno muy prestigioso al que llegó de la mano de la recomendación de Edward, el director del *St. James College*, quien dio las mejores referencias de un profesor que era excelente, como así lo avalaba su currículum. Ah, y olvidaba el dato de que en ese mismo instituto era en el que estaban matriculadas Pizpi y Valeria para terminar el curso.

En su tiempo libre, Aidan también quiso estrenarse como escritor, en este caso en prosa, y pese a que no tenía grandes aspiraciones literarias, yo sí pensaba que podría llegar a hacerse conocido. En la intimidad, eso sí, a mí me dedicaba algunos versos que me enamoraban todavía más de él, al ser el mejor regalo que podía recibir por su parte, un regalo que salía de su corazón para entrar directo en el mío.

En cuanto a mí, mi trayectoria profesional también fue meteórica junto a Olga, ya que muchos de los clientes de Damián, al conocer su catadura moral, se vinieron con nosotras, haciendo que nuestra inmobiliaria (que en principio era un proyecto modesto sin grandes pretensiones) terminara por crecer más de lo previsto.

Fuera como fuese, lo más importante para mí era la trayectoria de mi vida personal, faceta en la que volví a sentirme plena.

Esa primavera las cosas marchaban genial en casa y celebramos una cenita para festejar que, el siguiente año, las niñas volverían a Irlanda para, por fin, completar un curso allí, en el *St. James College*. Para ellas era una asignatura pendiente y, en cuanto supimos que era posible, no quisimos perder la oportunidad de brindar por ello.

Habíamos decidido que la vida era para celebrarla y que, siempre que hubiese algo por lo que alzar la copa, así lo haríamos. A ellas les hacía mucha ilusión, puesto que ese proyecto se les quedó a medias, y al resto también, en la medida que les vendría genial.

1

Ya en los postres, Pizpi carraspeó porque yo no me había dado cuenta de que tenía a Aidan delante de mí. Un tanto achispada por el vino, me volví y me lo encontré en cuclillas.

;

—Cariño, ¿estás buscando una lentilla? Ay, qué boba, si tú no llevas lentillas—reí.

, —No, cielo, más bien estaba buscando esto—me adelantó mientras, tomando mi mano, colocaba un precioso anillo en mi dedo.

—Ay, Dios mío, pero ¿esto qué es? —le pregunté sin dar crédito con toda la felicidad que una mujer pueda acumular en su interior en un momento así de emotivo.

—Este es un gesto que simboliza lo mucho que siento por ti y con ello quiero decirte que, en cuanto tenga el divorcio, sería el hombre más feliz del mundo si te casas conmigo.

—¿Casarme contigo? ¿Vosotras lo estáis escuchando? ¡Quiero! ¡Sí, quiero! —le chillé—, ¿cuándo nos casamos?

—Ya te digo que en cuanto consiga el divorcio—repitió mientras Olga comenzaba a silbar como si no hubiera un mañana.

—¿Y qué pasa con eso? ¿Allí es muy difícil o qué? Porque aquí tenemos el divorcio exprés, como si se tratase de una olla.

—Bueno, los irlandeses nos lo tomamos con un poco más de calma—me anunció él—. Y no me mires así, son las leyes. Yo por mí, me casaría contigo mañana—repitió.

—Y yo contigo, y yo contigo, pero ¿cuánto vendrá a tardar el asunto?

—Hasta cuatro añitos de nada puede tardar—me comentó Olga como si tal cosa y yo me llevé las manos a la boca. No, no podía ser...

—Cariño, pero que yo ya te considero mi mujer, ¿eh?

—Eso es verdad, irlandés de mi corazón, aunque una cosa te digo...

—Miedo me da escucharlo, ¿le tapo a las niñas los oídos? —me preguntó Olga.

—Como quieras, como quieras, si yo solo le voy a decir que como lo hagan todo igual de lento vamos listos, porque eso es lo que en mi tierra se llama ir pisando huevos.

—Ya sabes tú que no, mi amor—me respondió entre besos.

—Bueno, los irlandeses nos lo tomamos con un poco más de calma—me anunció él—. Y no me mires así, son las leyes. Yo por mí, me casaría contigo mañana—repitió.

—Y yo contigo, y yo contigo, pero ¿cuánto vendrá a tardar el asunto?

—Hasta cuatro añitos de nada puede tardar—me comentó Olga como si tal cosa y yo me llevé las manos a la boca. No, no podía ser...

—Cariño, pero que yo ya te considero mi mujer, ¿eh?

—Eso es verdad, irlandés de mi corazón, aunque una cosa te digo...

—Miedo me da escucharlo, ¿le tapo a las niñas los oídos? —me preguntó Olga.

—Como quieras, como quieras, si yo solo le voy a decir que como lo hagan todo igual de lento vamos listos, porque eso es lo que en mi tierra se llama ir pisando huevos.

—Ya sabes tú que no, mi amor—me respondió entre besos.

Capítulo 38



Las siguientes Navidades fuimos a visitar a las niñas en compañía de Olga. Era la primera vez que volvíamos a Irlanda tras nuestra precipitada salida de allí, la vez anterior, y de nuevo la emoción nos embargaba.

Todo parecía repetirse, hasta el hecho de que, cuando estuvimos en su dormitorio, Olga indicó de lejos el trasero de un profesor que también le moló y que resultó ser el sustituto de Aidan.

Las cosas nos iban sobre ruedas, todos teníamos lo que queríamos y cuando digo todos, digo todos, porque mi amiga seguía sin pretender sentar cabeza e iba de un ligue a otro. Como muestra os diré que ese profesor, llamado Peter, terminó cayendo esa noche, por supuesto que cayó. Y ya tenía ella un trofeo más que lucir en la vitrina de sus ligues.

Nos lo comentaba a la mañana siguiente cuando yo miré la mermelada de fresa y, en ese instante, sentí un deseo enorme de tomarme una montaña de ese dulce y rojizo manjar que me hizo la boca agua.

—Aidan, trae pan, porfi, que voy a ponerle cantidades industriales de mermelada—le dije como si tal cosa y Olga me miró. En ocasiones me daba miedo que pareciera conocerme más que yo misma.

—¿Qué has dicho, niña?

—Que quiero mermelada, Olguita, y que la quiero a palas. Oye, cada una tiene su gusto, tú te has pasado toda la noche sirviéndote una ración generosa de irlandés en barra y yo quiero mermelada. Yo no me meto en lo tuyo y tú no te metes en lo mío.

—Ya, que tú tampoco has probado lo de la barra del irlandés esta noche...

—Chitón, ¿eh? Que yo no soy de airear mi vida privada como tú. Lo que hagamos Aidan y yo en la intimidad, se queda en eso, en la más estricta intimidad.

—Pues ten cuidado, a ver si lo que habéis hecho ya en esa intimidad es un niño, que todo puede ser.

—¿Un niño? ¿Y tú por qué dices eso?

—Porque siempre me has contado que, durante el embarazo de Pizpi te pusiste ciega a mermelada, y luego como que nunca te la he visto pedir. Hasta hoy...

—Oye, pues es verdad—reí entre dientes.

Aidan miraba a la una y luego miraba a la otra. A él nada podría hacerle más feliz que repetir paternidad conmigo eso era algo que me hacía saber a cada momento.

—¿Puede ser, cariño? ¿Puede ser? —me cogió de las manos.

—Pues yo no sé si puede ser, porque mis reglas son de lo más descontroladas, pero el caso es que en este momento estoy sintiendo un mareo...

Cuando volví en mí, el médico del internado estaba a mi lado y Aidan más aún, no se separó de mí.

—Cariño, a lo justo pude sujetar la silla, porque de otra manera te habrías caído de espaldas, pobre...

—Incluso me podría haber astillado los cuernos en caso de tenerlos, claro que yo de esos no uso. Tú sí tienes cuernos, no por mi parte, tranquilo, que esos te los puso Lisa, pero por lo visto no son contagiosos, no te preocupes por eso, de manera que vamos a lo que vamos... que no me los he podido astillar.

Se moría de la risa, Aidan se moría y el resto también, porque el comedor al completo se había congregado a mi alrededor. Edward y su mujer, Susan, se miraban cómplices y venían a decirse que ya había llegado de nuevo el terremoto Sara al internado.

Pizpi también estaba a mi lado, y ella sonreía.

—Dice la tita Olga que igual es que estás embarazada, mami, pero si es así tienes que esperar a dar a luz a mi vuelta, que yo no me lo puedo perder...

l

—Hija, ¿tú me has visto panza de estar de varios meses? Si estoy más plana que una tabla de planchar. Y eso en el caso de que esté embarazada, que igual es que me ha dado un síncope de esos que llaman por la emoción de volver al colegio...

—Mamá, que quien está matriculada aquí soy yo.

—Bueno, y yo—añadió Valeria, que también estaba monísima con su uniforme.

—Tranquilidad en las masas que ya me voy a ir levantando. Edward, Susan, yo solo os digo una cosa: a mí me

vais a tener que pagar por lo mucho que os distraigo cada año, soy lo que viene siendo de toda la vida de Dios un espectáculo ambulante.

Ellos reían asintiendo y yo... Yo solo podía pensar que ojalá que estuviese embarazada porque sabía lo importante que para Aidan era, bromas aparte. Él tenía la sensación de que no pudo estar conmigo en mi primer embarazo y eso le pesaba, por lo que apostaba por esa nueva paternidad conjunta que nos permitiera vivir la experiencia en familia.

,
Era cuestión, una vez más, de suerte... De una suerte que ya estaba echada y que se dejaría ver en cuanto me hiciera esa prueba que podría cambiar el curso de nuestras vidas.

vais a tener que pagar por lo mucho que os distraigo cada año, soy lo que viene siendo de toda la vida de Dios un espectáculo ambulante.

Ellos reían asintiendo y yo... Yo solo podía pensar que ojalá que estuviese embarazada porque sabía lo importante que para Aidan era, bromas aparte. Él tenía la sensación de que no pudo estar conmigo en mi primer embarazo y eso le pesaba, por lo que apostaba por esa nueva paternidad conjunta que nos permitiera vivir la experiencia en familia.

Era cuestión, una vez más, de suerte... De una suerte que ya estaba echada y que se dejaría ver en cuanto me hiciera esa prueba que podría cambiar el curso de nuestras vidas.

Epílogo



Cuatro años después...

Atacada de los nervios, así amanecí el día de mi boda con Aidan.

Cualquiera que se ponga en mi lugar lo entenderá, y eso que yo llevaba viviendo con él desde el principio, pero a mí el matrimonio me gustaba, lo consideraba el estado ideal, y sabía que él también moría porque fuese su esposa.

El escenario no podía ser más idílico porque os cuento: nos casábamos en Irlanda y, para más señas, en la capilla del castillo que servía de base al *St. James College*.

No es que las niñas por aquel entonces siguieran allí, puesto que ambas eran unas mujercitas que habían iniciado su andadura universitaria. Por cierto, que Pizpi quiso ser arquitecta, como yo de joven, senda que también cautivó a Valeria.

Ambas estudiaban en Madrid porque no querían separarse de Cameron, nuestro hijo pequeño, que era un dulce irlandés clavado a su padre y travieso como él solo porque sí... No solo la margarita del amor nos dijo que sí, también nos lo dijo aquella prueba de embarazo que lanzó un positivo incontestable en las que fueron unas Navidades increíbles.

Muchas de las cosas importantes de nuestra vida sucedieron en Irlanda y tanto por eso como porque Aidan siempre estaría ligado a su amada tierra, aceptamos esa increíble propuesta que nos hicieron Edward y Susan de casarnos en la capilla.

Para nosotros suponía todo un honor, lo mismo que nos decían ellos, porque para ese momento mi prometido se había convertido en un escritor de prestigio, puesto que su primer libro fue un *best seller* tras el que ya había publicado otro más.

Aidan nunca renunciaría a dar clases, dado que era un profesor vocacional, pero estaba abocado a triunfar en el mundo literario, lo mismo que lo hicimos Olga y yo en el inmobiliario. Ello lo avala que, en aquellos años, la inmobiliaria subió como la espuma y teníamos proyectado ampliar el negocio cuando nuestras flamantes niñas

lucieran bajo el brazo el título de arquitectas, momento que emprenderíamos también la aventura de la construcción.

Teníamos todo lo que deseábamos. En el caso de Olga siempre decía entre bromas que no se quedaría con un solo hombre y menos teniendo dinero para poder comprarse a cuantos le diese la gana. Ella había optado por tomarse la vida así y su decisión era tan respetable como la mía.

Yo ya me había colocado mi vestido, de corte princesa y romántico hasta caer de espaldas, acorde con el estilismo de aquel grandioso castillo, cuando la puerta de la habitación en la que nos alojamos se abrió. Nos habían ofrecido quedarnos, desde un par de días antes, en un ala del edificio que estaba desalojada.

Mi preciosa dama de honor, mi Pizpi, entró con Valeria, que también cumpliría el mismo papel en la ceremonia, ambas con Cameron de la mano, que al chiquitín no lo podíamos dejar suelto o capaz sería de atravesar a uno con alguna de las espadas que había por los pasillos, dejándolo como si fuese una brocheta.

—Mamá, te traigo un regalo de parte de papá—me anunció mi niña y no acerté qué podría ser, puesto que Aidan ya me había entregado todo lo que un hombre le puede entregar a una mujer, empezando por su corazón.

—¿De qué se trata, Pizpi? Yo ya llevo varios complementos y no quiero recargarme.

—Pues esperamos no recargarte demasiado—me anunció una voz que reconocí como la de mi madre, con quien no hablaba desde aquellas Navidades en las que terminamos discutiendo, el día que atacaron a Aidan. Ella dio un paso al frente y detrás descubrí a mi padre.

—Hija, no estamos juntos, pero sí en son de paz, al menos procuraremos llevarnos mejor por ti—me dijo él.

Aidan sabía que yo siempre extrañé la figura de mis padres en mi vida, que nunca pude entender por qué no pudimos ser una familia convencional, por mucho que ellos estuvieran separados.

Entendí, entendí de golpe que, si quería que formaran parte de aquello, yo también debería perdonarles, y hacerlo de corazón, por lo que les abracé y quedamos en que ya hablaríamos en otro momento, pero que les agradecía su presencia.

A partir de ahí, la puerta del dormitorio se abrió de nuevo y yo, ramo en mano, avancé junto con mi comitiva nupcial, formada por mis dos niñas y por mi chiquitín Cameron, a quien Olga le aguantaba los anillos hasta el último momento para que no acabasen en el foso del castillo.

En Irlanda, en un marco histórico incomparable, y recibiendo la frescura de ese verdor que rezumaba por doquier, me encontré con Aidan, quien me esperaba con la emoción a flor de piel y quien no se contuvo a la hora de darme un beso, en cuanto me vio aparecer.

—Este castillo es de cuento, pero lo verdaderamente fantástico es poder casarme contigo, mi amor—murmuró mientras contenía las lágrimas.

—Tú sí que eres un cuentista, un cuentista que no sé cómo me ha hipnotizado. Pero es que claro, yo llegué a este castillo tan cauta y discreta, que llamé tu atención por mi evidente elegancia y...

—¿Tan cauta y discreta? —me miró perplejo mientras arrancaba las carcajadas de todos nuestros invitados.

—Habían de ser las primeras carcajadas de un día en el que sonaron muchas a modo de divertido hilo musical de una boda romántica y emotiva donde las haya, pero que no estuvo exenta de humor, de mucho humor.

—Este castillo es de cuento, pero lo verdaderamente fantástico es poder casarme contigo, mi amor—murmuró mientras contenía las lágrimas.

—Tú sí que eres un cuentista, un cuentista que no sé cómo me ha hipnotizado. Pero es que claro, yo llegué a este castillo tan cauta y discreta, que llamé tu atención por mi evidente elegancia y...

—¿Tan cauta y discreta? —me miró perplejo mientras arrancaba las carcajadas de todos nuestros invitados.

Habían de ser las primeras carcajadas de un día en el que sonaron muchas a modo de divertido hilo musical de una boda romántica y emotiva donde las haya, pero que no estuvo exenta de humor, de mucho humor.

Mis redes sociales:

Facebook: [Hugo Sanz](#)

Instagram: @hugosanz.autor

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: [relinks.me/HugoSanz](#)

Mis redes sociales:

Facebook: [Hugo Sanz](#)

Instagram: @hugosanz.autor

Twitter: @ChicasTribu

Amazon: [relinks.me/HugoSanz](#)